

Tarzán de los Monos

Parte I

Por

Edgar Rice Burroughs

Freeditorial 

Capítulo I: En alta mar

Esta historia me la proporcionó alguien que no tenía motivo alguno para contármela, ni a mí ni a nadie. El principio del relato podría atribuirlo a la seductora influencia que sobre el narrador ejercían los vapores etílicos de una añeja cosecha. El resto de la extraña fábula llegaría como consecuencia de la escéptica incredulidad que manifesté durante los días siguientes.

Cuando mi sociable anfitrión se percató de lo lejos que había llegado en su relato y de que me inclinaba más bien a dudar de la veracidad de lo que me exponía, su insensato orgullo asumió con renovados bríos la tarea que había desencadenado la vieja añada vinícola y le indujo a desenterrar pruebas documentales que confirmaban los rasgos más sobresalientes de la singular leyenda: un mohoso manuscrito antiguo y ciertos expedientes polvorientos de la Oficina Colonial Británica.

No digo que la historia sea verídica, ya que no fui testigo presencial de los sucesos que detalla, pero la circunstancia de que al contársela asigne nombres ficticios a los protagonistas creo que constituye evidencia suficiente de mi sinceridad al declarar que opino que muy bien pudiera ser cierta.

Las carcomidas y amarillentas páginas del diario de un hombre fallecido hace muchos años y los documentos de la Oficina Colonial Británica coinciden exactamente con la narración de mi cordial anfitrión, así que os presento el relato tal como, tras laboriosos esfuerzos, me ha sido posible componerlo, a base de encajar las diversas fuentes de que dispuse.

Y si la crónica no os parece digna de crédito, al menos convendréis conmigo en que es única, extraordinaria e interesante.

A través de los expedientes de los archivos de la Oficina Colonial y de los datos facilitados por el diario del difunto, nos enteramos de que a cierto joven aristócrata inglés, al que llamaremos lord Greystoke, John Clayton, se le encomendó la particularmente delicada tarea de investigar la situación de una colonia británica situada en la costa occidental de África, entre cuya ingenua población indígena, según determinados informes, otra potencia europea se dedicaba a reclutar soldados para su propio ejército colonial, tropas que sólo utilizaba para recolectar a la fuerza el caucho y el marfil de las tribus que vivían a orillas de los ríos Congo y Aruwimi.

Los nativos de la colonia británica se quejaban de que a muchos de sus jóvenes se los llevaban encandilados con promesas deslumbrantes, pero que muy pocos volvían después junto a su familia, si es que volvía alguno.

Los ingleses establecidos en África llegaban incluso a afirmar que a

aquellos pobres negros se los mantenía en una situación de virtual esclavitud y que después de concluido el periodo de alistamiento, los oficiales blancos aprovechaban la ignorancia de aquellos desdichados para engañarles diciendo que aún les quedaban varios años por cumplir.

A la vista de ello, la Oficina Colonial destacó a John Clayton como enviado especial al África Occidental Británica, con un nuevo cargo e instrucciones confidenciales para que realizase una investigación a fondo sobre el trato injusto al que los oficiales de una potencia europea amiga sometían a los súbditos británicos de color. Sin embargo, la causa por la que encargaron a lord Greystoke tal cometido carece de importancia en lo que afecta a este relato, puesto que no llegó a realizar investigación alguna; a decir verdad, ni siquiera alcanzó su punto de destino. Clayton pertenecía a ese tipo de hombre inglés que uno suele asociar de buen grado a esos nobilísimos monumentos con que se conmemoran las hazañas victoriosas obtenidas en mil campos de batalla: un hombre vigoroso y varonil, tanto mental como física y moralmente.

De estatura superior a la media, tenía ojos grises y facciones regulares y enérgicas; salud de hierro, porte distinguido y constitución robusta, lógico fruto todo ello de los años de adiestramiento y práctica militar.

La ambición política le había inducido a solicitar el traslado del ejército a la Oficina Colonial y así le encontramos, joven aún, encargado de una misión delicada e importante al servicio de la Reina.

Al recibir el nombramiento, Clayton se sintió entusiasmado y horrorizado a la vez. Aquel ascenso le parecía normal, un honor merecido, el premio a sus esfuerzos y a la inteligente labor que había llevado a cabo; representaba también ascender un peldaño más en el escalafón que conducía a puestos de mayor importancia y responsabilidad. Por otra parte, sin embargo, apenas habían transcurrido tres meses desde su boda con la honorable Alice Rutherford y le aterraba la idea de llevar a la preciosa muchacha al aislamiento y los peligros del África tropical.

Por ella hubiera rechazado el nombramiento, pero la joven no lo habría consentido de ninguna manera. Muy al contrario, la muchacha insistió en que lo aceptara y se empeñó en acompañarle.

Había madres y hermanos, tíos y primos que echaron su cuarto a espadas en el asunto; pero de esas opiniones y del tono en que las expresaron no dice nada el relato.

De lo que sí queda constancia es de que una luminosa mañana del mes de mayo de 1888, John, lord Greystoke, y lady Alice, zarparon de Dover, rumbo a África.

Al cabo de un mes llegaban a Freetown, puerto en el que fletaron un velero, el Fuwalda, que debía trasladarlos a su destino.

Y en ese punto John, lord Greystoke, y lady Alice, su esposa, se perdieron de vista y no se volvió a saber nada más de ellos.

Dos meses después de que el Fuwalda hubiese levado anclas y se alejara de Freetown, media docena de buques de guerra británicos recorrieron aquella zona del Atlántico sur, en busca de la pareja o de algún rastro de su velero. El casi inmediato descubrimiento en la playa de la isla de Santa Elena de los restos del naufragio convenció al mundo de que el Fuwalda se había hundido con cuanto llevaba a bordo, de modo que la búsqueda se interrumpió cuando apenas acababa de iniciarse, aunque en varios corazones anhelantes la esperanza continuó aleteando durante muchos años.

Bergantín de unas cien toneladas, el Fuwalda era un típico barco mercante como muchos otros de los que por entonces se dedicaban al tráfico marítimo en el Atlántico meridional, cuyas tripulaciones las componían lo más facineroso de la escoria del mar: asesinos que habían dado esquinazo a la horca y sanguinarios malhechores de toda raza y nacionalidad.

El Fuwalda no era ninguna excepción a aquella regla. Sus oficiales, matones endurecidos, odiaban a la tripulación y, naturalmente, la tripulación les pagaba en la misma moneda. El capitán, con todo y ser un competente lobo de mar, trataba a sus hombres con despiadada brutalidad. En sus relaciones con ellos, sólo conocía, o sólo empleaba, dos argumentos: la barra de hierro llamada cabilla y el revólver. Es harto probable que aquella abigarrada chusma que tenía a sus órdenes no entendiese ningún otro.

Así que, desde el día siguiente al de la partida de Freetown, John Clayton y su joven esposa presenciaron en la cubierta del Fuwalda escenas que jamás hubieran creído posible que se desarrollaran en otro lugar que no fuesen las cubiertas ilustradas de las novelas de piratas.

En la mañana del segundo día se forjó el primer eslabón de la que iba a ser una cadena de circunstancias que se remataría con el nacimiento de una criatura de vida sin parangón en la historia de la humanidad.

Dos marineros fregaban la cubierta del Fuwalda, el primer piloto estaba de guardia y el capitán hizo un alto en su camino para hablar con John Clayton y lady Alice.

Los marineros trabajaban retrocediendo de espaldas hacia el pequeño grupo, que se encontraba de cara hacia el lado opuesto por el que se acercaban los tripulantes. Éstos siguieron aproximándose hasta que uno de ellos quedó inmediatamente detrás del capitán. Unos segundos más y habría pasado de largo, con lo que este insólito relato tal vez no se hubiera escrito jamás.

Pero en aquel preciso instante, el capitán dio media vuelta para separarse de lord y lady Greystoke y, al hacerlo, tropezó con el marinero, cayó de bruces sobre la cubierta, volcó el cubo de fregar y el agua sucia que contenía éste le dejó como una sopa.

La ridiculez de la escena duró segundos, muy pocos segundos. Porque, casi automáticamente, al tiempo que despedía una andanada de espantosos reniegos y la iracunda mortificación soliviantaban su rostro tiñéndolo de escarlata, el capitán se puso en pie y propinó al marinero un golpe terrible que lanzó al hombre contra la cubierta.

Era un individuo menudo y entrado en años, lo que acentuó la brutalidad del acto. El otro marinero, sin embargo, no era viejo ni pequeño, sino un tipo gigantesco y robusto como un oso, de fiero bigote negro y grueso cuello de toro asentado firmemente entre los hombros macizos.

Al ver caer a su compañero, encogió el cuerpo para tomar impulso y, a la vez que emitía un sordo gruñido, se precipitó sobre el capitán y con un solo pero demoledor derechazo le hizo doblar la rodilla.

El rostro del capitán pasó del rojo al blanco, porque aquello era sedición, un motín que no era el primero al que se enfrentaba en su desalmada carrera profesional. Estaba acostumbrado a dominarlos. Sin incorporarse, tiró fulminantemente de revólver y disparó a quemarropa contra la formidable montaña de músculos erguida ante él. Sin embargo, con todo lo rápido que fue en sus movimientos, John Clayton, casi le superó en celeridad, por lo que la bala cuyo objetivo era el corazón del marinero se vio desviada en su trayectoria y se alojó en la pierna del hombre, ya que lord Greystoke se había apresurado a golpear el brazo del capitán, en cuanto vio centellear el arma a la luz del sol.

Hubo un intercambio de palabras entre Clayton y el capitán, durante el cual lord Greystoke dejó bien claro el disgusto que le producía la brutalidad con que se trataba a la tripulación y manifestó que no estaba dispuesto a consentir que se produjeran más escenas como aquella en tanto lady Greystoke y él estuviesen a bordo como pasajeros.

El capitán estuvo en un tris de replicar airadamente, pero lo pensó mejor, dio media vuelta bruscamente y, fruncido el ceño y tenebrosa de rabia la expresión, se alejó hacia popa. No le seducía lo más mínimo ponerse a malas con un funcionario inglés, porque el poderoso brazo de la reina enarbolaba un instrumento punitivo cuya eficacia él sabía apreciar y, en consecuencia, respetaba: la Marina británica, cuyo alcance era infinito.

Los dos marineros empezaron a recobrase y el viejo ayudó a ponerse en pie a su compañero herido. El gigantón, conocido entre sus camaradas por el

nombre de Michael el Negro, probó cautelosamente a apoyar la pierna tiroteada y, tras cerciorarse de que aguantaba el peso del cuerpo, miró a Clayton y le dio las gracias con un áspero gruñido.

Aunque el tono del hombre fue desabrido, su reconocimiento no dejaba de ser evidente. Apenas había terminado de pronunciar sus bienintencionadas palabras de gratitud, giró sobre sus talones y echó a andar cojeando hacia el castillo de proa, con el manifiesto propósito de evitar todo posible diálogo ulterior.

No volvieron a verle en varios días, como tampoco les concedió el capitán el honor de departir con ellos; les dirigía la palabra sólo cuando era imprescindible y siempre a base de gruñidos hoscos.

Continuaron comiendo en la cámara de oficiales, tal como solían hacer antes del infortunado lance; pero el capitán tuvo buen cuidado en arreglárselas para que alguna de sus obligaciones le impidiese coincidir con ellos a la mesa.

Los demás oficiales eran individuos toscos e incultos, de nivel humano sólo ligeramente superior al de la canallesca tripulación que tenían a sus órdenes, y se esforzaban al máximo para eludir todo trato social con el refinado aristócrata inglés y su elegante esposa, de forma que los Clayton se pasaban la mayor parte del tiempo solos, sin que nadie alterase su tranquilidad.

Lo cual se ajustaba perfectamente a sus deseos, aunque también los excluyó de la vida cotidiana del buque y, al dejarlos un tanto aislados, les impidió estar en contacto con los sucesos que culminarían en sangrienta tragedia.

Saturaba la atmósfera de la embarcación ese algo indefinible que augura el desastre. Exteriormente, que los Clayton supieran, a bordo del pequeño velero todo marchaba como siempre; pero aunque no se lo confesaran el uno al otro, ambos presentían que una corriente invisible impulsaba a todos hacia un peligro desconocido.

Dos jornadas después del incidente en el que Michael el Negro acabó herido, Clayton salió a cubierta en el preciso instante en que cuatro miembros de la tripulación bajaban el cuerpo inerte de un compañero, mientras el primer oficial, que empuñaba una gruesa cabilla, contemplaba con expresión feroz al grupo de hoscos marineros.

Clayton no formuló pregunta alguna no hacía falta y al día siguiente, cuando en el horizonte se recortó y fue aumentando de tamaño la silueta de un buque de guerra británico, se sintió medio decidido a solicitar que los subieran a bordo del mismo, a lady Alice y a él, ya que cada vez cobraban más fuerza los temores de que, si continuaban en aquel siniestro Fuwalda, sólo podría ocurrirles alguna desgracia.

Hacia el mediodía, los buques estaban tan cerca uno de otro que se podía hablar con el barco de guerra británico, pero cuando Clayton casi había decidido pedir al capitán que los trasladase a bordo, comprendió súbitamente lo ridículo de semejante solicitud. ¿Qué razones podía ofrecer al oficial que estuviese al mando de la nave de Su Majestad para justificar el deseo de volver hacia el punto de donde procedía?

En el caso de que declarase que el motivo consistía en el trato violento que los oficiales aplicaron a dos marineros rebeldes, los del buque de guerra se reinaran para sus adentros y atribuirían el deseo de abandonar el Fuwalda a un solo motivo: cobardía.

John Clayton, lord Greystoke, no solicitó que le permitieran trasladarse al buque de guerra británico. Bastante después del mediodía contempló cómo iban perdiéndose tras la lejana línea del horizonte los palos de aquel barco. Antes de eso, sin embargo, se enteró de algo que confirmaba sus más negros temores y que le impulsó a maldecir el falso orgullo que pocas horas antes le había impedido procurar seguridad a su joven esposa, cuando tal seguridad estaba a su alcance... Una seguridad que había desaparecido ya para siempre.

A media tarde, el menudo y anciano marinero que unos días antes derribara a golpes el capitán se llegó a las proximidades de la borda desde donde John Clayton y su esposa observaban el cada vez más diminuto perfil del gran buque de guerra. El viejo limpiaba los dorados y, con disimulo, se fue acercando hasta situarse casi pegado a Clayton.

—El infierno se va a desencadenar sobre esta nave, señor —susurró—. Acuérdesse de lo que le digo. Esto va a ser un infierno.

—¿Qué quiere decir, amigo? —preguntó Clayton.

—Vamos, ¿es que no se da cuenta de lo que está ocurriendo? ¿No se ha enterado de que esos hijos de Satanás del capitán y sus sicarios se están ensañando con la tripulación?

»Ayer rompieron la cabeza a dos marineros. Hoy han sido tres. Michael el Negro ya se ha recuperado casi del todo y no es hombre que aguante esta situación; fíjese en lo que le digo, señor.

—¿Insinúa, amigo, que la tripulación proyecta amotinarse? —inquirió Clayton.

—¡Amotinarse! —exclamó el viejo marino—. ¡Amotinarse! En lo que piensan es en asesinar, señor, no olvide lo que le digo, señor.

—¿Cuándo?

—Está al caer, señor; la rebelión va a producirse de un momento a otro, pero no sé exactamente cuando. He hablado ya más de la cuenta, pero usted se

portó bien con nosotros el otro día y pensé que debía avisarle. Le aconsejo, sin embargo, que mantenga el pico cerrado y que, en cuanto oiga disparos, baje a su camarote y se quedé allí.

»Eso es todo, límitese a mantener la lengua quieta, si no quiere recibir un balazo, y tenga presente lo que le he dicho, señor.

El viejo marinero continuó sacando brillo a los metales, tarea que le apartó del lugar donde se encontraban los Clayton.

—Vaya panorama que se nos presenta, Alice —comentó lord Greystoke.

—Debes ir inmediatamente a avisar al capitán, John. Puede que aún estemos a tiempo de evitar la revuelta.

—Supongo que, en efecto, debería hacerlo, pero por motivos puramente egoístas casi me inclino a «mantener el pico cerrado». Hagan lo que hagan los miembros de la tripulación, estoy seguro de que no se meterán con nosotros, en agradecimiento por mi postura a favor de Michael el Negro. Pero si descubren que los he traicionado, no tendrán piedad de nosotros, Alice.

—Tu deber sólo es uno, John, y consiste en respaldar la autoridad legítimamente constituida. Si no vas en seguida a advertir al capitán, tendrás tanta responsabilidad en lo que suceda como si hubieras contribuido intelectual y físicamente a planear y a llevar a cabo la rebelión.

—No lo entiendes, cariño replicó Clayton—. En quien pienso es en ti...ahí reside mi deber primordial. Esta situación la ha provocado el mismo capitán, así que, ¿por qué he de arriesgarme a someter a mi esposa a una serie de horrores imprevisibles en un probablemente inútil intento de evitarle a él las consecuencias de su locura bestial? ¿Es que no te das cuenta, mi vida, de lo que ocurriría si todos esos desalmados se hicieran con el dominio del Fuwalda?

—El deber es el deber, John, y ningún argumento engañoso lo cambiará. Mala esposa sería yo para un noble inglés si por mi culpa dejases de cumplir deberes tan palmarios. Comprendo perfectamente que sobrevendrán graves peligros, pero puedo afrontarlos junto a ti.

—Se hará, pues, como quieres —accedió Clayton con una sonrisa—. Tal vez nos estemos metiendo en un compromiso serio. Aunque no me gusta el cariz de lo que sucede a bordo de esta nave, quizá las cosas no sean tan malas al fin y al cabo. Es muy posible que ese «viejo marinero» sólo haya manifestado los deseos de su perverso corazón en vez de expresar hechos reales.

»Los motines en alta mar sin duda eran corrientes hace cien años, pero en este año de gracia de 1888 son sucesos de lo más improbable.

»Ahí va el capitán hacia su camarote. Me acercaré a avisarle, ya que los malos tragos cuanto antes se pasen mejor. Y no tengo el estómago todo lo resistente que me haría falta para tratar con esa bestia.

Como colofón a sus palabras echó a andar rumbo a la escalera de toldilla por la que había pasado el capitán y, un momento después, llamaba a la puerta del camarote.

—¡Adelante! —rezongó en tono ronco el malhumorado capitán.

Una vez entró Clayton y después de cerrar la puerta tras de sí, el oficial inquirió:

—¿Y bien?

—Vengo a informarle de los puntos esenciales de una conversación que he oído hoy, porque, si bien es posible que sea una falsa alarma y el asunto quede en nada, conviene que esté usted prevenido, por si acaso. En resumen, se trata de que la tripulación piensa amotinarse y asesinar a quien se le ponga por delante.

—¡Eso es mentira! —rugió el capitán—. Y si ha vuelto a entrometerse en lo que se refiere a la disciplina de este buque o insiste en hurgar en asuntos que no le importan, habrá de atenerse a las consecuencias e irse al diablo. Me tiene sin cuidado el que sea usted un lord inglés. Yo soy el capitán de este barco y le exijo que, en adelante, deje de meter sus impertinentes narices en mis atribuciones.

El capitán había perdido los estribos de un modo tan frenético que su rostro estaba cárdeno de furor. Pronunció las últimas palabras a voz en cuello y las subrayó descargando furiosamente contra la mesa uno de sus enormes puños, a la vez que agitaba el otro frente al semblante de Clayton.

Greystoke no se alteró lo más mínimo, sino que permaneció tranquilo, de pie, sosteniendo la mirada colérica del capitán.

—Capitán Billing —silabeó Clayton finalmente—, perdone mi sinceridad: es usted lo que se dice un perfecto burro.

Dio media vuelta y salió de la cámara con su acostumbrada flema indiferente, una calmosa actitud sin duda calculada para provocar torrentes de iracundas imprecaciones en sujetos de la catadura moral de Billing.

Es posible que el capitán se hubiera arrepentido de sus precipitadas palabras de haber intentado Clayton aplacarle, pero al no ser así, sino todo lo contrario, el mal genio del oficial situó a éste en una irreversible postura negativa que impedía toda posibilidad de colaboración en pro del bien común. La última posibilidad se había disipado.

—Bueno, Alice —comunicó Clayton a su esposa, al reunirse con ella—. Podía haberme ahorrado el esfuerzo. Ese individuo ha demostrado ser un ingrato. Le faltó muy poco para lanzarse sobre mí como un perro rabioso. Por lo que a mí respecta, tanto él como su maldito barco pueden irse al garete. Hasta que tú y yo nos encontremos a salvo, emplearé todas mis energías en velar por nuestra propia seguridad. Y creo que, para empezar, lo primero es ir a nuestro camarote y coger mis revólveres. Ahora me arrepiento de haber guardado en los baúles que van en la bodega las armas largas y las municiones.

Encontraron sus compartimentos en el mayor desorden. La ropa de los cajones y las maletas, ahora abiertos, aparecían desperdigadas por el reducido espacio del camarote y hasta las camas estaban deshechas y rotas.

—Es evidente que alguien tiene más interés por nuestras pertenencias que nosotros mismos —observó Clayton—. Echemos un vistazo, Alice, a ver qué falta.

Una revisión completa demostró que no les habían quitado nada, salvo los dos revólveres de Clayton y unos cuantos cartuchos que había separado para dichas armas.

—Precisamente las cosas que más desearía que me hubiesen dejado —dijo lord Greystoke— y el detalle de que hayan organizado todo este desbarajuste para llevarse esas armas y nada más que esas armas resulta algo de lo más ominoso.

—¿Qué vamos a hacer, John? —preguntó Alice—. Tal vez estabas en lo cierto al opinar que nuestras mayores posibilidades residían en mantener una actitud neutral.

»Si los oficiales se las arreglan para dominar el amotinamiento, no tendremos nada que temer, y si los sediciosos logran su objetivo, nuestra esperanza, aunque débil, consistirá en la circunstancia de no haber intentado frustrar sus designios ni oponernos abiertamente a ellos.

—Tienes razón, Alice. Nos mantendremos en el centro del camino.

Cuando se disponían a poner en orden el camarote, Clayton y su esposa advirtieron simultáneamente que por debajo de la puerta asomaba la esquina de un pedazo de papel. Clayton se inclinó para cogerlo y vio, sorprendido, que el papel se deslizaba hacia el interior de la estancia. Comprendió que alguien lo estaba empujando desde fuera.

Se acercó a la puerta rápida y silenciosamente, pero cuando alargó la mano hacia el picaporte, Alice le agarró la muñeca.

—No, John —susurró la muchacha—. No desean que los veamos, así que

vale más que no lo hagamos. Ten presente que hemos decidido mantenernos neutrales.

Clayton dejó caer el brazo, al tiempo que esbozaba una sonrisa. Permanecieron inmóviles, con la mirada en el papel que, al final, quedó inmóvil sobre el suelo del camarote, junto al borde inferior de la puerta.

Entonces, Clayton se agachó para recogerlo. Era un trozo de papel blanco, sucio, torpemente doblado en irregular rectángulo. Al desdoblarlo, los ojos de Clayton tropezaron con un mensaje escrito en toscas letras de imprenta, casi ilegible, con todos los indicios de haber sido trazadas por alguien nada acostumbrado a tales tareas caligráficas.

Traducida, la nota era un aviso para que los Clayton se abstuvieran de denunciar la pérdida de sus revólveres y de repetir lo que el viejo marinero les había confesado. Abstenerse de ello o enfrentarse a la pena de muerte.

—Imagino que seremos buenecitos —Clayton acompañó sus palabras con una sonrisa pesarosa—. Lo único que podemos hacer es cruzarnos de brazos, sentarnos y esperar lo que puede venir.

Capítulo II: Un hogar en la selva

No tuvieron que esperar mucho, porque a la mañana siguiente, cuando Clayton salió a cubierta para dar el acostumbrado paseo de todos los días antes del desayuno, retumbó un disparo, al que sucedió otro y luego otro más...

La escena que se desarrollaba ante sus ojos confirmó los más negros temores de Clayton. El reducido grupo de oficiales formaba una piña frente a la tripulación del Fuwalda, acaudillada por Michael el Negro.

La primera descarga de los oficiales impulsó a los marineros a dispersarse a toda velocidad, para ponerse a cubierto tras los mástiles, la cabina del timón y otros parapetos y puntos ventajosos, desde los que respondieron al fuego graneado de los cinco oficiales que representaban la autoridad a bordo del buque.

El revólver del capitán abatió a dos marineros, cuyos cuerpos quedaron tendidos en el lugar donde cayeron, entre los combatientes. Entonces, el primer oficial se desplomó de cara y, a un grito de mando de Michael el Negro, los amotinados se lanzaron al ataque sobre los restantes cuatro oficiales. La tripulación sólo había podido reunir seis armas de fuego, por lo que la mayoría de sus miembros no enarbolaban más que bicheros, hachas, destales y barras de hierro.

El capitán había vaciado su revólver y estaba recargándolo cuando se produjo la carga. El arma del segundo oficial se había encasquillado, por lo que sólo dos armas de fuego podían oponerse a los sediciosos, que se precipitaron sobre sus enemigos, los cuales retrocedieron ante el furibundo asalto de los marineros.

Los dos bandos maldecían y blasfemaban espantosamente lo que, junto con el estruendo de las detonaciones y los gritos y lamentos de los heridos, convertía la cubierta del Fuwalda en un frenético manicomio.

Antes de que los oficiales hubiesen retrocedido una docena de pasos, ya tenían encima a los miembros de la tripulación. El hacha que esgrimía un fornido negro hendió la cabeza del capitán, desde la frente hasta la barbilla, y unos segundos después todos los oficiales habían sucumbido; muertos o malheridos a causa de docenas de golpes y balazos.

La acción de los amotinados del Fuwalda fue tan espeluznante como rápida de ejecución y, durante todo su desarrollo, John Clayton permaneció descuidadamente apoyado junto al tambucho, mientras fumaba su pipa con aire meditativo, como si estuviese presenciando un partido de críquet que le fuera indiferente.

Al caer el último oficial, Greystoke pensó que había llegado el momento de volver junto a su esposa, no fuera caso que alguno de aquellos individuos de la tripulación la encontrase sola en el camarote.

Si bien tranquilo y displicente por fuera, Clayton se sentía interiormente repleto de aprensión y nerviosismo, temiendo por la suerte que podía correr Alice en manos de aquellos ignorantes rufianes, en las que un destino inexorable los había puesto a ambos. Cuando dio media vuelta para descender por la escalera, le sorprendió ver a su esposa en lo alto de la misma, casi junto a él.

—¿Cuánto hace que estás aquí, Alice?

—Desde el principio —respondió ella—. Ha sido terrible, John. ¡Oh, que espantoso! En poder de esos criminales, ¿qué podemos esperar?

—De momento, espero que el desayuno —sonrió alentadoramente Clayton, con la sana intención de eliminar en lo posible los temores de Alice. Añadió—: Al menos, voy a pedir que nos lo sirvan. Ven conmigo. No hemos de permitir que piensen que esperamos de ellos otra cosa que no sea un trato amable.

Por entonces, los marineros se había arremolinado en torno a los oficiales muertos y heridos, a los que sin prioridades ni compasión procedieron a arrojar por la borda. Dispusieron de sus propios muertos y moribundos con

idéntica falta absoluta de humanidad.

En aquel momento, uno de los marineros observó que Clayton y su esposa se les aproximaban y gritó: —¡Ahí vienen otros dos dispuestos a ser pasto de los peces!

Y se precipitó hacia ellos, enarbolada el hacha.

Pero Michael el Negro fue incluso más rápido y el individuo recibió un impacto de bala en la espalda y se desplomó antes de haber dado media docena de zancadas.

Al tiempo que emitía un impresionante rugido, para atraer la atención de los demás, Michael el Negro señaló con el dedo a lord y lady Greystoke y advirtió con voz tonante: —Estos son amigos míos y hay que dejarlos en paz. ¿Entendido?

Se dirigió a Clayton.

—Ahora soy yo el capitán de este buque —dijo—. No se metan en nada y nadie les causará daño alguno. Miró a sus hombres con gesto amenazador.

Los Clayton siguieron las instrucciones de Michael el Negro tan al pie de la letra que en los días inmediatos apenas vieron a la tripulación ni tuvieron la menor noticia de los planes que trazaban. A sus oídos llegaban de vez en cuando ecos de las reyertas y peleas que se producían entre los sediciosos y, en dos ocasiones, el avieso ladrido de las armas de fuego resonó en el tranquilo aire. Pero Michael el Negro era el cabecilla apropiado para aquella caterva de malhechores convertidos en marineros y los mantenía sometidos bastante férreamente a su autoridad.

Cinco días después de la matanza de los oficiales del buque, el vigía avistó tierra. Michael el Negro ignoraba si era isla o continente, pero comunicó a Clayton que, si el examen de la misma demostraba que el lugar era habitable, se dejaría en tierra a lord y lady Greystoke, con todas sus pertenencias.

—Durante unos meses, se encontrarán ustedes perfectamente allí —explicó— y para entonces habremos podido llegar a alguna costa habitada y dispersarnos. Me encargaré de notificar a su gobierno la situación y localización donde se encuentran ustedes y enviarán inmediatamente un buque de guerra a recogerles.

»Resultaría difícil que, de desembarcarlos en un lugar civilizado, no les formularan un sinnúmero de preguntas comprometedoras y, entre nosotros, nadie cree que tengan ustedes respuestas convincentes para evitarnos problemas.

Clayton le recriminó la inhumanidad que constituía dejarlos en una orilla desconocida, a merced de fieras salvajes y, posiblemente, de hombres aún más salvajes que los animales. Pero sus protestas no le sirvieron de nada, salvo

para despertar el enojo de Michael el Negro, por lo que se vio obligado a desistir de reproches y dedicarse a procurar sacar el máximo partido a la peliaguda situación.

Hacia las tres de la tarde arribaron a la altura de una ribera cubierta de preciosa arboleda, frente a la boca de lo que parecía ser un puerto natural bien abrigado.

Michael el Negro destacó una barca llena de marineros para que sondeasen la entrada a aquella bahía, a fin de determinar si el Fuwalda podía pasarla sin peligro de embarrancar.

Al cabo de una hora estaban de regreso, para informar de que las aguas de la bocana eran bastante profundas, lo mismo que las de la pequeña ensenada interior.

Antes de que anocheciese, el bergantín se encontraba plácidamente anclado en medio de un abra tranquila, cuyas aguas aparecían lisas como un espejo.

Le circundaban orillas ornadas de verde y lujuriosa vegetación semitropical, mientras la tierra firme se extendía desde el océano, ascendiendo para formar colinas y mesetas, cubiertas casi uniformemente por espléndida, verde y tupida selva virgen.

No se veía el menor rastro de núcleo habitado, pero sí era evidente que aquella tierra podía fácilmente sustentar vida humana, a juzgar por la exuberancia de aves y animales que pululaban por los bosques y que los ocupantes del Fuwalda vislumbraban ocasionalmente desde la cubierta del buque. También pudieron ver el rielar de las aguas de un riachuelo que desembocaba en la bahía, corriente que garantizaba agua potable en abundancia.

Cuando cayó la noche sobre la tierra, Clayton y lady Alice permanecieron junto a la baranda del buque, entregados a la silenciosa contemplación de lo que iba a ser su futuro lugar de residencia. Llegaban de la densa oscuridad del bosque los gritos feroces de las fieras: el rugido sordo y profundo del león y, de vez en cuando, el agudo bramido de alguna pantera. La mujer se acurrucó contra su marido, asustada por los terrores que adivinaba iban a tener que soportar en las pavorosas tinieblas que envolverían las noches venideras, cuando se encontrasen abandonados en aquella orilla salvaje y solitaria.

Avanzada la noche, Michael el Negro se les acercó, aunque sólo estuvo con ellos el tiempo suficiente para indicarles que se preparasen para desembarcar a la mañana siguiente. Intentaron convencerle de que era mejor que los llevase a una costa más hospitalaria, más cercana a la civilización, donde tuviesen alguna esperanza de caer en manos amistosas. Pero ni ruegos,

ni amenazas, ni promesas de recompensa conmovieron al cabecilla de los amotinados. —Soy el único hombre a bordo que, por su seguridad, no preferiría verlos muertos y, aunque sé que la muerte de ustedes es el modo más razonable de sentirnos a salvo, Michael el Negro no es de los que olvidan un favor. Me salvó la vida una vez y, a cambio, voy a salvar la suya, pero no puedo hacer más.

»Los miembros de la tripulación no me permitirían ir más lejos e, incluso, si no desembarcan ustedes en seguida, es posible que mis hombres cambien de idea acerca de brindarles esa oportunidad. Pondré en tierra todos sus avíos, con algunos cacharros para cocinar y unas cuantas velas viejas de lona con las que podrán hacerse tiendas de campaña. También les dejaré víveres para que se alimenten en tanto encuentran frutos y caza. Con sus armas de fuego, estarán en condiciones de protegerse y sobrevivir sin dificultades hasta que vengan a recogerles. Cuando me encuentre a salvo, oculto en un lugar seguro, me las arreglaré para que el gobierno británico tenga noticias de la situación de ustedes; por mi propia vida no podré informarles del punto exacto donde puedan estar, ya que lo ignoraré. Pero, desde luego, los encontrarán. Acto seguido, Michael el Negro se retiró y los Clayton descendieron en silencio a su camarote, abrumado el ánimo por los presentimientos más sombríos.

Lord Greystoke no creía que el gerifalte de los amotinados albergase la intención de notificar al gobierno británico el paradero de los dos súbditos abandonados, ni tampoco tenía la certeza de que no surgiese alguna traición, cuando, al día siguiente, los marineros los trasladasen a tierra con sus pertenencias.

Una vez fuera de la vista de Michael el Negro, cualquiera de aquellos miserables podía liquidarlos, y la conciencia del jefe quedaría libre de remordimientos.

Incluso aunque lograsen escapar a ese destino, ¿no se verían expuestos inmediatamente después a peligros aún más graves? Si estuviera él solo, podría sobrevivir años y años, ya que era fuerte y atlético. ¿Pero qué iba a ser de Alice y de la otra vida que pronto iba a aparecer en medio de un mundo primitivo, pleno de rigores y peligros?

El hombre se estremeció al reflexionar en la terrible gravedad, la espantosa desesperanza de su situación. Sin embargo, la misericordiosa Providencia le evitó columbrar en toda su magnitud la espeluznante realidad de lo que les esperaba en las torvas profundidades de aquella selva siniestra.

A primera hora de la mañana siguiente, los marineros apilaron sobre cubierta los baúles y cajas de los Clayton, que cargaron a continuación en los botes que aguardaban para trasladarlos a tierra. Era un equipaje constituido por una amplia variedad de enseres, puesto que los Clayton preveían una estancia

de cinco a ocho años en su nuevo hogar. De modo que, aparte de los numerosos artículos de primera o segunda necesidad, llevaban también muchos objetos de lujo.

Michael el Negro estaba firmemente decidido a que no quedase a bordo ninguna pertenencia de los Clayton. Difícil resultaba determinar si tal actitud era producto de la compasión o la motivaba algún desconocido interés egoísta.

Indudablemente, en cualquier puerto del mundo civilizado costaría mucho explicar o justificar la presencia, a bordo de un barco sospechoso, de efectos propiedad de un funcionario británico desaparecido.

En su celo para suprimir todo vestigio de su actuación delictiva, Michael el Negro se esforzó hasta el punto de obligar a los marineros a devolver a Clayton los revólveres que le habían distraído. Cargaron en los botes sacos de galletas y tasajo, junto con una pequeña provisión de patatas, alubias, cerillas y utensilios de cocina, una caja de herramientas y las velas viejas de lona que Michael el Negro les había prometido.

Como si sospechase que sus hombres pudieran cometer lo que Clayton había sospechado, Michael el Negro los acompañó hasta la orilla en una de las barcas y fue el último en retirarse cuando los botes, tras llenar de agua potable los barriles de la nave, emprendieron a golpe de remo el regreso al anclado Fuwolda.

Mientras las barcas se alejaban despacio por las tranquilas aguas de la bahía, Clayton y su esposa contemplaron en silencio su bogar... lacerado el pecho por la sensación de profunda impotencia ante el inminente desastre que sin duda les acechaba.

A su espalda, desde lo alto de un cerro, otros ojos observaban: ojos entrecerrados, malévolos, que relucían bajo unas cejas hirsutas.

Cuando el Fuwalda atravesó la estrecha salida de aquel puerto natural y un promontorio lo ocultó a la vista, lady Alice echó los brazos al cuello de su marido y estalló en sollozos incontrolables. Había afrontado valerosamente los peligros del motín; con heroica entereza contempló las amenazas que presagiaba el terrible futuro; pero ahora que el terror de la soledad absoluta se abatía sobre ellos, los abrumados nervios de la muchacha cedieron y se produjo la reacción.

Clayton no intentó siquiera enjugarle las lágrimas. Consideraba que era mejor que fuese la propia naturaleza la que aliviase el estallido de unas emociones largo tiempo reprimidas. Transcurrieron varios minutos antes de que la joven —que era poco más que una chiquilla— recobrar el dominio de sí.

—¡Oh, John, que horroroso es esto! —exclamó al final—. ¿Qué vamos a hacer? ¿Qué podemos hacer? —Sólo podemos hacer una cosa, Alice — Clayton habló en tono tranquilo, como si estuvieran sentados en el confortable saloncito de su casa—, y es trabajar. Nuestra salvación está en el trabajo. Bajo ningún concepto debemos concedernos tiempo para pensar, porque ese camino conduce a la locura. Es preciso trabajar y esperar. Tengo la certeza de que vendrán a rescatarnos en seguida, en cuanto resulte evidente que el Fuwalda se ha perdido, incluso aunque Michael el Negro no cumpla la promesa que nos hizo.

—Pero, John, si se tratara sólo de nosotros dos —sollozó Alice—, podríamos resistirlo, pero...

—Sí, cariño —repuso Clayton, amorosamente—, también he estado pensando en eso; pero debemos afrontarlo, del mismo modo que hemos de plantar cara a lo que venga, sea lo que fuere, con el mejor de los ánimos y la máxima confianza en nuestra capacidad para superar todas las circunstancias, por adversas que puedan ser.

»Hace cientos de miles de años, en los remotos albores de la humanidad, nuestros antepasados hicieron frente a los mismos problemas que ahora se nos presentan a nosotros, y es muy posible que también en estos primitivos bosques vírgenes. El que nosotros estemos hoy aquí es la prueba de su victoria.

»¿Es que vamos a ser incapaces de hacer lo que hicieron ellos? Incluso podemos hacerlo mejor. ¿No contamos con los superiores conocimientos que nos ha proporcionado siglos de civilización? ¿No disponemos de los medios de protección, defensa y sostenimiento que la ciencia nos ha proporcionado? Adelantos y ventajas que ellos desconocían absolutamente. Lo que nuestros antecesores lograron, Alice, con instrumentos y armas de piedra y hueso, nosotros también podremos conseguirlo. —¡Ay, John! Quisiera ser hombre y ver las cosas tal como las enfoca un hombre, pero no soy más que una mujer, que mira las cosas con el corazón más que con la cabeza y que lo que ve ahora es demasiado espantoso, demasiado inconcebible para expresarlo con palabras.

»Deseo con toda mi alma que tengas razón, John. Me esforzaré en lo posible para comportarme como una valerosa mujer primitiva, digna compañera del hombre primitivo.

En lo primero que pensó Clayton fue en disponer un refugio para pasar la noche; un cobijo que sirviera para protegerles de las fieras depredadoras que merodearían al acecho.

Abrió la caja en que llevaba los rifles y municiones, armas que les permitirían estar convenientemente preparados frente a cualquier posible

ataque que lanzaran sobre ellos mientras trabajaban. Después se dedicaron a localizar un sitio adecuado para dormir aquella primera noche. A cosa de cien metros de la playa había una pequeña explanada, desprovista casi totalmente de árboles; decidieron que, en su momento, construirían allí una casa estable, aunque consideraron que, provisionalmente lo mejor era montar una pequeña plataforma entre las ramas de los árboles, fuera del alcance de las fieras salvajes de mayor tamaño en cuyo reino se encontraban. Para ello, Clayton seleccionó cuatro árboles, que formaban un rectángulo de cerca de tres metros de lado, cortó las ramas largas de otros árboles y preparó con ellas una especie de bastidor, a unos tres metros por encima del suelo, ligando los extremos de las ramas a los troncos de los cuatro árboles con parte de la cuerda tomada de la bodega del Fuwolrla que Michael el Negro le había proporcionado.

Clayton entretejió una tupida superficie, con ramas más pequeñas, que colocó de un lado a otro del bastidor. Cubrió el piso de esa plataforma con hojas de begonia de las llamadas «orejas de elefante», por su forma y tamaño, de las que abundaban profusamente por allí. Tendió encima de ellas la lona de una enorme vela, plegada en varios dobleces.

A unos tres metros por encima del piso construyó otra plataforma, aunque algo más ligera, para que sirviese de techo, y colgando por los bordes de la misma, a guisa de paredes, suspendió el resto de las velas de barco.

El resultado final de su tarea fue un nido pequeño y bastante acogedor, al que Clayton trasladó las mantas y parte del equipaje más ligero.

La tarde estaba muy avanzada y Clayton dedicó las horas restantes de claridad diurna a construir una escalera de mano por la que lady Alice pudiera subir a su nuevo hogar. Durante todo el día, la selva circundante fue un continuo hervidero de excitadas aves de brillante plumaje y de agitados monos que no cesaron de ir de un lado a otro, bailoteando y parloteando sin cesar, mientras no quitaban ojo a los recién llegados y a sus maravillosas operaciones de construcción de un refugio aéreo, trabajo que los pequeños simios observaban con sumo interés y asombrada fascinación.

Clayton y su esposa no dejaron de mantenerse vigilantes, pero por mucho que forzaron la mirada no vieron animales de grandes proporciones, aunque en un par de ocasiones observaron que los pequeños simios del lugar llegaron chillando y chachareando desde un cerro próximo, hacia el que lanzaban ojeadas de terror por encima del hombro, como si huyeran de algo terrible que se ocultara al otro lado del montecillo.

Clayton dio por concluida su escala poco antes del crepúsculo y, tras llenar un recipiente de agua en el arroyo cercano, su esposa y él subieron a la relativa seguridad de su aposento suspendido en el aire.

Como hacía bastante calor, Clayton puso las cortinas laterales sobre el tejado de lona y cuando estaban sentados, a la turca, encima de las mantas, lady Alice aguzó la vista, fija en la oscuridad de la selva, alargó repentinamente la mano y aferró los brazos de Clayton.

—¡Mira, John! —musitó—. ¿No es un hombre eso que hay ahí?

Al volver la cabeza para mirar en la dirección que indicaba su esposa, lord Greystoke vio recortada borrosamente sobre la oscuridad del fondo una gigantesca figura erguida en lo alto del cerro. Durante unos segundos la figura permaneció inmóvil, como si estuviera escuchando y luego dio media vuelta, muy despacio, para acabar fundiéndose entre las sombras del bosque.

—¿Qué era eso, John?

—No lo sé, Alice —respondió Clayton en tono grave—. Está demasiado oscuro para distinguir las cosas a tanta distancia y es posible que sólo se tratara de una sombra proyectada por la luna.

—No, John, si no era un hombre, era un remedo caricaturesco, inmenso y ridículo de un hombre. Tengo miedo, John.

Clayton la abrazó y le susurró al oído palabras de ánimo y cariño.

Poco después, bajó las cortinas de lona y las ató sólidamente a los árboles. Con la salvedad de una pequeña hendidura, cara a la playa, quedaron aislados, cerrados por completo.

Como la negrura de la noche envolvía en densas tinieblas el interior de aquel refugio aéreo, se tendieron sobre las mantas para intentar conseguir, a través del sueño, una breve tregua de olvido. Clayton se echó delante de la abertura frontal, con un rifle y un par de revólveres a mano.

Apenas había cerrado los párpados cuando a su espalda, en la espesura de la selva, resonó el estremecedor rugido de una pantera. Se fue repitiendo, cada vez más cerca, hasta que pudieron oír a la enorme fiera justo debajo de donde se hallaban. Durante más de una hora, a los oídos de lord y lady Greystoke no dejó de llegar el rumor de la respiración de la pantera y el rasguear de las uñas de la fiera contra los troncos de los árboles que sostenían la plataforma. Por fin, la pantera decidió alejarse a través de la playa, donde Clayton la vio claramente a la luz de la luna: una bestia hermosa y colosal, la mayor que John Clayton había contemplado jamás.

Casi no pudieron pegar ojo durante las largas horas de tenebrosidad nocturna, a excepción de unos cuantos retazos breves de sueño preñados de temores, porque los ruidos de la inmensa selva, por la que pululaban miles de animales salvajes, ponían de punta sus agitados nervios, de modo que los alaridos penetrantes y el rumor de los movimientos furtivos de las fieras que

desplazaban sus cuerpos gigantescos por debajo de su refugio los despertaron sobresaltados más de cien veces.

Capítulo III: Vida y muerte

La mañana los encontró muy poco descansados, por no decir que nada, pero saludaron a la aurora con un sentimiento de inconmensurable alivio.

Tan pronto hubo consumido su frugal desayuno de tocino salado, café y galletas, Clayton puso manos a la tarea de construir su casa, convencido como estaba de que no podrían sentirse a salvo durante la noche, ni disfrutarían de paz espiritual, a no ser que contasen con cuatro sólidas paredes que les separasen eficaz y protectoramente de la vida que bullía en la selva.

La labor fue ardua y le costó buena parte de un mes, aunque sólo construyó una pequeña habitación. Una cabaña de troncos de unos quince centímetros de diámetro, cuyos intersticios rellenoó con arcilla que extrajo del suelo, tras excavar unos palmos bajo la superficie.

Con piedras de tamaño adecuado, que encontró en la playa, dispuso una chimenea en un lado del interior de la cabaña. También unió las piedras con barro y, una vez concluido el chamizo, lo revocó aplicando una capa de arcilla de unos diez centímetros de espesor por toda la fachada.

Cubrió el hueco de la ventana con un trenzado de ramitas, entretejidas vertical y horizontalmente, de forma que constituían una especie de parrilla enrejada lo bastante sólida como para resistir los embates de un animal de respetable fuerza. De esa manera podían tener aire y ventilación sin menoscabo de la seguridad de la vivienda.

Montó el tejado, en forma de A, con un plano de pequeñas ramas muy juntas, sobre las que extendió una capa de hojas de palmera y largas hierbas de la selva, sobre las que extendió finalmente una capa de barro.

Fabricó la puerta con tablas de las cajas en que llevaba sus cosas, clavándolas atravesadas entre sí, en diversas capas, hasta constituir un cuerpo sólido de unos siete centímetros de grosor y de aspecto tan firme y sólido que al contemplarlo ambos no pudieron por menos que echarse a reír, muy satisfechos.

Tropezó entonces Clayton con la mayor dificultad de todas porque, una vez construida la maciza puerta, no tenía medios para fijarla en su sitio. Tras dos jornadas de laboriosos esfuerzos, sin embargo, consiguió fabricarse dos robustas bisagras de madera durísima, con las que pudo montar la puerta de

modo que se abriera y se cerrara fácilmente.

El estucado del interior de las paredes y los demás detalles finales lo realizó después de estar instalados dentro de su nuevo hogar, cosa que hicieron en cuanto el tejado estuvo en su sitio. Por la noche, apilaban las cajas delante de la puerta y disponían así de una habitación relativamente segura y confortable.

La construcción del mobiliario, cama, sillas y estantes, fue tarea más bien sencilla, en comparación, y al término del segundo mes se encontraban perfectamente instalados, aunque el continuo temor a que les atacasen las fieras de la selva y la creciente impresión de soledad les impedía sentirse todo lo cómodos y felices que hubieran deseado.

Durante las horas nocturnas, bestias imponentes gruñían y rugían en torno a la minúscula cabaña, pero uno puede llegar a acostumbrarse de tal modo a los ruidos que se repiten, que acaba por no prestarles atención y por dormir como un tronco toda la noche.

En tres ocasiones columbraron fugazmente figuras semejantes a hombres gigantes como la que habían vislumbrado la primera noche, pero nunca estuvieron lo bastante cerca como para determinar con certeza si aquellas formas entrevistas eran de hombres o de fieras.

Los micos y los pájaros multicolores se habituaron en seguida a la presencia de los nuevos vecinos y como evidentemente era la primera vez que veían seres humanos, en cuanto superaron la alarma inicial, fueron acercándose cada vez más, impelidos por esa extraña curiosidad que domina a las criaturas salvajes del monte, de la selva y de la llanura, de forma que antes de que hubiese transcurrido un mes, las aves llegaban incluso a aceptar la comida que les ofrecían las manos amistosas de los Clayton.

Estaba Clayton una tarde trabajando en la ampliación de la cabaña, a la que tenía intención de añadir varias habitaciones, cuando cierto número de aquellos grotescos amiguitos llegaron chillando y emitiendo agudos gruñidos de temor. Huían a través de los árboles, procedentes del cerro. En su carrera no dejaban de volver la cabeza repetidamente para mirar hacia atrás, asustados. Por último, se detuvieron cerca de Clayton y empezaron a chapurrar excitadamente, como si tratasen de advertirle de que se aproximaba un peligro.

Finalmente, lord Greystoke vio lo que aterraba a los micos: el hombrebestia que Alice y él habían vislumbrado fugazmente en alguna que otra ocasión.

Se acercaba a través de la selva, medio erguido, apoyando en el suelo de vez en cuando el dorso de sus cerrados puños. Era un enorme simio antropoide de cuya garganta, mientras avanzaba, salían profundos refunfuños guturales y

aúllos semejantes a ladridos.

Clayton se encontraba a cierta distancia de la cabaña, de la que se había alejado en busca de un árbol que fuese particularmente apropiado para sus operaciones constructoras. Los meses de continua seguridad, en el transcurso de los cuales no había visto durante el día fiera peligrosa alguna, le hicieron confiarse de tal modo que dejaba descuidadamente en la cabaña los rifles y revólveres. Y entonces, al ver acercarse a aquel mono gigantesco que aplastaba la maleza mientras se dirigía hacia él, sin dejarle prácticamente ninguna vía de escape, Clayton notó que un vago y ligero escalofrío recorría su columna vertebral.

Se daba perfecta cuenta de que, armado sólo con un hacha, sus posibilidades de salir bien librado frente a aquel monstruo feroz eran realmente escasas...

«Y Alice —pensó—: ¡Oh, Dios santo! ¿Qué será de Alice?»

Existía, no obstante, una remota posibilidad de llegar a la cabaña. Dio media vuelta y echó a correr hacia ella, al tiempo que lanzaba un grito de aviso para que su esposa se apresurara a cerrar la puerta en el caso de que el enorme simio le cortase a él la retirada. Lady Greystoke estaba sentada cerca de la cabaña y al oír el grito de su marido alzó la cabeza y vio al mono que, con una agilidad casi increíble en un simio tan pesado y de tales proporciones, saltaba en un veloz intento de adelantarse a Clayton.

Alice dejó escapar un pequeño chillido, se precipitó hacia la puerta de la choza y, al tiempo que la franqueaba, lanzó a su espalda un vistazo que le llenó el alma de terror. Porque la bestia había interceptado a Clayton, que, acorralado, esgrimía el hacha con las dos manos, listo para descargarla sobre el furioso gorila en cuanto éste lanzase su ataque final.

—¡Cierra la puerta y atráncala, Alice! —previno Clayton a voz en grito—. Acabaré con este sujeto en dos hachazos.

Pero sabía que se enfrentaba a una muerte horrible, y que lo mismo le ocurriría a Alice. El simio era un macho colosal, que pesaría probablemente más de ciento treinta kilos. Sus crueles ojillos, muy juntos, despedían fulgores de odio feroz bajo la espesura hirsuta de las cejas, mientras mostraba sus amenazadores colmillos y emitía un gruñido espeluznante. Se detuvo momentáneamente ante su presa.

Por encima del hombro de la bestia, Clayton veía el quicio de la puerta de la cabaña, situada a menos de veinte pasos de distancia. Le invadió una oleada de horror al ver salir a su joven esposa, armada con uno de los rifles.

A Alice siempre le habían asustado las armas de fuego y nunca se atrevía a

tocarlas, pero en aquel momento se precipitaba hacia el mono, con la intrépida temeridad de una leona que protege a sus cachorros.

—¡Atrás, Alice! —gritó Clayton—. ¡Por el amor de Dios, atrás!

Pero la muchacha no le hizo caso y, en aquel preciso instante, el mono descargó su ataque y Clayton ya no pudo añadir nada más.

Blandió el hacha con toda la fuerza de sus brazos, pero el poderoso simio la agarró con aquellas terribles manazas, la arrancó de los puños de Clayton y la arrojó lejos de allí.

Con un espantoso rugido, cerró los brazos en torno a su indefensa víctima, pero cuando se disponía a clavar sus colmillos sedientos de sangre en la garganta de lord Greystoke, una retumbante detonación sacudió el aire y un proyectil se hundió en la espalda del mono, entre los omoplatos.

El simio lanzó a Clayton al suelo y se volvió hacia su nuevo enemigo. Ante él estaba la empavorecida muchacha, que se esforzaba vanamente en meter otra bala en el cuerpo de la fiera. Pero no entendía el mecanismo del arma y el percutor cayó infructuosamente sobre un cartucho vacío.

Casi de modo simultáneo Clayton pudo ponerse en pie y, sin pensar en la inutilidad de su tentativa, corrió a separar al simio de la postrada figura de Alice.

Lo consiguió apenas sin esfuerzo. El enorme cuadrumano rodó inerte por encima de la hierba, frente a Clayton: estaba muerto. El proyectil había cumplido su misión.

Un examen apresurado de su esposa indicó a Clayton que en el cuerpo de Alice no había ninguna señal y lord Greystoke llegó a la conclusión de que la gigantesca fiera había muerto en el mismo segundo en que cayó sobre la mujer.

Con todo el cuidado del mundo, Clayton cogió en brazos la figura inconsciente de su esposa y la llevó a la cabaña, pero transcurrieron dos horas largas antes de que Alice recobrase el sentido. Sus primeras frases sembraron el ánimo de Clayton de una vaga aprensión.

Algún tiempo después de haber vuelto en sí, la muchacha lanzó una mirada de asombro por la estancia y luego, tras un suspiro de satisfacción, exclamó: —¡Oh, John, es tan verdaderamente maravilloso estar en casa! He tenido un sueño horrible, cariño. Soñé que ya no estábamos en Londres, sino en un lugar espantoso donde nos atacaban unas fieras enormes.

—Vamos, vamos, Alice —Clayton le acarició la frente—, intenta volver a dormirte y no te preocupes de las pesadillas.

Aquella noche nació su hijito en la minúscula cabaña levantada junto a la selva virgen, mientras un leopardo rugía ante la puerta y desde el otro lado del cerro llegaba el sordo bramar de un león. Lady Greystoke no se recuperó del sobresalto que le produjo el ataque del gigantesco simio y, aunque vivió un año más, tras dar a luz a su hijo, no volvió a salir de la cabaña ni llegó a comprender del todo que ya no se encontraba en Inglaterra.

A veces preguntaba a Clayton qué eran aquellos extraños ruidos que se oían por la noche; dónde estaban los criados, que nunca aparecían por allí; y por qué tenían amueblada la estancia con aquellas piezas tan toscas. Pero aunque lord Greystoke siempre le decía la verdad, Alice nunca tomó conciencia de la realidad de la situación.

En otros aspectos se mostraba absolutamente racional, y la dicha y la alegría que le proporcionaba tener aquel hijo y gozar de las atenciones con que la colmaba su esposo consiguieron que aquel año fuera, más que extraordinariamente feliz para ella, el más feliz de su joven vida.

Clayton no ignoraba que, de haber estado Alice en plena posesión de sus facultades mentales, los temores y aprensiones la habrían afligido continuamente, —por lo que aunque para él era un sufrimiento terrible verla así, en ocasiones casi se alegraba de que, por el propio bien de Alice, ésta no comprendiese las circunstancias que les rodeaban.

Había abandonado bastante tiempo atrás la esperanza de que los rescatasen, a no ser que surgiera algún azar favorable. Con infatigable diligencia había ido adornando y mejorando el interior de la cabaña.

Piel de león y de pantera cubrían el suelo. Armarios y estanterías se alineaban en las paredes. Curiosos jarrones que él mismo había hecho con barro de la zona albergaban ramos de preciosas flores tropicales. Cortinas de hierba y bambú decoraban las ventanas, un revestimiento de madera recubría paredes y techo y un suelo de tablas entarimaba el piso. Trabajar aquella madera le resultó lo más arduo de todo, dada la escasez de herramientas de que disponía.

Se maravillaba de haber sido capaz de realizar con sus propias manos toda aquella labor, desacostumbrada para él. Pero le encantaba trabajar, ya que lo hacía por Alice y por la criaturita que había llegado para alegrarles, aunque aquella pequeña vida centuplicaba las responsabilidades y los terribles apuros de la situación.

Durante el año que siguió, Clayton se vio atacado varias veces por los gigantes simios, que ahora parecían infestar los alrededores de la cabaña; pero no volvió a aventurarse fuera de ella sin rifle y revólveres, pese a que aquellas bestias formidables no le asustaban en exceso.

Había reforzado la protección de las ventanas y colocado en la puerta un pestillo especial de madera; de modo que cuando salía a cazar o a recoger frutos, lo que hacía asiduamente ya que era imprescindible para asegurar la subsistencia, se marchaba con la seguridad de que ninguna fiera podía irrumpir en la casa.

Al principio cazaba bastante disparando desde las ventanas de la cabaña, pero el instinto no tardó en inculcar en los animales un saludable temor hacia aquella extraña guarida de la que brotaba el terrorífico trueno que producía el rifle de Clayton.

En sus ratos de ocio, lord Greystoke leía, con frecuencia en voz alta para que Alice lo escuchara, alguno de los libros que había llevado para el nuevo hogar del matrimonio. Entre esos volúmenes figuraban varios infantiles — libros ilustrados, cartillas, libros de lectura—, porque sabía que su hijo habría cumplido los años suficientes para aprovecharlos antes de que pudieran regresar a Inglaterra.

En otras ocasiones, Clayton dedicaba su tiempo a escribir su diario, que se había acostumbrado a llevar en francés y en el que dejaba constancia de los detalles de su nada corriente existencia. Ese diario lo guardaba bajo llave en una cajita metálica.

Un año justo después del nacimiento del niño, lady Alice falleció silenciosamente durante la noche. Era tan apacible la mujer que transcurrieron unas horas antes de que Clayton se percatara de que su esposa había muerto.

Lo espantoso de la situación fue filtrándose muy despacio en el ánimo de Clayton y es harto dudoso que llegara a comprender alguna vez toda la magnitud de su dolor y la terrible responsabilidad que caía sobre sus hombros, representada por la ineludible obligación de cuidar de aquel ser, su hijo, todavía un niño de pecho.

La última anotación que hizo en su diario data de la mañana siguiente al fallecimiento de lady Alice. Allí refiere Clayton los desconsolados detalles en un estilo sencillo que añade ternura a su lamento; porque denota una cansina apatía, resultado del largo tiempo de tristezas y desesperanzas, que culminaba con aquel golpe cruel a cuyo sufrimiento difícilmente podría sobreponerse:

«Mi pequeño llora y pide que le den de mamar... Oh, Alice, Alice. ¿Qué debo hacer?». Y al escribir estas palabras, las últimas que iba a trazar su mano, John Clayton dejó caer pesadamente la cabeza sobre los brazos extendidos encima de la mesa que había construido para Alice, que ahora yacía fría e inmóvil en la cama, cerca de él.

Durante un buen rato, ningún sonido interrumpió la quietud, el silencio mortal del mediodía de la selva, salvo el lloriqueo lastimoso de la diminuta

criatura humana.

Capítulo IV: Los monos

En la floresta de la altiplanicie, a kilómetro y medio del océano, el viejo Kerchak el Mono se agitaba entre sus congéneres, presa de un frenético acceso de furia. Los miembros más jóvenes y ágiles de la tribu huyeron a la desbandada hacia las copas de los grandes árboles, para eludir la cólera del jefe; preferían arriesgar la vida desplazándose por ramas que apenas soportarían su peso, a afrontar la ira incontrolada del viejo Kerchak. Los demás machos se dispersaron en todas direcciones, pero no antes de que la exasperada bestia hubiese quebrado con sus poderosas y espumeantes mandíbulas las vértebras de uno de ellos. Una desgraciada hembra joven resbaló en la insegura rama que la sostenía y fue a parar al suelo, casi a los pies de Kerchak.

Al tiempo que profería un grito salvaje, la bestia se precipitó sobre ella, le desgarró una buena parte del costado de una feroz dentellada y luego empezó a golpearla sañudamente en los hombros y en la cabeza, con una rama rota, hasta hacerle trizas el cráneo. La mirada de Kerchak se posó después en Kala, que había ido en busca de alimento y regresaba con su hijito, ajena por completo al estado de iracundia violenta en que se encontraba el viejo macho. De súbito, los chillidos de aviso de sus semejantes la advirtieron y Kala intentó emprender una loca huida.

Pero Kerchak se encontraba muy cerca de ella, tan cerca que poco le faltó para agarrarla de un tobillo. El macho lo hubiera conseguido de no andar Kala lo suficientemente lista como para dar un gran salto en el espacio y lanzarse de un árbol a otro: una maniobra peligrosísima, que los simios rara vez intentan, a menos que se vean acorralados por alguna amenaza y no tengan más alternativa.

El primer salto le salió muy bien, pero cuando se agarraba a la rama del otro árbol, la repentina sacudida del movimiento hizo que se desprendiera la cría que se aferraba a su cuello y Kala vio que su hijito, entre aullidos espeluznantes, caía retorciéndose y dando volteretas en el aire, hasta estrellarse contra el suelo, tras un descenso de diez metros.

Al tiempo que emitía un pequeño grito, mezcla de espanto y desolación, Kala se lanzó de cabeza junto a su retoño, sin preocuparse del peligro que constituía Kerchak; pero cuando recogió el cuerpo destrozado de su hijito y se lo llevó al pecho, la vida había desaparecido de él. Sentada en el suelo, entre

gemidos sordos, la abatida Kala acunó al pequeño; Kerchak no trató de molestarla. Con la muerte del pequeño se disipó la demoníaca furia del viejo macho tan súbitamente como había aparecido.

Kerchak era un formidable mono soberano, que pesaría cerca de ciento sesenta kilos. Tenía una frente estrecha y hundida, ojillos diminutos, inyectados en sangre y muy juntos a los lados de la chata y basta nariz; sus orejas eran grandes y delgadas, aunque más reducidas que las de la mayoría de sus prójimos.

Su mal genio y su enorme fortaleza física le conferían una indiscutible superioridad en la pequeña tribu, en cuyo seno había nacido cosa de veinte años antes. Se encontraba en la plenitud de la vida y en todo el bosque por el que se desplazaba no había un solo congénere que osara discutirle la supremacía de la jefatura, como tampoco se atrevían a incomodarle los demás animales gigantescos de la selva.

El viejo Tantor, el elefante, era el único de toda aquella región salvaje que no le temía... y también era el único al que temía Kerchak. Cuando Tantor barritaba, el gigantesco simio emprendía la retirada con sus compañeros y ascendía a las alturas de los árboles de la segunda terraza. La tribu de antropoides que regía Kerchak con mano de hierro y colmillos siempre a la vista, constaba de seis u ocho familias, cada una de las cuales estaba formada por un macho adulto, con sus hembras y sus hijos. En total, la tribu ascendería a sesenta o setenta monos.

Kala era la compañera más joven de un macho llamado Tublat, que quiere decir nariz partida, y la cría que la mona había visto morir al precipitarse contra el suelo era el primer hijo que alumbraba; porque Kala sólo tenía nueve o diez años.

No obstante su juventud, Kala era grande y fuerte: un animal espléndido, de cuerpo bien proporcionado, largas extremidades y frente ancha y abombada, lo que denotaba una inteligencia superior a la de la mayoría de sus congéneres. Como madre también poseía una gran capacidad para el cariño y para el dolor.

Pero no dejaba de ser un mono, una fiera formidable, enorme y salvaje, perteneciente a la familia de 108 gorilas, pero con un nivel de inteligencia superior a la media de la especie; contar además con la fortaleza física de dicha especie convertía a los miembros de la tribu de Kerchak en los más terribles de aquellos antropoides predecesores del hombre. Cuando la tribu observó que la furia de Kerchak había cesado, procedieron a descender poco a poco de sus retiros arbóreos y a reanudar las diversas ocupaciones que habían interrumpido. Los jóvenes empezaron a zangolotear y jugar entre los árboles y matorrales. Algunos adultos se tumbaron sobre la mullida capa de

vegetación seca o a medio pudrir que tapizaba el suelo, mientras otros removían las ramas caídas o los montoncitos de tierra, a la búsqueda de insectos o pequeños reptiles, que solían formar parte de su dieta alimenticia.

Y aún había otros que se dedicaban a buscar en los árboles circundantes frutas, pájaros y huevos de ave.

Llevaban entreteniéndose así cosa de una hora cuando Kerchak los convocó, les ordenó que le siguieran y echó a andar en dirección al mar.

Solían trasladarse por tierra, a pie, siempre que se tratara de terreno descubierto, siguiendo la senda de los grandes elefantes cuyas ideas y venidas abrían los únicos caminos existentes a través de los embrollados laberintos de maleza, enredaderas, plantas trepadoras, árboles y arbustos. Los monos caminaban con desmañados movimiento balanceantes, apoyando en el suelo los nudillos de las manos cerradas e impulsando hacia adelante sus corpachones desgarrados. Pero cuando se desplazaban por las enramadas bajas se movían con mayor rapidez. Saltaban de rama en rama con la misma agilidad de sus primos hermanos los micos. Durante todo aquel recorrido, Kala llevó apretado contra su pecho el cuerpecillo sin vida de su cría.

Poco después del mediodía llegaron a un altozano desde el que se dominaba la playa. Allí, a sus pies, se alzaba la casita que, al parecer, era el objetivo de Kerchak.

Había visto caer a muchos de sus congéneres, muertos inmediatamente después de que resonara en el aire el estruendo que producía el bastón negro que empuñaba el extraño mono blanco que vivía en aquella guarida mágica. Y, en su mente bestial, Kerchak había adoptado la determinación de apoderarse de aquel mortífero instrumento y explorar el interior del misterioso cubil.

Anhelaba locamente, con todos sus feroces instintos, hundir los colmillos en el cuello de aquel extraño ser al que había aprendido a odiar y a temer. Tal era la razón por la que frecuentemente se acercaba allí con su tribu, para reconocer el terreno, a la espera de la oportunidad de coger desprevenido al simio blanco.

Últimamente se abstendrían de atacar e incluso de dejarse ver; porque en cada ocasión que lo hicieron, el pequeño palo rugió fragorosamente y su terrible mensaje de muerte acabó con algunos miembros de la tribu.

Aquel día no se observaba el menor rastro del hombre por los alrededores y, desde la atalaya en que se encontraban, los monos vieron que la puerta de la cabaña estaba abierta. Despacio, cautelosa y silenciosamente, se deslizaron por la selva hacia la pequeña construcción. No hubo gruñidos ni fieros gritos rabiosos: el palito negro les había enseñado a aproximarse sin hacer el más leve ruido susceptible de despertarlo.

Fueron avanzando poco a poco y, por último, el propio Kerchak se llegó a la puerta y asomó sigilosamente la cabeza para echar un vistazo al interior. Tras él iban dos machos y, a continuación, Kala, que seguía estrechando contra el pecho el cadáver de su hijo. Dentro de la guarida vieron al extraño mono blanco con medio cuerpo echado sobre la mesa y la cabeza enterrada entre los brazos. En el lecho había una figura cubierta por una lona y de una minúscula y rústica cuna se elevaban los lloriqueantes gemidos de un cachorro.

Kerchak entró silenciosamente, encogido sobre sí mismo, preparado para atacar. En aquel momento, John Clayton se incorporó con súbito impulso y su mirada tropezó con los simios.

El cuadro que vieron sus ojos debió de inundarle de horror, porque allí, en la misma puerta, pero dentro de la estancia, se hallaban tres enormes monos, detrás de los cuales se arracimaban varios más; no llegó a saber cuántos, porque sus revólveres colgaban en la pared del fondo, junto al rifle, y Kerchak desencadenaba ya su asalto.

Cuando el mono rey soltó la desmadejada figura de quien había sido John Clayton, lord Greystoke, proyectó su atención sobre la cunita; pero Kala se le adelantó y, antes de que el gran simio alargase las manos, la mona se había apoderado ya de la criatura con rápido movimiento y, sin dar tiempo a Kerchak para que le cortara el paso, salió disparada hacia la puerta, cruzó el umbral y se refugió en la copa de uno de los árboles más altos.

Al tiempo que cogía el niño de Alice Clayton, Kala dejó caer el cadáver de su retoño en la cuna vacía; porque los gemidos de aquella criatura viva despertaron en el pecho de la mona el estímulo maternal que el hijo muerto ya no podía alentar.

En las ramas superiores de aquel árbol gigantesco, la mona apretó contra sí el gimoteante chiquillo y el instinto, tan predominante en el ánimo de aquella fiera como lo había sido en el de la tierna y hermosa madre —el instinto del amor materno—, no tardó en transmitir sus ondas tranquilizadoras al cerebro medio formado del cachorro de hombre, que al instante dejó de llorar. Después, el hambre colmó el foso que los separaba y el hijo de un lord inglés y una dama inglesa se amamantó en el pecho de Kala, la gran mona salvaje.

Mientras, los simios que se encontraban en el interior de la cabaña examinaban cautelosamente lo que contenía aquella insólita guarida.

Una vez convencido de que Clayton estaba muerto, Kerchak dedicó su atención a lo que yacía sobre la cama, cubierto por un trozo de vela de barco.

Cautelosamente levantó una esquina del sudario, pero cuando vio el cuerpo de la mujer que había debajo tiró con brusquedad de la lona y cogió entre sus peludas manazas la blanca e inmóvil garganta.

Un momento después hundía profundamente los dedos en la fría carne y, al percatarse de que la mujer ya estaba muerta, se apartó de ella para examinar el resto de lo que había en el cuarto; no volvió a perder el tiempo con los cadáveres de lady Alice o sir John. Captó su atención el rifle que colgaba en una de las paredes; era el extraño palo, ensordecedor y mortífero cuya posesión llevaba meses anhelando; pero ahora que lo tenía a su alcance casi le faltaba valor para cogerlo.

Se fue acercando a aquel objeto, con toda la prudencia del mundo, listo para emprender la retirada precipitadamente si aquel barrote soltaba alguno de los profundos bramidos que Kerchak ya había escuchado en otras ocasiones, cuando encañonaba a aquellos miembros de su tribu que, impulsados por la ignorancia o la imprudencia, atacaban a aquel prodigioso simio blanco que lo esgrimía.

En lo profundo del cerebro de la bestia algo le aseguró que aquel bastón tonante sólo era peligroso cuando lo empuñase alguien que supiera manipularlo, pero tuvieron que transcurrir varios minutos antes de que el mono se decidiera a tocarlo. En vez de hacerlo en seguida, anduvo de un lado a otro del cuarto, paseándose por delante del rifle y volviendo la cabeza para que ni por un segundo dejaran sus ojos de contemplar aquel objeto de deseo.

Se valía de sus largos brazos como un hombre utiliza las muletas, mientras su cuerpo se bamboleaba a derecha e izquierda al ritmo de las zancadas de sus idas y venidas. Todo ello sin dejar de emitir profundos gruñidos que de vez en cuando alternaba con alguno de aquellos alaridos penetrantes, sin duda el sonido más aterrador de toda la jungla. Se detuvo por fin frente al arma. Alzó despacio una de sus manos enormes hasta casi tocar con los dedos el brillante cañón del rifle, pero la retiró con brusquedad y reanudó sus celéricos pasos. Fue como si con aquel despliegue de osadía y con la ayuda de su salvaje vozarrón, la enorme bestia tratara de infundirse el suficiente valor para empuñar el rifle. Volvió a detenerse delante del arma y en esa oportunidad consiguió el objetivo de llevar su mano reacia hasta el frío acero... sólo para retirarla automáticamente y emprender de nuevo su nervioso paseo.

La extraña ceremonia se repitió varias veces, pero de una para otra el mono fue adquiriendo confianza hasta que, finalmente, el rifle abandonó el gancho del que colgaba y las manos del gigantesco simio lo sostuvieron.

Al comprobar que no le causaba ningún daño, Kerchak procedió a estudiarlo con más interés. Sus dedos la recorrieron de un extremo a otro, miró por el agujero de la boca hacia las negras profundidades internas del cañón, acarició el punto de mira, la recámara, la culata y, por último, el gatillo.

Mientras realizaba aquellas operaciones, algunos monos habían entrado en la cabaña y permanecían sentados en el suelo, junto a la puerta, con la mira da

fija en el cacique de la tribu. Los de fuera, apiñados ante la entrada, extendían el cuello para echar un vistazo a lo que pasaba dentro. Inopinadamente el dedo de Kerchak apretó el gatillo. Se produjo un rugido ensordecedor en la pequeña estancia y los monos que estaban a un lado y otro de la puerta tropezaron atropelladamente y cayeron unos sobre otros en su frenética precipitación fugitiva.

Kerchak se llevó también un susto de muerte, tan aterrado se quedó que ni siquiera tuvo ánimo suficiente para arrojar lejos de sí el objeto causante de aquel estrépito terrible. El simio salió disparado hacia la puerta, con el rifle aún firmemente apretado en su mano. Al franquear el hueco, el punto de mira del arma se enganchó en el borde de la puerta, que se abría hacia adentro, y el ímpetu de la huida de Kerchak hizo que la hoja de madera se cerrase a sus espaldas.

Kerchak se detuvo a escasa distancia de la cabaña y, al darse cuenta de que aún llevaba cogido el rifle, se apresuró a soltarlo como si se tratara de un hierro al rojo vivo. No efectuó ningún otro intento de recogerlo; la atronadora detonación había sido demasiado para los nervios del simio. No obstante, ahora tenía el absoluto convencimiento de que aquel palo era completamente inofensivo si se le dejaba en paz, si no se le tocaba.

Hubo de pasar una hora antes de que los monos se recuperaran del sobresalto lo bastante como para acercarse de nuevo a la cabaña a fin de reanudar las investigaciones. Cuando finalmente lo hicieron, se llevaron un buen disgusto: la puerta estaba cerrada y atrancada de tal modo que no les fue posible forzarla.

El pestillo de resbalón que tan hábilmente había fabricado Clayton entró en la placa de cierre, a causa del portazo que dio Kerchak al trabársele la mira del rifle cuando salió, y a los monos no se les brindaba ninguna otra vía de acceso, porque las ventanas tenían fuertes barrotes enrejados.

Tras merodear un rato por los alrededores, los cuadrumanos iniciaron el regreso hacia la espesura de la selva y las zonas altas de donde procedieron. Kala no había descendido una sola vez de los árboles desde que trepó con la criatura recién adoptada, pero Kerchak le ordenó que bajase al suelo y se uniera a los demás. En la voz del mono rey no se apreciaba el más leve tono de cólera, por lo que la hembra no se hizo de rogar y se descolgó de rama en rama para unirse a la tribu, que regresaba a sus lares. Los que intentaron echar un vistazo al extraño nuevo hijo de Kala se vieron rechazados por los amenazadores colmillos de la hembra, que no dudó en enseñarlos, feroz, al tiempo que emitía sordos gruñidos y voces de advertencia.

Cuando le aseguraron que nadie pretendía hacer daño a su cachorro, Kala les permitió acercarse, aun que de ninguna manera los dejó tocar a la criatura.

Era como si supiese que el niño era un ser débil, frágil y delicado, lo que le hacía temer que las toscas manos de sus congéneres le lastimaran.

Aún tomó otra precaución, la cual incrementaba para ella las dificultades de la marcha. No había olvidado la muerte de su retoño, así que sostenía con fuerza al niño, con una mano, mientras utilizaba sólo la otra para avanzar.

Los demás jóvenes viajaban sobre las espaldas de sus respectivas madres; aferrados los bracitos alrededor de los peludos cuellos y con las extremidades inferiores apretadas al cuerpo de las simias, bajo las axilas.

No lo llevaba así Kala, que apretaba firmemente contra su pecho el cuerpecillo del infantil lord Greystoke. Las diminutas manos del niño se agarraban a la larga pelambre negra que cubría el cuerpo de la mona. Kala no estaba dispuesta a correr ningún riesgo: ya había visto a su cría desprendérsele de la espalda y sufrir una muerte terrible. No deseaba que aquello se repitiera.

Capítulo V: El simio blanco

Con toda su amorosa ternura, Kala crió al huerfanito, sin dejar de sorprenderse en silencio al observar que no desarrollaba la misma agilidad y fuerza física con que los monos de las otras madres se veían agraciados. Había transcurrido cerca de un año desde que el cachorro cayó en su poder y apenas podía caminar solo, y en cuanto a trepar... ¡qué torpe era, el pobre!

A veces, Kala debatía con las hembras mayores la cuestión, pero ninguna de ellas comprendía cómo era posible que aquel joven tardara tanto en aprender a valerse, a cuidar de sí mismo. Ni siquiera era capaz de encontrar alimentos por sí mismo. Y eso que hacía más de doce lunas que Kala lo encontró.

De haber sabido que el chiquillo tenía ya trece meses cuando ella se apoderó de la criatura, lo hubiera considerado un caso absolutamente perdido, sin la menor esperanza, porque los demás pequeños de su tribu estaban tan adelantados a las dos o tres lunas como aquel extraño crío al cabo de veinticinco.

Tublat, el compañero de Kala, se sentía dolidamente humillado y de no ser porque su hembra estaba siempre ojo avizor, se hubiera desembarazado del niño.

—Nunca será un gran mono —alegaba—. Siempre tendrás que llevarlo de un lado a otro y protegerlo continuamente. ¿De qué le servirá a la tribu? De nada. Sólo será una carga. »Vale más abandonarlo, dejarlo dormido

tranquilamente entre las hierbas altas. Así podrás tener otros hijos, más fuertes, que nos protejan en la vejez.

—Eso, nunca, Nariz Partida —replicó Kala—. Si he de llevarle a cuestras toda la vida, lo llevaré. Tublat recurrió entonces a Kerchak, al que instó a emplear su autoridad sobre Kala para obligarla a renunciar al enclenque Tarzán, nombre que habían asignado al pequeño lord Greystoke y que significaba «Piel Blanca».

Pero cuando Kerchak abordó el asunto con Kala, ésta amenazó con abandonar la tribu si no la dejaban en paz con la criatura; y como ese era uno de los inalienables derechos de los habitantes de la selva que no se sintieran a gusto en su propia tribu, deja ron de molestarla, ya que Kala era una hembra joven, atractiva, bien proporcionada y esbelta, y no deseaban perderla. A medida que Tarzán fue creciendo, sus zanca das aumentaron en rapidez y, al cumplir los diez años, era un trepador excelente. Además, sobre el suelo, sabía hacer una infinidad de maravillas que sus pequeños hermanos eran incapaces de imitar.

Se distinguía de ellos en muchos aspectos y a menudo los dejaba admirados con su astucia, aunque en cuanto a tamaño y fortaleza se encontraba en inferioridad. Porque a los diez años los grandes antropoides habían alcanzado su plenitud física y algunos de ellos medían cerca del metro noventa de estatura, mientras que el pequeño Tarzán era un muchacho a mitad de su desarrollo.

¡Pero menudo muchacho! Desde la más tierna infancia se había valido de las manos para saltar de una rama a otra, a la manera que lo hacía su gigantesca madre, y durante toda la niñez se pasó horas y horas todos los días desplazándose con sus hermanos a toda velocidad por las copas de los árboles.

Podía cubrir de un salto un espacio de siete metros, en las alturas de la selva, sin sentir el menor vértigo, y agarrarse con absoluta precisión y perfecta suavidad a una rama que oscilase impulsada violentamente por los vientos precursores de un inminente huracán. Era capaz de descolgarse y cubrir siete metros de una rama a otra, en veloz descenso hasta el suelo, y coronar con la ligereza de una ardilla la cima más alta del más alto gigante arbóreo de la selva tropical.

Sólo contaba diez años, pero era ya tan fuerte como un hombre normal de treinta y era más ágil que la mayoría de los atletas practicantes. Y, de un día para otro, su fortaleza aumentaba. Su vida entre aquellos feroces simios había sido feliz, ya que no recordaba ninguna otra, ni sabía que existiese en el universo otro mundo que no fuese el reducido bosque que formaba su medio ambiente y los animales salvajes con los que se había familiarizado.

Poco antes de cumplir los diez años empezó a darse cuenta de que entre él y sus compañeros existían grandes diferencias. Su cuerpo menudo, bronceado por la vida al aire libre, le hizo sentir de pronto una aguda vergüenza, sobre todo al comprobar que carecía por completo de pelo, como era el caso de las serpientes o los otros reptiles que se arrastraban por el suelo. Intentó arreglarlo por el procedimiento de cubrirse de barro de los pies a la cabeza, pero, al secarse, el barro se desprendió. Y encima, le resultaba tan incómodo que no tardó en llegar a la conclusión de que era preferible la vergüenza a la incomodidad.

En la altiplanicie que frecuentaba la tribu había una laguna y fue en la tersa superficie de aquellas aguas límpidas donde Tarzán vio su rostro por primera vez. Era un día bochornoso de la estación seca y él y uno de sus primos habían bajado hasta la orilla para beber. Al inclinarse, las plácidas aguas reflejaron sus caras; las facciones realmente espantosas del gorila junto al semblante bien parecido del descendiente de una antigua y aristocrática casa inglesa.

Tarzán se sintió acongojado. Ya era malo carecer completamente de vello, ¡pero tener un rostro como aquel! Le sorprendió que los demás monos se moles taran en mirarle siquiera. ¡Aquella ridiculez de hendidura que tenía por boca y aquella insignificancia de dientecillos blancos! ¡Qué diferencia con los gruesos labios y las poderosas dentaduras de sus afortunados hermanos!

Y luego aquella miseria de nariz puntiaguda. Tan delgada que parecía medio muerta de hambre. Enrojeció al compararla con los hermosos y anchos apéndices nasales de su compañero. ¡Qué nariz tan soberbia! ¡Si ocupaba casi la mitad del rostro! El pobrecillo Tarzán pensó que debía resultar maravilloso ser tan guapo.

Pero cuando reparó en sus propios ojos... ¡Ah!, ese fue el golpe definitivo. Un puntito castaño en el centro, un círculo gris alrededor y, luego, vulgar blancura. ¡Qué horror! Ni siquiera las serpientes tenían unos ojos tan repugnantes como los suyos!

Estaba tan absorto en la evaluación personal de sus facciones que no oyó el susurro de las altas hierbas, que se separaron a su espalda para abrir paso a un enorme cuerpo que avanzaba sigilosamente por la selva; tampoco lo percibió su compañero, el otro simio, el cual bebía con tal entusiasmo que los chasquidos de sus labios y los borboteos de satisfacción ahogaron el casi inaudible rumor del intruso que se acercaba.

A menos de treinta pasos de distancia de Tarzán y de su acompañante, se agazapaba Sabor, la leona, cuya cola sacudía el aire como un látigo. Adelantó cautelosamente una de sus garras y la apoyó en el suelo sin el menor ruido, antes de alzar la otra. Así avanzaba; con el vientre bajo, casi rozando el suelo: un gran felino que se preparaba para saltar sobre su presa. Se encontraba ya a

tres metros de los dos compañeros de juego, ajenos al peligro que se cernía sobre ellos. Tensó cuidadosamente los cuartos traseros y los enormes músculos vibraron bajo la preciosa piel.

Se había encogido de tal forma que parecía pega da, aplastada contra el suelo, salvo en el arco vertical que formaba el lustroso lomo, lista para saltar. La cola había dejado de flagelar el aire: ahora estaba inmóvil, estirada hacia el suelo tras el animal.

Hizo una pausa en esa postura, como si se hubiese petrificado de pronto, y luego, con terrible rugido, surcó rauda el aire como impulsada por un resorte.

Sabor, la leona, era una cazadora inteligente. A otra menos sabia le hubiese parecido una estupidez dar la alarma con aquel rugido pavoroso, porque ¿no habría sido más acertado y seguro caer sobre sus víctimas silenciosamente, sin advertirlas mediante aquel grito?

Pero Sabor conocía muy bien la portentosa rapidez de reflejos de los pobladores de la selva y sus poco menos que increíbles facultades auditivas. Para ellos, el súbito rumor de una hoja de hierba al frotarse contra otra constituía un aviso tan efectivo como el ululato más sonoro, y la leona no ignoraba que le era imposible ejecutar su salto sin producir algún ruido, por leve que fuese. Su salvaje rugido no fue ningún aviso. Lo soltó con el fin de que sobrecogiera a sus víctimas y las dejase paralizadas de terror durante la exigua fracción de segundo que la leona precisaba para que sus poderosas garras se clavaran en la suave carne y la presa no tuviese la más remota posibilidad de escapar.

En lo que se refería al mono, la lógica de Sabor fue correcta. El simio se encogió sobre sí mismo y, duran te un momento, permaneció paralizado y tembloroso. Sólo un momento, pero lo suficientemente largo para que fuese su ruina.

Sin embargo, no ocurrió lo mismo con Tarzán, el niño humano. La vida entre los peligros de la jungla había aguzado sus reflejos y el muchacho reaccionaba con celeridad y eficacia ante cualquier circunstancia inesperada. Su superior nivel de inteligencia le proporcionaba una agilidad mental que estaba lejos de las posibilidades de los simios.

De forma que el grito de Sabor, la leona, no sólo puso en guardia el cerebro y los músculos del pequeño Tarzán, sino que le impulsó automáticamente a la acción. Ante sí se extendían las aguas profundas del pequeño lago; por detrás, una muerte segura; una muer te cruel, bajo zarpas y colmillos desgarradores.

Tarzán siempre había odiado el agua, salvo como medio para apagar la sed. La aborrecía porque la relacionaba con el frío y el fastidio de las lluvias

torrenciales y la temía por los truenos y relámpagos que acompañaban a aquellos diluvios. Su selvática madre le había enseñado a evitar las aguas profundas del lago y, por otra parte, ¿no vio pocas semanas antes al pequeño Neeta hundirse bajo la tranquila superficie para no volver nunca más a la tribu?

Pero entre las dos ominosas contingencias, el presto cerebro de Tarzán optó por la menos mala; se decidió mientras la primera nota del rugido de Sabor aún seguía quebrando la quietud de la selva. Antes de que el formidable férido hubiese recorrido la mitad del espacio de su salto las frías aguas del lago cubrían el cuerpo de Tarzán.

No sabía nadar y tampoco hacía pie, pero no perdió un ápice de esa confianza en sus recursos que era el distintivo de su personalidad superior.

Procedió a mover rápidamente las manos y los pies en un intento de impulsarse hacia arriba y, acaso gracias a la casualidad más que al propósito, dio con el estilo de braceo que emplean los perros cuando nadan. Al cabo de unos segundos, su nariz emergía por encima de la superficie y comprobó que no sólo podía mantenerse a flote moviendo los brazos como estaba haciendo, sino que incluso le era posible avanzar surcando las aguas.

Descubrir aquella nueva habilidad, que se manifestaba en él de pronto, fue una sorpresa que le encantó, pero tampoco disponía de mucho tiempo para regodearse pensando en ello. Nadaba en paralelo a la orilla y allí vio a la cruel bestia carnívora agachada sobre la inerte figura del mono. Si no hubiese andado listo, él habría corrido la misma suerte que su pequeño compañero de juegos.

La leona observaba atentamente a Tarzán, con la evidente idea de esperar que volviera a la orilla, pero el muchacho no albergaba la menor intención de hacer tal cosa.

Lo que sí hizo, en cambio, fue lanzar al aire el grito pidiendo ayuda propio de la tribu, sin olvidarse de añadir las notas que advertirían a quienes acudieran a rescatarle que debían tomar las precauciones oportunas para eludir las garras de Sabor. La respuesta le llegó casi de inmediato, a través de la distancia, mientras cuarenta o cincuenta grandes simios iniciaban su veloz y majestuoso vuelo de árbol en árbol, rumbo al escenario de la tragedia.

A la cabeza de la partida iba Kala, que había reconocido el timbre de voz de su adorado hijo adoptivo y, con ella, la madre del pequeño antropoide que yacía muerto bajo la implacable Sabor. Aunque mucho más poderosa y mejor dotada para la lucha que los simios, la leona no tuvo el menor interés en enfrentarse a aquella patrulla de enfurecidos monos adultos y, tras un gruñido de despechado odio, juzgó conveniente lanzarse de un salto al interior de la

maleza y perderse en la espesura.

Tarzán nadó hasta la orilla y salió rápidamente del agua. La sensación de frescura y euforia que el lago le había proporcionado inundaba su ser de agradecida sorpresa y, a partir de entonces, todos los días que le era posible, nunca dejaba de aprovechar la oportunidad de darse un chapuzón en la laguna, en algún riachuelo o en el océano.

A Kala le costó mucho tiempo acostumbrarse a verle realizar aquellas exhibiciones, porque si bien los miembros de su tribu nadaban cuando se veían obligados a ello, a ninguno le hacía gracia meterse en el agua y jamás lo hacían por propia voluntad.

El incidente de la leona procuró a Tarzán un cúmulo de agradables recuerdos, porque tales lances quebrantaban la monotonía de la vida diaria que, en general, era una tediosa rutina consistente en buscar alimento, comer y dormir.

La tribu a la que pertenecía Tarzán deambulaba por una superficie de terreno que se extendía aproximadamente a lo largo de cuarenta kilómetros de costa y se adentraba en tierra unos ochenta y tan tos. Recorrían aquel territorio casi constantemente, aunque a veces permanecían varios meses estacionados en algún punto de la zona. Pero como se desplazaban con gran velocidad a través de los árboles cubrían toda aquella demarcación en muy pocas jornadas.

Todo ello dependía en buena medida de las existencias de provisiones de boca, de las condiciones meteorológicas o del predominio en determinados parajes de animales de especies más peligrosas; aunque, con frecuencia, Kerchak los obligaba a efectuar largas marchas sin más motivo que el hecho de que se había cansado de estar en un sitio.

Pernoctaban allí donde les sorprendía la oscuridad, se acostaban en el suelo, algunas veces se cubrían la cabeza, y en raras ocasiones el cuerpo, con grandes hojas de la hierba llamada oreja de elefante. Si la noche era fría, se acurrucaban en grupos de dos o tres, abrazados, para aprovechar el calor corporal del compañero. Durante todos aquellos años, Tarzán había dormido siempre en brazos de Kala.

Aquella bestia feroz y gigantesca quería a aquel cachorro de otra raza con un cariño inconmensurable y, por su parte, Tarzán dedicaba a aquel formidable animal peludo todo el afecto que hubiera correspondido a su hermosa y joven madre, caso de que viviese. Cuando Tarzán se mostraba desobediente, Kala no tenía reparo en abofetearle, pero nunca era rigurosa con él y le acariciaba con mucha más frecuencia con que le castigaba. Tublat, la pareja de Kala, nunca dejó de odiar a Tarzán y en más de una ocasión estuvo a punto de poner fin a la joven existencia del chico. A su vez, Tarzán nunca perdía la ocasión de

demostrar a su padre adoptivo que correspondía como era debido a sus sentimientos y, siempre que podía jeringarle sin correr riesgo, desde la protectora seguridad de los brazos de Kala o desde las ramas delgadas de las alturas de los árboles, obsequiaba a Tublat con muecas burlonas o gritos insultantes.

Ser más despabilado y más astuto permitía a Tarzán inventar mil tretas diabólicas para llevarle por la vía de la amargura, para añadir más complicaciones a la vida de Tublat.

De pequeñito, Tarzán había aprendido a fabricar cuerdas a base de atar y retorcer tallos de hierba, cuerdas con las que hacía dar traspies a Tublat o intentaba colgarle de alguna rama sobresaliente.

A fuerza de jugar y de experimentar con las hierbas, aprendió a hacer nudos, cada vez menos toscos, y lazos corredizos, con los que tanto él como sus jóvenes compañeros pasaban buenos ratos. Los otros monos trataban de hacer lo mismo que Tarzán, pero sólo él sabía crear cosas nuevas y sacarles partido.

Un día, mientras jugaban, Tarzán arrojó la cuerda hacia uno de sus compañeros que trataba de alejarse. Sostuvo firmemente agarrado el otro extremo de la soga. Por puro azar, el lazo pasó por la cabeza del mono, descendió hasta el cuello y detuvo en seco al sorprendido animal. «¡Atiza!», pensó Tarzán. Ahí tenía un juego nuevo, un estupendo sistema de caza, le faltó tiempo para repetir la jugada. Y así, mediante la práctica afanosa y continua, aprendió y dominó el arte de echar el lazo.

A partir de entonces, la vida de Tublat fue una constante pesadilla. Durante sus horas de sueño o en plena marcha, de noche y de día, la posibilidad de que un silencioso nudo corredizo se ciñera alrededor de su cuello y estuviese a punto de estrangularle era una amenaza que en cualquier momento podía concretarse. Y Tublat nunca sabía cuándo.

Kala castigaba a Tarzán. Tublat juraba tomarse cumplida venganza y el viejo Kerchak, al enterarse de la situación, advirtió y amenazó al travieso muchacho. Pero ninguna de tales medidas sirvió de nada.

Tarzán los desafiaba a todos, y el fino y fuerte lazo corredizo siguió cayendo en torno al cuello de Tublat, cuando éste menos lo esperaba. Los demás simios disfrutaban enormemente con los sinsabores de Tublat, ya que Nariz Partida era un sujeto antipático que, de todas formas, no le caía bien a nadie.

En el esclarecido cerebro de Tarzán se agitaban siempre infinidad de ideas, detrás de las cuales, en el fondo, bullía su admirable capacidad de raciocinio.

Si era capaz de prender a sus compañeros simios con el largo brazo hecho de hierbas trenzadas, ¿por qué no podía atrapar a Sabor, la leona?

Fue el germen de un proyecto que, sin embargo, estuvo destinado a dar un sinnúmero de vueltas en el consciente y subconsciente de Tarzán antes de que se convirtiese en una proeza magnífica. Pero eso sucedió años después.

Capítulo VI: Combate en la jungla

Las idas y venidas de la tribu llevaba con frecuencia a sus miembros a las proximidades de la silente y cerrada cabaña construida cerca de la bahía. Para Tarzán eso representaba siempre un foco de misterio y placeres infinitos.

Solía atisbar por las ventanas encortinadas o, tras subirse al tejado, mirar por la negra boca de la chimenea, en inútil intento de descubrir las incógnitas maravillas que encerraban aquellas robustas paredes.

Su fantasía infantil imaginaba criaturas prodigiosas dentro de la cabaña y la imposibilidad de forzar la entrada multiplicaba por mil su anhelo de lograrlo.

Se pasaba horas y horas paseando por el tejado y estudiando las ventanas, pero no conseguía dar con el modo de acceder al interior de la choza. Lo cierto es que prestó escasa atención a la puerta, porque aparente mente era tan sólida como las paredes.

En el curso de la primera visita a las inmediaciones, después de la aventura con la vieja Sabor, cuando Tarzán se acercaba a la construcción observó que, vista a cierta distancia, la puerta parecía ser parte independiente de los muros en que estaba encajada y, por primera vez, se le ocurrió que quizás aquella fuese la vía de acceso que tanto tiempo llevaba buscando infructuosamente.

Estaba solo, como a menudo era el caso cuando visitaba la cabaña, porque los monos no sentían precisamente afecto hacia ella; la historia del palo tonante que sembraba muerte no había perdido eficacia en el curso de los diez años que llevaban transmitiéndosela unos a otros, y la desierta vivienda del hombre blanco seguía envuelta, para los simios, en una atmósfera aterradora y sobrenatural.

Nadie le había contado a Tarzán su relación directa con la cabaña. El lenguaje de los monos tenía tan pocas voces que, aunque podían decirse cosas, carecían de las palabras adecuadas para describir con exactitud tanto a los moradores de la choza como sus enseres y pertenencias, de modo que, mucho antes de que Tarzán alcanzara la edad suficiente para comprenderlo, la tribu

había olvidado el asunto.

Sólo en cierta manera confusa y ambigua Kala le había explicado que su padre, el padre de Tarzán, fue un extraño mono blanco, pero el muchacho ignoraba que Kala no era su madre.

Aquel día, pues, Tarzán se dirigió a la puerta y dedicó varias horas a examinar y forcejear con los goznes, la cerradura y el pomo. Al final dio con la combinación apropiada y, frente a sus atónitos ojos, la hoja de madera se abrió, chirriante.

Pasaron varios minutos antes de que Tarzán se decidiese a entrar, pero, finalmente, una vez se acostumbraron sus ojos a la penumbra del interior, se aventuró a entrar lenta y cautelosamente. En medio del cuarto yacía un esqueleto, del que había desaparecido ya todo residuo de carne pero en torno al cual colgaban los putrefactos y andrajosos restos de lo que tiempo atrás fueron las ropas del muerto. Encima de la cama se encontraba tendida, en similares condiciones, otra espantosa osamenta, aunque de menor tamaño, mientras que en una con tigua se encontraba un tercer esqueleto, mucho más pequeño que los otros.

El joven Tarzán no prestó más que una atención fugaz a todas aquellas pruebas de una terrible tragedia ocurrida bastante tiempo atrás. Durante su vida en la selva virgen había visto los suficientes animales muertos o moribundos como para estar inmunizado y es posible que aunque hubiera sabido que tenía ante sus ojos los restos mortales de sus padres tampoco habría sentido ninguna emoción especial.

Lo que sí despertó su interés fueron los muebles y demás objetos que había en la cabaña. Examinó algunos minuciosamente —armas y herramientas extrañas, libros, papel, prendas de vestir—, los pocos que habían soportado los devastadores efectos del tiempo en aquella húmeda atmósfera de la selva costera.

Abrió armarios y cajones —actos que no resultaban inasequibles a su escasa experiencia—, el contenido de los cuales estaba mejor conservado. Encontró, entre otras cosas, un cuchillo de caza con cuya afilada hoja se hizo inmediatamente un corte en un dedo. Sin que eso le asustase lo más mínimo, continuó con sus experimentos y, al comprobar lo fácil que le resultaba esgrimir un hacha que había encontrado, aprovechó la circunstancia para arrancar unas cuantas astillas a la mesa y a las sillas con su nuevo juguete. Se lo estuvo pasando en grande un buen rato, pero acabó por cansarse de darle al hacha y continuó sus exploraciones. En un armario repleto de libros vio un volumen con imágenes de alegres colores: una cartilla con alfabeto ilustrado:

A, de Arquero: el que dispara flechas con arco. B, de Bebé: se llama Joe.

Las ilustraciones le interesaron extraordinariamente.

Había muchos monos con cara semejante a la suya y al pasar las páginas del libro encontró, en la M, algunos micos como los que veía saltar a diario entre las ramas de los árboles de su selva virgen. Pero en ninguna parte vio imágenes de miembros de su pueblo; en todo el libro no había nadie que se pareciese a Kerchak, a Tublat o a Kala.

Al principio trató de arrancar de las hojas aquellas figuritas, pero no tardó en comprender que no eran reales, aunque ignoraba qué podían ser ni disponía de palabras para describirlas. Barcos y trenes, vacas y caballos carecían de significado para él, pero no le resultaban tan desconcertantes como las extrañas figuritas situadas debajo de los dibujos de colores. Pensó que podría tratarse de alguna clase de insectos raros, porque muchos de ellos tenían patas, aunque no vio ninguno que tuviese ojos ni boca. Fue aquel su primer encuentro con las letras del alfabeto, y apenas habría rebasado entonces los diez años de edad.

Naturalmente, nunca había visto nada impreso, ni siquiera había hablado con un ser viviente que tuviese la más remota idea acerca de que existiera algo como el lenguaje escrito, ni, desde luego, había visto nunca a nadie entregado a la lectura.

Nada tiene de extraño, pues, que aquel chiquillo se encontrase completamente perdido, incapaz de suponer siquiera el significado de aquellas extrañas figuras.

Hacia la mitad del libro se tropezó con su vieja ene miga, Sabor, la leona, y, un poco más adelante, el cuerpo enrollado de Histah, la serpiente.

¡Ah, aquello era de lo más fascinante! En sus diez años de vida nunca había disfrutado tanto de una cosa. Tan absorto estaba revisando el libro que no se percató de que se aproximaba la oscuridad de la noche, hasta que la tuvo encima y las imágenes empezaron a hacerse borrosas. Volvió a poner el libro en su lugar y cerró la puerta del armario, ya que no deseaba que alguien más encontrara y destruyese aquel tesoro. Al salir, mientras las sombras nocturnas se espesaban, cerró la puerta de la cabaña, dejándola como estaba antes de que él descubriese el modo de abrirla. Antes de abandonar la cabaña, sin embargo, había reparado en el cuchillo de caza, caído en el suelo, y lo recogió para enseñárselo a sus compañeros.

Apenas había dado una docena de pasos en dirección a la selva cuando una ingente forma surgió de entre las negruras que envolvían un arbusto y se irguió ante él. De momento creyó que era alguien de su misma tribu; pero al cabo de unos segundos reconoció a Bolgani, el gigantesco gorila. Estaba tan cerca que no existía la menor posibilidad de huir y el pequeño Tarzán comprendió que

no le quedaba más remedio que plantarle cara y luchar en defensa de su vida. Porque aquellas formidables bestias eran enemigos mortales de su tribu y ni unos ni otros daban o pedían nunca cuartel.

De haber sido Tarzán un mono macho adulto de la especie de su tribu, la pelea habría estado más igualada, pero al no ser más que un muchachito inglés, aunque de músculos extraordinariamente desarrolla dos, no tenía la menor posibilidad frente a aquel despiadado antagonista. Sin embargo, por las venas del chico circulaba la sangre de lo más excelso de una raza de formidables guerreros y, además, su ánimo se veía respaldado por el adiestramiento que le proporcionó su breve pero intensa existencia entre las fieras de la jungla.

Desconocía el miedo, tal como lo sentimos nosotros. Su corazón aceleró los latidos a causa de la excitación y el estímulo de la aventura. Si se le hubiese presentado la oportunidad de escapar, la habría aprovechado, pero sólo porque la sensatez le decía que no era rival para aquella mole feroz que tenía delante. Pero puesto que la razón le informaba de que no era posible la huida, se aprestó a combatir cara a cara, a hacer frente al gorila, decidida y valerosamente, sin que le temblase un solo músculo, sin mostrar el más leve síntoma de pánico.

Lo cierto es que recibió al simio cuando éste se hallaba a mitad de su asalto; pero el impacto de los golpes asestados por los puños de Tarzán en el corpachón del enorme gorila fue tan poco efectivo como hubieran resultado los intentos de un mosquito que atacara a un elefante. No obstante, aún conservaba Tarzán en una mano el cuchillo encontrado en la cabaña de su padre y cuando la bestia, descargando golpes y arreando mordiscos, se precipitó sobre el muchacho, éste volvió accidentalmente la punta del cuchillo hacia el peludo pecho del gorila. Cuando el arma se hundió profundamente en el cuerpo, el cuadrumano soltó un alarido de rabia y dolor.

Pero en aquellos breves segundos el chico había aprendido a utilizar su afilado y reluciente juguete, de modo que, mientras la bestia sacudía y desgarraba, arrastrándole hasta el suelo, Tarzán hundió repetidamente la hoja, hasta la empuñadura, en el pecho del gorila.

El simio empleaba el método de lucha propio de los de su especie: descargaba golpes terribles con la mano abierta y desgarraba con sus poderosos colmillos la carne del pecho y del cuello de Tarzán. Rodaron por el suelo en el violento frenesí del combate. Aunque cada vez con menos fuerza, el debilitado, rasgado y medio desangrado brazo del muchacho siguió hundiendo una y otra vez la larga hoja del cuchillo en el cuerpo de su adversario, hasta que, finalmente, la pequeña figura se tensó con un espasmódico estremecimiento y Tarzán, el joven lord Greystoke, cayó

inconsciente sobre la seca y pútrida vegetación que alfombraba la selva que era su patria.

A cosa de kilómetro y medio, en el interior de la foresta, la tribu oyó el salvaje grito desafiante del gorila y, tal como tenía por costumbre cuando amenazaba algún peligro, Kerchak reunió a su pueblo, en parte como medida de mutua protección frente a un enemigo común, dado que el gorila lo mismo podía ser integrante de una partida más numerosa, y en parte para cerciorarse de que la totalidad de los miembros de la tribu se hallaban presentes.

No tardó en comprobarse que faltaba Tarzán y Tublat se apresuró a manifestar su enérgica oposición a que se le enviase ayuda. Al propio Kerchak tampoco le caía muy simpático aquella extraña criatura, así que escuchó los alegatos de Tublat y, al final, se encogió de hombros y fue a tenderse sobre el lecho de amontonadas hojas secas que se había preparado.

Pero Kála no era de la misma opinión. En realidad, apenas se enteró de que Tarzán no estaba allí había salido disparada, volando a través de las ramas de los árboles, hacia el punto de donde llegaban los claramente audibles gritos del gorila.

Era ya noche cerrada y la tenue claridad de la luna, recién aparecida en el cielo, proyectaba extrañas y grotescas sombras entre el espeso follaje de la jungla.

Aquí y allá, los rayos más brillantes conseguían filtrarse hasta el suelo, pero en su mayor parte sólo servían para intensificar la estigia negrura de las profundidades de la selva.

Como un colosal fantasma, Kala surcaba silenciosamente el aire de un árbol a otro; se desplazaba a todo correr a lo largo de una gran rama, saltaba a través del espacio hasta el extremo de otra... sólo para agarrarse a la del árbol siguiente, en su celérico avance rumbo al escenario de la tragedia que su conocimiento de la jungla le decía estaba representándose a escasa distancia de donde ella se encontraba.

Los clamores del gorila proclamaban que mantenía un combate a muerte con otro habitante de la salvaje foresta. De pronto, los gritos cesaron y un silencio mortal se extendió por la selva. Kala no alcanzaba a entender lo ocurrido, porque la voz de Bolgani se había elevado en el aire saturada de agónicas notas de sufrimiento y muerte, pero luego no se oyó sonido alguno que le permitiese determinar la naturaleza del adversario del gorila. Sabía que era hartamente improbable que su pequeño Tarzán pudiese acabar con la vida de un gran gorila macho, por lo que, al aproximarse al lugar de donde procedían los ruidos de la pelea, extremó las precauciones hasta que, con extraordinaria cautela, se llegó a la enramada inferior y, con el corazón en un puño, forzó la

vista para atravesar con ella las tinieblas nocturnas y descubrir alguna señal de los combatientes.

Los localizó de súbito, tendidos en un claro de la jungla, iluminados por la luz brillante de la luna: la figura desgarrada y ensangrentada de Tarzán y, a su lado, el yerto cadáver de un enorme gorila macho.

Al tiempo que profería un grito apagado, Kala descendió junto a Tarzán, cuyo menudo cuerpo cubierto de sangre levantó del suelo y se lo llevó al pecho, mientras intentaba captar algún síntoma de vida. Percibió los casi inaudibles latidos del corazón del niño. Con gran ternura, lo trasladó a través de la oscura selva hasta el punto donde acampaba la tribu y, durante muchos días y noches montó guardia a su lado, cuidándole, llevándole agua y comida, ahuyentando las moscas y los demás insectos que acudían a cebarse en las heridas del muchacho. Aquella pobre simia no sabía nada de medicina y cirugía. Lo único que podía hacer Kala era lamer las llagas, pero así las mantenía limpias para que la naturaleza cumpliera su labor curativa con mayor rapidez.

Al principio, Tarzán no quiso comer nada; no hacía más que revolverse y agitarse impulsado por el delirio de la fiebre. Lo único que estaba dispuesto a tomar era agua, y agua era lo que le proporcionaba Kala, por el único procedimiento que podía emplear, o sea, llevándosela en su propia boca.

Ninguna madre humana hubiera manifestado abnegación más desinteresada y devota que la que aquella simia salvaje mostró hacia el pobrecito huérfano que el destino había puesto bajo su cuidado. Por fin, la fiebre remitió y el chico empezó a mejorar. Aunque el dolor de sus heridas era insufrible, de los apretados labios de Tarzán no brotó ni un solo quejido.

Tenía desgarrada una parte del pecho, abierta la caja torácica hasta el punto de dejar a la vista las costillas, tres de las cuales habían roto los bestiales golpes del gorila. Los gigantescos colmillos de la fiera casi le habían arrancado un brazo y en el cuello faltaba un buen pedazo de carne, lo que dejaba al descubierto la yugular, que de milagro no seccionaron las crueles mandíbulas.

Con el mismo estoicismo de los animales entre los que se había criado, Tarzán soportó en silencio su sufrimiento y prefirió alejarse de los demás, arrastrándose, y permanecer hecho un ovillo oculto entre las altas hierbas, a exponer sus desdichas a la vista de todos. Sólo le alegraba la compañía de Kala, pero Tarzán había mejorado ya tanto que la mona se permitía salir en busca de alimentos y permanecer largos ratos lejos de él; porque mientras el chico estuvo tan grave, el sacrificado animal apenas comió lo suficiente para no morir de inanición y, en consecuencia, había quedado reducida a una mera sombra de lo que fue.

Capítulo VII: La luz del conocimiento

Al cabo de lo que le pareció una eternidad, el pobre muchacho herido se vio otra vez en condiciones de andar y, a partir de ese momento, su recuperación fue tan rápida que en cuestión de un mes volvió a sentirse fuerte y dinámico como nunca.

Durante su convalecencia no cesó de darle vueltas en la cabeza a la pelea con el gorila y su idea primordial consistió en recobrar cuanto antes aquella prodigiosa arma gracias a la cual había pasado de débil víctima propiciatoria, sin esperanza de salvación, a poco menos que invencible soberano terror de la jungla.

Además, anhelaba volver a la cabaña y proseguir el examen de su fantástico contenido. Así que una mañana, a primera hora, se puso en marcha, en solitario, dispuesto a reanudar su exploración. Tras un rato de búsqueda localizó los huesos, ya limpios, de su difunto contendiente el gorila y, cerca de ellos, parcialmente oculto bajo unas hojas caídas, encontró el cuchillo, rojo a causa de la sangre seca del gorila y del óxido que había aplicado sobre su metal el tiempo que llevaba expuesto a la humedad del suelo.

No le gustó el cambio experimentado por su otrora superficie bruñida y rutilante; pero seguía siendo un arma formidable, que estaba decidido a usar provechosamente cada vez que se presentase la ocasión de hacerlo. Albergaba la intención de no retroceder nunca más ante los temibles ataques del viejo Tublat.

Instantes después se encontraba ya ante la cabaña y, tras unos minutos de forcejeo, había accionado el pestillo y entrado en la vivienda. Lo que más le interesaba, en primer lugar, era aprender el funcionamiento del mecanismo de la cerradura, cosa que consiguió a base de examinarlo con toda su atención mientras la puerta estaba abierta. Comprobó así qué era exactamente lo que la mantenía cerrada y el sistema mediante el cual se abría al manipularlo. Descubrió que podía correr y descorrer el pestillo de la cerradura desde dentro, de modo que lo dejó pasado para que no existiese la menor oportunidad de que le molestasen mientras efectuaba su inspección.

Emprendió un reconocimiento sistemático del interior de la cabaña, pero los libros llamaron de inmediato su atención: parecían ejercer una poderosa influencia sobre él, hasta el punto de que ninguna otra cosa le seducía tanto como el señuelo que constituían aquellos enigmas intrigantes con que le desafiaban.

Había, entre otros volúmenes, una cartilla, varios libros infantiles de

lecturas, unos cuantos llenos de ilustraciones y un gran diccionario. A todos los echó un vistazo, pero lo que más le encantaba eran las ilustraciones, aunque aquellos extraños bichitos que cubrían las páginas carentes de dibujos o grabados excitaban su curiosidad y le sumían en profundas cavilaciones. En cuclillas encima de la mesa de la cabaña construida por su padre —el terso, bronceado y desnudo cuerpecito inclinado sobre el libro que sostenía entre las fuertes y delgadas manos, caída la larga cabellera negra desde la bien formada cabeza, brillantes las inteligentes pupilas— Tarzán de los Monos, alevín de hombre primitivo, ofrecía una imagen llena de patetismo y promesas. Era como una alegoría de los primeros pasos a través de la negra noche de la ignorancia en busca de la luz del conocimiento.

El rostro del niño se contraía en sus esfuerzos por aprender, porque, de una manera ambigua y nebulosa, Tarzán había captado parcialmente los principios de una idea destinada a ser la clave y la solución del desconcertante rompecabezas que constituían aquellos extraños insectos. Tenía en las manos una cartilla abierta en una página ilustrada con un mono pequeño, muy parecido a él mismo, pero cubierto, a excepción de las manos y la cara, con unas extrañas pieles de colores, que eso imaginaba que debía de ser la ropa: la chaqueta y los pantalones de la figura. Al pie de ésta había cuatro bichitos de aquellos:

NIÑO

Tarzán observó en seguida que aquellos cuatro caracteres de la página se repetían a menudo, siempre en el mismo orden.

Otro detalle que comprobó: los tales bichitos eran relativamente pocos, es decir, que algunos también se repetían muchas veces, que en otras ocasiones aparecían solos, aunque lo más frecuente es que hubiera varios juntos.

Fue pasando las páginas despacio, examinando las imágenes y los textos, a la búsqueda de una repetición de la secuencia niño. La encontró debajo de una ilustración que representaba otro pequeño mono acompañado de un extraño animal de cuatro patas, parecido a un chacal, aunque no lo era. Al pie de ese grabado, los bichitos se alineaban así:

UN NIÑO Y UN PERRO

Allí estaban los cuatro extraños insectos que iban siempre con el mono pequeño. Fue adelantando así, despacio, muy despacio, porque era una tarea ardua y laboriosa la que se había impuesto sin darse cuenta —una tarea que a cualquiera de nosotros nos parecería imposible: la tarea de aprender a leer sin tener el menor conocimiento de las letras ni del lenguaje escrito, ni la más remota idea de que tales cosas existiesen.

No lo consiguió en un día, ni en una semana, ni en un mes, ni en un año;

pero poco a poco, muy lenta mente, fue aprendiendo, a partir del instante en que barruntó las posibilidades que prometían aquellos bichitos, de modo que, cuando andaba por los quince años, Tarzán conocía las diversas combinaciones de letras que acompañaban a cada una de las figuras representadas en la cartilla y un par de las de los libros ilustrados.

Por entonces sólo había podido hacerse una idea bastante nebulosa del significado y empleo de artículos, conjunciones, verbos, adverbios, pronombres y demás.

Un día, cuando contaba doce años o así, encontró un puñado de lápices en un cajón que no había visto antes, situado bajo la superficie de la mesa, y al pasar la punta de uno de ellos sobre la madera del mueble descubrió con enorme satisfacción que dejaba la marca de una línea negra. Se entregó con tal entusiasmo y asiduidad al juegucito de sacarle partido gráfico a aquel nuevo juguete que, al cabo de una semana, toda la superficie de la mesa era una masa de garabatos, rayas y círculos entre lazados, mientras la mina del lápiz se había gastado por completo. Así que cogió otro lapicero, aunque en esta ocasión con un objetivo concreto en el ánimo.

Trataría de reproducir algunos de los bichitos que culebreaban en las páginas de los libros. Una labor difícil, ya que sostenía el lápiz agarrado con la mano cerrada, como si empuñase una daga por el mango, lo cual no contribuía a facilitarle la escritura y menos a posibilitar la legibilidad de los resultados.

Sin embargo, perseveró afanosamente meses y meses, siempre que podía ir a la cabaña, hasta que, tras infinitas pruebas, descubrió el modo y la postura adecuada para dominar el lápiz y dirigirlo de forma que le resultase factible reproducir, aunque toscamente, las letras.

Así se inició en la escritura.

Copiar los bichitos aquellos le permitió aprender otra cosa: su número; y aunque no sabía contar, tal como nosotros lo entendemos, no por ello dejaba el muchacho de tener una idea de cantidad, con los dedos de las manos como base de sus cálculos.

La exploración a través de los diversos libros de que disponía le convenció de que había descubierto todas las clases de bichitos que con más frecuencia se repetían en las distintas combinaciones, y no le costó gran cosa disponerlas en el orden adecuado, gracias a la insistencia con que repasó una y otra vez, el fascinante alfabeto ilustrado que figuraba en la cartilla.

Su educación fue avanzando; pero los mayores hallazgos los efectuó en el inagotable almacén del gran diccionario ilustrado, porque allí aprendió más a través de las imágenes que del texto, incluso después de haber comprendido el

significado de las letras— insectos.

Cuando descubrió la disposición de las palabras según el orden alfabético, se dedicó con gran placer a buscar y localizar las combinaciones con las que se había familiarizado. Y las palabras que las sucedían, la definición de las mismas, le permitió adentrarse provechosamente en los laberintos del conocimiento.

A los diecisiete años ya había aprendido a leer las sencillas palabras y frases del catón y comprendía perfectamente la verdadera y maravillosa finalidad de los bichitos. Ya no se avergonzaba su cuerpo desprovisto de pelo ni de sus facciones humanas, porque la razón ya le había informado de que pertenecía a una raza distinta a la de sus salvajes y peludos compañeros. Él era un HOMBRE, ellos eran MONOS, y los monos pequeños que se desplazaban por las alturas de la floresta eran MICOS. Sabía también que Sabor era una LEONA, Histah una SERPIENTE y Tantor un ELEFANTE. Y así aprendió a leer.

A partir de entonces, sus progresos se aceleraron. Con ayuda del gran diccionario y la vivaz inteligencia de un cerebro saludable, dotado de una hereditaria capacidad de raciocinio superior a lo normal, el chico adivinaba con perspicacia la mayor parte de las cosas que no comprendía y la mayor parte de las veces sus suposiciones se acercaban mucho a la realidad.

El curso de su educación se veía interrumpido durante algunos periodos, debido a los hábitos nómadas de la tribu, pero ni siquiera cuando se encontraba lejos de los libros, la activamente del muchacho dejaba de profundizar en los misterios de lo que constituía su fascinante pasatiempo. Se valía de trozos de corteza de árbol, hojas lisas e incluso espacios de tierra batida para, con la punta del cuchillo de monte, copiar de memoria y repasar las lecciones que iba aprendiendo. Y mientras seguía su tendencia a resolver los misterios que le planteaba su biblioteca, tampoco descuidaba las más rigurosas obligaciones de la vida cotidiana.

Continuaba ejercitándose con la cuerda y jugueteando con el cuchillo, que había aprendido a afilar frotando la hoja sobre piedras planas.

Desde la llegada de Tarzán, la tribu había aumentado el número de sus componentes, porque bajo el caudillaje de Kerchak lograron ahuyentar mediante el miedo a los otros clanes que habitaban en aquella parte de la selva, así que disponían de alimentos de sobra y sufrían muy pocas bajas, por no decir que ninguna, como consecuencia de las incursiones de los depredadores de la zona.

De ahí que, cuando alcanzaban la edad adulta, los machos jóvenes consideraban mucho más cómodo tomar compañeras de su propia tribu o, si

capturaban alguna hembra de otro pueblo, preferían llevarla a la familia de Kerchak y mantener una relación amistosa con él, antes que fundar un nuevo clan o luchar con el temible Kerchak por la supremacía en la tribu.

En alguna que otra ocasión, un simio más indómito que sus congéneres optaba por esta última alternativa, pero nadie había conseguido aún arrebatarse la palma de la victoria al feroz y bestial Kerchak.

Tarzán ocupaba en la tribu una situación singular. Todos parecían considerarle uno más de ellos, aunque no dejaban de darse cuenta de que era distinto. Los machos de más edad o hacían caso omiso de él, como si no existiera, o le odiaban a muerte, y a no ser por su prodigiosa agilidad y rapidez y por la inflexible protección de la gigantesca Kala lo habrían eliminado mucho tiempo atrás.

Tublat era su adversario más enconado, firme y tenaz, pero precisamente gracias a Tublat el acoso cesó de pronto, cuando Tarzán contaba unos trece años, y todos los enemigos le dejaron en paz, aislado, aparte, sin meterse con él salvo en las ocasiones en que a alguno de ellos le entraba la ventolera de lanzarse al ataque sin más ni más, impulsado por uno de esos arrebatos de furia irracional que suelen asaltar a los machos de muchas especies de animales salvajes de la selva. En tales casos, nadie estaba a salvo.

El día en que Tarzán dejó bien sentado su derecho a que le respetaran, la tribu estaba reunida en un pequeño anfiteatro natural que la jungla había dejado libre de lianas y enredaderas en una hondonada, un valle entre bajos cerros. Era un espacio abierto de forma casi circular. A derecha e izquierda se elevaban los formidables gigantes de la selva virgen, con la intrincada maleza del monte bajo formando entre los gruesos troncos una espesura tan densa que la única forma de acceder a aquel claro era a través de las ramas más altas de los árboles.

Allí, a cubierto de cualquier posible interrupción, acostumbraba la tribu a reunirse. En el centro del anfiteatro había uno de aquellos extraños tambores de barro que se fabrican los antropoides para acompañar sus extravagantes ritos, cuya barahúnda a veces han oído los hombres en el interior de la jungla, aunque nadie ha sido nunca testigo de tales ceremonias.

Muchos expedicionarios han visto los tambores de los grandes monos y algunos han oído su repiqueteo y la escandalosa algazara de aquellos primarios señores de la jungla, pero Tarzán, lord Greystoke, es, sin la menor duda, el único ser humano que ha participado personalmente en la demencial, embriagadora y desenfrenada orgía del Dum—Dum.

Es incuestionable que de esta primitiva ceremonia proceden todas las formas y ritos de la Iglesia y el Estado Moderno, porque a través de

incontables épocas, desde el otro lado de las más altas murallas sobre las que asomaba el alba de una humanidad naciente, peludos predecesores interpretaron las danzas rituales del Dum—Dum al ritmo de sus tambores de barro, bajo la claridad brillante de una luna tropical cuyos rayos iluminaban las profundidades de una imponente selva que, entre las tinieblas de su larga noche, ha mantenido hasta nuestros días inmutable su virginidad y oculta la inconcebible perspectiva de su largo pasado muerto cuando nuestro velludo antecesor saltó de las ramas de un árbol para aterrizar ágilmente sobre el mullido césped donde tuvo lugar el primer encuentro.

El día en que Tarzán consiguió librarse de la persecución a que había estado sometido despiadada mente a lo largo de doce de los trece años de su existencia, la tribu, cuyo censo ascendía ya a cien individuos, se había desplazado silenciosamente a través de las ramas inferiores de los árboles para dejarse caer sin hacer ruido en el suelo del anfiteatro.

Los ritos del Dum—Dum celebraban acontecimientos importantes en la vida de la tribu —una victoria, la captura de un prisionero, el hecho de haber acabado con la vida de algún feroz habitante de la jungla, la muerte o la subida al «trono» de algún nuevo rey— y se desarrollaban de acuerdo con un solemne y aparatoso ceremonial.

Aquel día se trataba de la muerte de un simio gigantesco, miembro de otra tribu, y cuando los monos del clan de Kerchak irrumpieron en el claro, pudo con templarse la llegada de dos machos enormes carga dos con el cadáver del vencido.

Depositaron su carga delante del tambor de barro y luego se sentaron en cuclillas a ambos lados del cuerpo, como centinelas que montan guardia, mientras los demás miembros de la comunidad se acomodaban en rincones alfombrados de hierba dispuestos a dormir hasta que la luna apareciese en el cielo y diera la señal del inicio de la salvaje orgía.

Durante varias horas reinó sobre el claro la quietud más absoluta, sólo interrumpida fugazmente por las notas discordantes de alguna cotorra de pluma je brillante o por los trinos o gorjeos de los miles de aves que revoloteaban sin cesar entre las coloristas orquídeas o los rutilantes capullos que florecían en la minada de ramas cubiertas de musgo de los soberanos de la floresta. Por último, cuando la noche dejó caer su oscuridad sobre la selva, los monos empezaron a remo verse y, al cabo de muy poco, habían formado un amplio círculo alrededor del tambor de barro. Las hembras y los jóvenes formaban, sentados, la delgada línea periférica exterior del círculo, mientras delante de ellos se alineaban los machos adultos. Tres hembras ancianas se sentaron ante el tambor, armada cada una de ellas con su correspondiente y nudosa rama de treinta a cuarenta y cinco centímetros de longitud.

En cuanto la ascendente luna proyectó la plata de sus tenues rayos sobre las copas de los árboles circundantes, las simias empezaron a golpear despacio y suavemente la rimbombante superficie del tambor.

A medida que aumentaba la claridad en el anfiteatro, las hembras incrementaron la frecuencia y el ímpetu de sus golpes, hasta que un rítmico y salvaje estruendo invadió la jungla en un ámbito de varios kilómetros a la redonda. Feroces y gigantescos animales interrumpieron en seco la caza de las presas a las que acosaban, erguidas las orejas y alza da la cabeza, para escuchar el sordo estruendo indicador de que los monos estaban celebrando su Dum—Dum.

De vez en cuando, alguna fiera de la jungla lanzaba al aire un chillido agudo o respondía a la salvaje batahola de los antropoides con un rugido desafiante, pero ningún animal selvático se acercó dispuesto a investigar o atacar, porque los gigantescos monos, reunidos con todo el poderío de su número, infundían un respeto profundo a todos los habitantes de la jungla.

Cuando el redoble del tambor alcanzó un volumen casi ensordecedor, Kerchak se colocó de un salto en el centro del claro, entre los machos sentados en cuclillas y las ancianas hembras que batían el tambor.

Erguido en toda su estatura, echó la cabeza hacia atrás y con la vista clavada en la luna, se golpeó el pecho con sus peludas manazas y profirió un escalofriante bramido.

Una, dos, tres veces resonó el grito aterrador a través de las hirvientes soledades de aquel mundo indeciblemente vivo y, sin embargo, inconcebiblemente muerto.

Luego, Kerchak se agachó y se deslizó silenciosa mente por la explanada, desviándose para no acercarse demasiado al cadáver tendido ante el tambor altar, aunque, al pasar por delante, clavaba en el simio muerto sus ojillos feroces, perversos e inyectados en sangre.

Otro macho saltó a la arena y, al tiempo que repe tía los pavorosos rugidos del rey de la tribu, siguió la estela de éste. Inmediatamente, otro y otro y otro hicieron lo propio, en rápida sucesión, y la selva se saturó con las notas disonantes de los casi ininterrumpidos gritos sanguinarios de los simios.

Era el desafío y el vapuleo.

Cuando los machos adultos se integraron a la línea de los que danzaban en círculo, dio comienzo el ataque.

Kerchak empuñó una de las estacas amontonadas al alcance de todos para tal fin, se lanzó furiosamente hacia el mono muerto y asestó al cadáver un garrotazo tremebundo, al tiempo que emitía gruñidos y gritos de combate. El

clamor batiente del tambor se acentuaba, así como la frecuencia del redoble, y los guerreros, tras acercarse a la víctima de la cacería y descargar su golpe con la estaca, se integraban en el demente torbellino de la Danza de la Muerte. Tarzán era uno más de aquella horda de salvajes saltarines. La gracia de su cuerpo musculoso, moreno y bañado en sudor, reluciente a la luz de la luna, destacaba entre las torpes y desmañadas bestias peludas que se movían junto a él.

Ninguno era más ladino que él en aquella pantomima de cacería, ninguno se conducía con más ferocidad que él en el ataque salvaje, ninguno saltaba en el aire más alto que él en aquella Danza de la Muerte.

A medida que se incrementaba la rapidez y el estruendo del tambor, los danzarines empezaron a dar muestras cada vez más evidentes de la embriaguez que les producía aquel ritmo frenético y sus propios gritos salvajes. Multiplicaron sus brincos y saltos, de sus colmillos goteaba la saliva y tenían los labios y el pecho salpicados de espuma.

La extraña danza se prolongó durante media hora, al cabo de la cual, a una indicación de Kerchak, el repique del tambor cesó y las hembras que lo tocaban se escabulleron rápidamente y atravesaron la línea de bailarines para dirigirse a la fila exterior de sentados espectadores. Luego, todos a una, los machos adultos se lanzaron de cabeza sobre el cadáver de la víctima a la que con sus terroríficos estacazos habían convertido ya en una masa de pulpa velluda.

La carne rara vez llegaba a la boca de los monos en cantidades que pudieran considerar satisfactorias, de modo que hundir las mandíbulas y saborear aquella carne fresca constituía para ellos un adecuado colofón a la orgía. Así que su placentero propósito era devorar al extinto enemigo sobre el que proyectaban ahora su atención.

Enormes colmillos se hundieron en el cadáver, del que arrancaron dentellados buenos pedazos. Los monos más fuertes consiguieron los bocados más apetitosos, mientras que los más débiles daban vueltas en la parte exterior del círculo de la partida de rugientes competidores, a la espera de una oportunidad de acercarse e hincar el diente a un despojo que cayera o distraer los restos de un hueso antes de que todo hubiese desaparecido.

Tarzán deseaba y necesitaba comer carne más que los propios simios. Descendiente de una raza de carnívoros, pensaba que nunca, en toda su vida, había saciado su apetito de comida animal. Ahora, su cuerpo flexible y menudo se colaba habilidosamente entre el apretado conjunto de contendientes que forcejeaban y desgarraban. El chico trataba de obtener así, filtrándose entre ellos, una ración que jamás habría podido conseguir mediante la fuerza bruta.

Llevaba al costado el cuchillo de caza de su des conocido padre, envainado en una funda que él mismo se confeccionó tomando como modelo la que ilustraba uno de sus libros—tesoro. Llegó por fin al núcleo de aquel banquete que tan celéricamente estaba desapareciendo y cortó con el afilado cuchillo una porción más generosa de lo que se había atrevido a esperar, un entero antebrazo peludo que sobresalía por debajo de los pies del poderoso Kerchak, quien estaba tan ocupado en la tarea de perpetuar sus prerrogativas reales de glotonería que no llegó a percatarse de aquel delito de lése majesté.

De forma que, bien apretada contra el pecho el horroroso botín, Tarzán retrocedió escurriéndose por debajo de la masa que bregaba encima de la presa. Entre los que daban vueltas infructuosamente en los aledaños de los afortunados devoradores de carne se encontraba el viejo Tublat. Había sido uno de los primeros en llegar al festín, pero se había retirado con un buen trozo y ahora, tras haberlo consumido tranquilamente, se disponía a abrirse camino de nuevo para hacerse con otro pedazo.

Vio a Tarzán emerger de debajo del grupo de afanosos monos batalladores, con el velludo antebrazo apretado firmemente contra el cuerpo.

Los ojillos porcinos de Tublat, juntos e inyectados en sangre, lanzaron fulgurantes rayos de odio al tropezarse con aquel ser al que aborrecía intensamente. También brillaba en ellos la voraz codicia que despertaba en el simio el magnífico bocado que llevaba el muchacho.

Sin embargo, Tarzán vio con idéntica rapidez a su enemigo y adivinó automáticamente las intenciones de la bestia. Dio un salto con toda la ligereza de que fue capaz y trató de refugiarse entre las hembras y los jóvenes, con la esperanza de escapar gracias a su protección.

Pero Tublat le pisaba ya los talones, por lo que Tarzán no tuvo tiempo de encontrar un escondite apropiado, lo que le hizo comprender que lo que se imponía era intentar la huida a toda costa. Se dirigió como un rayo hacia los árboles más próximos y, con ágil salto, se aferró con la mano libre a una de las ramas bajas, se puso entre los dientes el antebrazo del mono muerto y trepó a toda velocidad, seguido de cerca por Tublat.

Continuó ascendiendo hacia la oscilante copa de uno de los más altos monarcas del bosque, donde su perseguidor no se atrevería a subir. Se acomodó allí y procedió a disfrutar de la situación lanzando insultos y burlonas provocaciones a la furibunda bestia que soltaba espumarajos de rabia por la boca quince metros más abajo.

Y entonces Tublat se volvió loco.

Al tiempo que emitía pavorosos bramidos y rugidos, saltó precipitadamente al suelo, entre las hembras y los pequeños, hundió sus

formidables colmillos en una docena de tiernas gargantas infantiles y arrancó respetables trozos de carne de las espaldas y pechos de las hembras que se pusieron al alcance de sus garras.

Tarzán contempló aquel frenesí asesino que se desarrollaba al resplandor de la luna. Vio huir a las hembras y a los jóvenes, que se desperdigaron en busca del refugio que ofrecían los árboles. A continuación, los grandes machos que se encontraban en el centro del claro sufrieron en sus carnes los poderosos dientes de su enloquecido congénere y, en cuestión de segundos, se dispersaron y perdieron de vista, engullidos por las negras sombras que proyectaba la fronda de la selva.

En el anfiteatro, cerca de Tublat, sólo quedó una hembra rezagada, que corría con toda la rapidez que le era posible hacia el árbol que ocupaba Tarzán. El feroz Tublat iba a la zaga de la mona.

Era Kala y en cuanto Tarzán observó que Tublat ganaba terreno y no iba a tardar en alcanzarla, rápidamente se dejó caer a plomo, como una piedra, de rama en rama, hacia su madre adoptiva. Kala llegó al pie de las ramas en las que Tarzán se había agazapado, a la espera del resultado de aquella carrera de persecución.

La mona dio un salto y se agarró a una rama baja. Quedó inmediatamente encima de la cabeza de Tublat, que en un tris estuvo de cogerla. Kala hubiera podido ponerse a salvo de no ser porque, con un ominoso chasquido, la rama se quebró y la mona cayó en peso sobre la cabeza de Tublat, al que derribó contra el suelo.

Ambos se incorporaron instantáneamente, pero aunque habían reaccionado con suma presteza, Tarzán fue aún más rápido, de modo que el furioso Tublat se encontró cara a cara con el niño—hombre, que se interponía entre él y Kala.

Nada hubiera podido hacer más feliz al simio que, con un rugido triunfal se echó encima del pequeño lord Greystoke. Pero sus fauces nunca llegaron a cerrarse sobre aquella morena carne color de nogal.

Una mano vigorosa se disparó para hacer presa en la peluda garganta, mientras su compañera hundía repetidamente, hasta una docena de veces, un cuchillo en el amplio pecho del mono. Las puñaladas cayeron como relámpagos y sólo cesaron cuando Tarzán sintió que la figura inerte se desmoronaba a sus pies.

Cuando el cuerpo de Tublat se desplomó sobre el suelo, Tarzán de los Monos posó la planta del pie en el cuello de su eterno enemigo, elevó la vista hacia la luna llena, echó atrás su orgullosa cabeza de adolescente y lanzó al aire el salvaje y terrible grito de su pueblo.

Uno tras otro los miembros de la tribu fueron descendiendo de sus refugios arbóreos y formaron un círculo en torno a Tarzán y su derrotado enemigo. Cuando todos estuvieron allí, Tarzán se volvió hacia ellos.

—¡Soy Tarzán! —proclamó—. ¡Un gran luchador que mata! ¡Todos habéis de respetar a Tarzán de los Monos y a Kala, su madre! ¡Entre vosotros no hay nadie tan poderoso como Tarzán! ¡Que sus enemigos se anden con cuidado!

El joven lord Greystoke clavó la mirada en los aviesos y enrojecidos ojos de Kerchak, se golpeó con los puños el robusto pecho y articuló de nuevo su estentóreo y agudo grito de desafío.

Capítulo VIII: El cazador en la enramada

A la mañana siguiente, tras la nocturna ceremonia del Dum—Dum, la tribu emprendió despacio el camino de regreso hacia la costa, a través de la jungla.

Dejaron el cadáver de Tublat tendido en el punto donde cayó, porque el clan de Kerchak no se comía a sus propios muertos.

Era una marcha tranquila y los monos aprovechaban para, al paso, buscar alimento. Encontraban en abundancia palmitos, ciruelas grises, pisang, frutos de escitamíneas, piñas silvestres y, en ocasiones, pequeños mamíferos, pájaros, huevos, reptiles e insectos. Abrían las nueces partiéndolas con sus fuertes quijadas o, si resultaban demasiado duras, golpeándolas con dos piedras.

La vieja Sabor se cruzó una vez en su camino y los obligó a escabullirse hacia la seguridad de las altas enramadas de los árboles, porque si el felino respetaba la superioridad numérica y lo afilado de los colmillos de los monos, éstos tenían en idéntica estima la cruel y temible ferocidad de la leona.

Tarzán estaba sentado en una rama baja, directamente encima del majestuoso y cimbreado cuerpo que avanzaba silenciosamente a través de la densa jungla. El muchacho arrojó una piña a la vieja enemiga de su tribu. El gran felino se detuvo en seco, dio media vuelta y observó la figura que, desde lo alto, se le mofaba provocadoramente.

Sabor sacudió un trallazo al aire con la cola y enseñó los amarillentos colmillos. Frunció los labios al lanzar un escalofriante rugido y en sus hocicos se formaron profundas y amenazadoras arrugas mientras los malévolos ojos se entrecerraban hasta quedar reducidos a dos estrechas líneas que despedían furia y odio a raudales.

La fiera erizó las orejas, clavó su mirada en las pupilas de Tarzán de los Monos y dejó oír un reto discordante y furibundo.

Desde la seguridad de la rama, el muchacho—simio correspondió con la temible respuesta de los de su especie.

Durante varios segundos ambos permanecieron contemplándose en silencio y, al final, el enorme férido continuó su marcha a través de la selva, que lo engulló como el océano absorbe un guijarro que le arrojen.

Pero en la mente de Tarzán surgió el embrión de un gran proyecto. Había acabado con la vida del feroz Tublat, de forma que ¿no era un poderoso luchador? Ahora seguiría el rastro de la astuta Sabor y la exterminaría de modo similar. Sería también un formidable cazador.

En las profundidades de su corazoncito inglés latía el anhelo de cubrir con ropas su cuerpo desnudo, porque las ilustraciones de los libros le habían demostrado que los hombres se vestían, mientras que los micos, los monos y todos los demás seres vivientes iban desnudos. Las ropas, por consiguiente, debían de ser un signo de distinción y grandeza; la divisa de la superioridad del hombre sobre todos los demás animales, puesto que seguramente no existiría ningún otro motivo para ponerse aquellas prendas tan horribles.

Muchas lunas atrás, cuando era bastante más pequeño, Tarzán había deseado tener la piel de Sabor, la leona, de Numa, el león, o de Sheeta, el leopardo, para cubrir su cuerpo desprovisto de pelo, para conseguir que dejara de parecerse al de Histah, la repulsiva serpiente. Ahora, sin embargo, se enorgullecía de su piel tersa, porque eso indicaba que descendía de una raza portentosa, y en su ánimo se debatían los contradictorios deseos de ir desnudo para proclamar que descendía de un linaje superior o vestir aquellas horribles e incómodas prendas para acomodarse a las costumbres y estilo de sus ascendientes.

Mientras la tribu seguía avanzando lentamente por la selva, tras haberse cruzado con Sabor, Tarzán continuó dándole vueltas en la cabeza al estupendo plan que maquinaba para eliminar a su enemiga. Durante muchas jornadas apenas pudo pensar en otra cosa.

Aquel día, sin embargo, otros intereses más inmediatos reclamaron su atención.

De pronto, pareció que había llegado inopinadamente la medianoche; cesaron los ruidos de la selva; los árboles se quedaron inmóviles, como paralizados y expectantes a la espera de una inminente catástrofe. Toda la naturaleza aguardaba... pero no por mucho tiempo.

A lo lejos empezó a sonar una especie de gemido tenue y bajo. A medida que se acercaba, su volumen fue aumentando y aumentando.

Los árboles se doblaron al unísono, inclinándose hacia el suelo como si

una mano inmensa los empujara. Siguieron acercándose al suelo y aún no se oía ningún ruido, salvo el profundo y sobrecogedor gemir del viento.

Luego, de pronto, los gigantes de la selva retrocedieron bruscamente para recobrar la verticalidad y sus formidables copas fustigaron el aire con una protesta ensordecedora. Un estallido de luz vivísima centelleó entre el remolino de nubarrones negros como la tinta. El retumbante fragor del trueno surcó el espacio como un desafío de meteoros coléricos. Llegó el diluvio... y un infierno se desencadenó sobre la selva.

Tiritando a causa de la gélida lluvia, los monos de la tribu se acurrucaron en la base de los gigantescos árboles. Los relámpagos zigzagueaban y horadaban rutilantes la negrura celeste, desparramando súbitas claridades que permitían ver fugazmente el frenético agitarse de las ramas y la curvatura casi imposible de los troncos de los árboles.

De cuando en cuando, algún añoso patriarca del bosque, hendido por algún rayo ígneo, se derrumbaba desgajado entre los árboles circundantes, arrastraba en su caída a unos cuantos vecinos de menor talla y aumentaba así la confusión de la selva tropical.

Ramas de todos los tamaños, grandes y pequeñas, que la ferocidad del huracán arrancaba de cuajo, surcaban el aire entre el verdor de unas plantas que parecían un torbellino vegetal, llevando la muerte y la destrucción a un sinfín de infelices moradores de aquel pobladísimo mundo silvestre.

Durante horas, la implacable furia del ciclón continuó ensañándose sin dar muestras de querer amainar, y la tribu siguió encogida y aterrada al pie de los árboles. En constante peligro a causa de los troncos y ramas que no cesaban de caer y petrificada de miedo ante el vívido resplandor de los relámpagos y del mugido espeluznante de los truenos. Allí continuaron hechos ovillos, sumidos en la desdicha, a la espera de que pasara la tormenta. El fin se produjo tan súbitamente como el principio. Cesó el viento, brilló el sol... y la naturaleza sonrió de nuevo.

Las hojas y ramas goteantes y los húmedos pétalos de las preciosas flores relucieron otra vez bajo el esplendor del día que regresaba. Y... del mismo modo que la Naturaleza olvidó, sus hijos también olvidaron.

Pero la vida continuó de la misma manera que había estado desarrollándose antes de la oscuridad y el pánico.

Sin embargo, una claridad de amanecer había iluminado el cerebro de Tarzán: una luz que llegó para explicarle el misterio de la ropa. ¡Qué cómodo se habría sentido abrigado por la gruesa piel de Sabor! Esa idea añadió un nuevo estímulo a la aventura.

La tribu permaneció varios meses remoloneando por las cercanías de la playa en la que se alzaba la cabaña de Tarzán. El muchacho dedicaba al estudio una gran parte de su tiempo, pero siempre que deambulaba por la foresta llevaba la cuerda a punto y fueron muchos los pequeños animales que cayeron en la trampa del lazo corredizo, que el muchacho lanzaba con gran rapidez y habilidad. Una vez, el lazo cayó en torno al corto cuello de Horta, el jabalí, y la frenética cabriola que ejecutó el sobresaltado animal para librarse del nudo corredizo derribó a Tarzán de la rama donde se encontraba al acecho y desde la que había arrojado la ondulante sogá.

El vigoroso verraco salvaje dio media vuelta cuando oyó el ruido del impacto del cuerpo contra el suelo y, al ver que se trataba de la fácil presa de un mono pequeño, bajó la cabeza y se precipitó como loco sobre el sorprendido Tarzán.

Por fortuna para éste, la caída no le había producido daño alguno, ya que aterrizó como un gato, con las cuatro extremidades dispuestas para amortiguar el golpe. Se puso en pie automáticamente y, con la agilidad propia del mono que casi era, se refugió en la seguridad de una rama baja, mientras Horta, el jabalí, comprobaba lo inútil de su embestida.

El incidente fue una más de las experiencias que aleccionaron a Tarzán acerca de las limitaciones y las posibilidades de su singular arma.

En esa ocasión perdió una cuerda larga, pero obtuvo una enseñanza importante. Comprendió que, de haber sido Sabor quien le derribara de la rama del árbol, el resultado del lance habría sido muy distinto, porque, indudablemente, la operación le hubiera costado la vida.

Le llevó muchos días trenzar una sogá nueva, pero cuando finalmente la tuvo, salió decidido a cazar y se apostó en una rama que dominaba el bien pateado sendero que conducía al agua. Pasaron por debajo varias posibles víctimas, pero eran de menor cuantía y no se molestó en lastimarlas. No deseaba piezas tan insignificantes. Intentaría apoderarse de un animal fuerte para probar la eficacia de su nuevo proyecto.

Llegó por fin la presa por la que Tarzán suspiraba. Con los flexibles nervios ondulantes bajo la piel radiante, apareció Sabor, la leona, lustrosa y corpulenta.

Sus grandes patas de planta acolchada se posaban suaves y silenciosas en el piso de la estrecha senda. Llevaba erguida la cabeza, siempre vigilante su atención; la larga cola se agitaba en lentas ondulaciones rebosantes de gracia.

Se fue aproximando paulatinamente a la rama en la que Tarzán de los Monos se mantenía al acecho, con el rollo de la larga cuerda en la mano, preparado.

Semejante a una estatua de bronce, tan inmóvil como si estuviese muerto, Tarzán aguardaba. Sabor pasaba por debajo. Un paso más..., otro..., el tercero... El lazo salió disparado silenciosamente por encima de la leona. Durante un segundo el nudo corredizo pareció suspendido sobre la cabeza del animal, como una serpiente, y entonces, mientras Sabor levantaba la vista para detectar el origen del rumor sibilante de la cuerda, el lazo cayó alrededor de su cuello. Tarzán dio un tirón y el nudo corredizo tensó la cuerda en torno a la glaseada garganta. Acto seguido, el muchacho largó cordel y se sostuvo con ambas manos.

Sabor estaba atrapada.

La sorprendida leona dio un salto para adentrarse en la espesura de la jungla, pero Tarzán no estaba dispuesto a perder aquella cuerda como había perdido la anterior. La experiencia le había aconsejado tomar precauciones. La leona dio otro salto, pero antes de que hubiese recorrido con él la mitad del espacio previsto, la cuerda se había tensado. El cuerpo del animal dio una voltereta en el aire y cayó de espaldas contra el suelo, con seco impacto. Tarzán se había apresurado a atar el extremo de la cuerda al tronco del gigantesco árbol en el que estaba subido.

Hasta aquel punto, el plan había salido a la perfección, pero la siguiente maniobra le resultó mucho más peliaguda. Lo comprobó cuando cogió la cuerda, se afianzó en la horquilla formada por dos ramas e intentó izar y dejar suspendida del árbol aquella impresionante bestia de músculos de acero, que no cesaba de revolverse furiosa, de lanzar terribles zarpazos y no menos aterradores mordiscos.

El peso de la vieja Sabor era enorme y cuando clavaba las uñas en alguna parte, sólo Tabor, el mismísimo elefante, hubiera podido arrastrarla y alejarla de su anclaje. La leona se encontraba de nuevo en el sendero, en un punto desde el que podía ver al autor del ultraje al que se la sometía. De su garganta brotó un rugido iracundo al tiempo que se elevaba repentinamente en el aire hacia Tarzán, pero cuando el salto llevó su formidable cuerpo a la rama que ocupaba Tarzán, éste ya no estaba allí.

Se había impulsado ágilmente hacia una rama más pequeña y se encontraba a unos seis metros por encima de la furibunda leona enlazada. La colérica fiera permaneció un momento cruzada encima de la rama, mientras Tarzán se burlaba de ella y le arrojaba frutos y trozos de rama al desprotegido rostro.

La bestia se dejó caer al suelo y Tarzán descendió rápidamente para agarrar la cuerda, pero Sabor había descubierto ya que lo que la retenía no era más que una delgada sogá. Así que la cogió entre sus poderosas mandíbulas y la cortó antes de que Tarzán tuviese tiempo de tensar por segunda vez el asfixiante

lazo.

El muchacho se sintió muy dolido. Su bien tramado plan se había disuelto hasta quedar en nada, de modo que no tuvo más remedio que consolarse sacando de quicio un poco más a su enemiga: se sentó en la rama y procedió a dirigir chillidos y muecas socarronas a la rugiente criatura que tenía debajo.

Sabor paseó de un lado a otro, al pie del árbol, durante horas. En cuatro ocasiones encogió el cuerpo y saltó con ánimo de echarle la zarpa al danzarín espíritu burlón de las alturas, pero fue lo mismo que si hubiese querido atrapar el ilusorio viento que susurraba a través de las copas de los árboles.

Por último, Tarzán se cansó del juego y, tras dedicar a Sabor un alarido desafiante y lanzarle un fruto pasado de maduro, que fue a estrellarse, blando, viscoso, contra la cara de su enemiga, emprendió una rápida retirada de árbol en árbol y, desplazándose a cosa de treinta metros sobre el suelo, en muy breve espacio de tiempo estuvo de nuevo entre los miembros de su tribu.

Les refirió los detalles de su aventura, no sin sacar pecho y ejecutar los pavoneos de rigor para dejar adecuadamente impresionados a sus más hostiles y empedernidos rivales, mientras que a Kala le faltaba poco para ponerse a bailar de puro orgullo y alborozo.

Capítulo IX: Hombre y hombre

Durante varios años, Tarzán llevó aquella existencia salvaje en la jungla sin que se produjeran grandes cambios, aparte el hecho de que su cuerpo se robusteció, su cerebro adquirió más conocimientos y fue aprendiendo en los libros más y más cosas acerca de los mundos extraños que se extendían más allá de la selva virgen que era su patria.

Para él, la vida nunca era tediosa ni monótona. Siempre quedaban Pisah, el pez al que pescar en los numerosos riachuelos y lagunas, y Sabor, con sus feroces primos, que le obligaban a uno a mantenerse en continua alerta y animaban todo momento que Tarzán anduviera por el suelo.

Aunque era mucho más frecuente que fuese Tarzán quien acosase a las fieras, a menudo, éstas le perseguían a él y, si bien nunca llegaron a alcanzarle con sus afiladas y crueles garras, hubo ocasiones en las que apenas habría podido pasar una hoja entre las uñas de aquellas zarpas y la tersa piel del muchacho.

Rápida era Sabor, la leona, y rápidos eran Numa y Sheeta, pero Tarzán de los Monos era un auténtico relámpago.

Se hizo amigo de Tantor, el elefante. ¿Cómo? No lo preguntéis. Pero todos los habitantes de la jungla sabían que, muchas noches de luna, Tarzán de los Monos y Tantor, el elefante, paseaban juntos y, cuando el camino estaba despejado, Tarzán cabalgaba sobre los formidables lomos de Tantor.

Durante aquellos años, el muchacho se pasaba muchos días en la cabaña de su padre, donde aún permanecían intactos los huesos de sus progenitores y el esqueleto del hijo de Kala. A la edad de dieciocho años, Tarzán leía con cierta fluidez y entendía casi todo lo que repasaban sus ojos en los abundantes y variados libros que ocupaban los anaqueles.

También sabía escribir, a base de letras de imprenta, con rapidez y claridad, pero no dominaba la caligrafía, ni mucho menos, porque aunque entre los libros que constituían su tesoro no faltaban algunos cuadernos para ejercitarse en la escritura a mano, en la cabaña no abundaba precisamente el inglés manuscrito y, por otro lado, Tarzán tampoco consideró que mereciese la pena molestarse en practicar aquella otra forma de trazar las letras, aunque, si se esforzaba un poco, podía leer también tal escritura.

Así, nos encontramos con un lord inglés de dieciocho años que no sabe pronunciar una palabra en su idioma, pero que sí sabe leerlo y escribirlo. Aparte de sí mismo, nunca había visto ser humano alguno, porque el reducido territorio que recorría su tribu no lo surcaba ningún río importante por el que circularan indígenas salvajes de tierra adentro.

Altas colinas cerraban aquel espacio por tres lados; el océano lo limitaba por el cuarto. Era una zona por la que pululaban leones, leopardos y serpientes venenosas. Sus laberintos vírgenes de maleza enmarañada no habían seducido jamás a ningún audaz explorador humano incitándole a aventurarse al otro lado de la frontera de aquella jungla en busca de animales salvajes.

Pero un día, estaba Tarzán de los Monos sentado en la cabaña de su padre, dedicado a profundizar en los misterios de un nuevo libro, cuando la inviolabilidad de la selva se rompió para siempre. En el remoto confín oriental del territorio, una extraña caravana franqueó, en fila india, la cima de un monte de escasa altura.

Formaban la vanguardia cincuenta guerreros negros armados con delgados venablos de madera y punta endurecida a fuego lento, grandes arcos y flechas envenenadas. Llevaban a la espalda escudos de forma ovalada, atravesaban su nariz grandes aros y sus cabezas cubiertas de rizado pelo aparecían adornadas con protuberantes haces de alegres plumas.

Tatuaban su frente tres líneas paralelas de color y, en el pecho, otros tantos círculos concéntricos. Habían limado sus dientes amarillentos para que terminasen en aguda punta y sus labios prominentes acentuaban todavía más la

bestialidad de su aspecto.

Seguían a los guerreros varios centenares de mujeres y niños; las primeras llevaban sobre la cabeza grandes fardos con enseres, utensilios de cocina y piezas de marfil. Cerraba la marcha una retaguardia de un centenar de guerreros, semejantes en todos los aspectos a los que encabezaban la comitiva.

Saltaba a la vista, a juzgar por la formación de la columna, que temían más un ataque por la espalda que los peligros que pudiesen desatar sobre ellos los ignorados enemigos que acaso estuviesen acechándoles. Y lo cierto es que así era, porque huían del ejército de los hombres blancos, que habían estado acosándolos para que les proporcionaran caucho y marfil, hasta que un día los guerreros se revolvieron contra sus conquistadores y mataron a un oficial y al pequeño destacamento de tropas de color que tenía a sus órdenes.

Durante varios días, los rebeldes se atiborraron de carne, hasta que llegó un cuerpo militar más numeroso y bien pertrechado que desencadenó un asalto nocturno sobre la aldea, para vengar la matanza de sus compañeros.

Aquella noche, los soldados negros del hombre blanco devoraron carne hasta saciarse y lo poco que quedaba de una tribu en otro tiempo poderosa tuvo que lanzarse a la tenebrosidad de la selva virgen y huir rumbo a lo desconocido y la libertad.

Pero lo que significaba libertad y búsqueda de la dicha para aquellos negros salvajes representaba consternación y muerte para muchos de los moradores silvestres del nuevo hogar de los fugitivos.

A lo largo de tres jornadas, la pequeña caravana avanzó despacio por el corazón de la desconocida y hasta entonces no hollada floresta, hasta que, por último, el cuarto día, a primera hora, llegaron a un paraje, a la orilla de un riachuelo, donde la arboleda y la maleza parecía menos densa que cualesquiera de las otras zonas por las que habían pasado.

Allí pusieron manos a la obra de levantar una nueva aldea y al cabo de un mes habían despejado una amplia explanada, en la que construyeron chozas y levantaron empalizadas protectoras. En aquel calvero plantaron llantenes, batatas y maíz. Reanudaron su antigua vida en su nuevo hogar. Allí no había hombres blancos ni soldados ni marfil ni caucho que recoger para unos capataces tan inhumanos y tiránicos como ingratos.

Transcurrieron varias lunas antes de que los negros se atrevieran a alejarse del núcleo constituido por su nueva aldea. Algunos habían caído ya presa de la vieja Sabor y como quiera que la jungla estaba tan infestada de aquellos salvajes félicos sedientos de sangre, sin que faltasen los leopardos y leones machos, los guerreros de ébano se lo pensaban y vacilaban mucho antes de arriesgarse a abandonar la seguridad de sus empalizadas.

Un día, sin embargo, Kulonga, hijo del viejo rey Mbonga, se adentró por la intrincada espesura del oeste. Avanzó con cautela, a punto el venablo, firmemente sujeto el escudo con la mano izquierda, escudo que llevaba pegado al lustroso cuerpo de ébano.

El arco colgaba a su espalda y el carcaj, sobre el escudo, iba cargado con una buena provisión de flechas, finas y rectas, engrasadas con aquella sustancia densa y oscura que convertía en mortal el más leve rasguño que produjesen.

La noche sorprendió a Kulonga a respetable distancia de las empalizadas del poblado de su padre, pero el guerrero continuó caminando hacia el oeste. Decidió trepar a la horquilla de un gran árbol, donde armó una tosca plataforma, sobre la que se acurrucó y se dispuso a dormir. A cinco kilómetros, por el oeste, descansaba la tribu de Kerchak.

Por la mañana, apenas amaneció, los monos se pusieron en movimiento y empezaron a recorrer la jungla en busca de alimento. Como tenía por costumbre, Tarzán efectuó su búsqueda en dirección a la cabaña, de forma que, cuando llegase a la playa, lo hiciera con el estómago lleno.

Los simios se desperdigaron en todos los sentidos, individualmente o en parejas y tríos, sin alejarse demasiado, siempre atentos a cualquier señal de alarma.

Kala anduvo despacio hacia el este, a lo largo de una senda de elefantes, y se atareaba revolviendo ramas y troncos podridos, en busca de succulentos animalitos y hongos comestibles, cuando un leve asomo de ruido no habitual le puso sobre aviso.

Por delante, el camino aparecía despejado en una longitud de cuarenta y cinco metros y, al final de aquel túnel formado por la enramada, avistó la sigilosa figura de un extraño ser de aspecto terrible.

Era Kulonga.

Kala no quiso ver más, dio media vuelta automáticamente y retrocedió apresuradamente por el sendero. No echó a correr; sino que, conforme a la costumbre de su pueblo cuando no era presa del nerviosismo, trataba de eludir más que de escapar.

Kulonga inició la persecución y fue ganando terreno. Allí había carne. Podía acabar con el simio y festejar aquel día con un banquete. Apretó el paso, dispuesto el venablo para el lanzamiento. Al doblar una curva del sendero volvió a ver a la mona, en otro tramo recto. Echó el venablo hacia atrás y vibraron los músculos bajo la bruñida piel. Soltó violentamente el brazo y el arma arrojadiza salió disparada hacia Kala.

Un lanzamiento fallido. El venablo apenas rozó el costado de la simia.

Kala profirió un grito de rabia y dolor, al tiempo que se volvía hacia el causante de su cuita. Instantáneamente, los árboles empezaron a crujir bajo el peso de los congéneres de la mona, que partieron celéricamente hacia el escenario del suceso, en respuesta al grito de Kala. Mientras la mona se lanzaba al ataque, Kulonga se echó el arco a la cara y dispuso una flecha con increíble rapidez. Tensó la cuerda hacia atrás, soltó el proyectil y el envenenado dardo fue a clavarse, certero, en el corazón del gigantesco antropoide.

Con un espantoso alarido, Kala se desplomó de bruces, frente a los atónitos miembros de su tribu. Entre gritos y rugidos, los monos se precipitaron hacia el Kulonga, pero el precavido salvaje huía ya por el camino como un antílope asustado.

Tenía algunas noticias acerca de la saña de aquellos fieros hombres peludos y su único deseo estribaba en poner la mayor cantidad posible de kilómetros entre él y aquella horda. Los monos le siguieron una buena distancia, desplazándose a través de los árboles, pero poco a poco, uno a uno, fueron abandonando la persecución para regresar al escenario de la tragedia.

Ninguno de ellos había visto nunca un hombre, aparte de Tarzán, de modo que se preguntaron vagamente qué extraña forma de criatura podía haber invadido su selva.

En la lejana playa donde se encontraba la cabaña, Tarzán oyó los débiles ecos del conflicto y, al comprender que algo grave estaba ocurriendo a los miembros de la tribu, emprendió rápidamente la marcha rumbo al lugar donde sonaba el alboroto.

Al llegar se encontró a todo el desolado clan reunido alrededor del cadáver de Kala. El desconsuelo y la cólera de Tarzán fueron inconmensurables. Lanzó al aire una y otra vez su espeluznante grito de desafío. Se golpeó el amplio pecho con los puños y luego se dejó caer sobre el cuerpo de su madre y estalló en sollozos que expresaban la infinita pena de su corazón solitario.

Perder a la única criatura del mundo que siempre le manifestó cariño y afecto era la mayor tragedia que jamás había conocido.

¿Qué importaba que Kala fuese una mona feroz y de aspecto espantoso? Para Tarzán siempre fue buena, siempre fue bonita.

Sobre ella proyectó, incluso sin percatarse, todo el respeto y el cariño que cualquier muchacho inglés hubiese profesado a su madre. No había conocido otra, por lo que dio a Kala, aunque en silencio, cuanto amor le hubiese correspondido a la encantadora lady Alice, caso de vivir ésta. Tras el primer

estallido de aflicción, Tarzán se dominó y, al interrogar a los miembros de la tribu que habían presenciado la muerte de Kala, se informó de todo lo que pudieron contarle mediante el reducido vocabulario de los simios.

Fue suficiente, sin embargo, para enterarse de lo que necesitaba saber.

Le hablaron de un extraño mono negro, carente de pelo, que llevaba plumas en la cabeza. Aquel extraño mono lanzó muerte con una rama delgada y después huyó a todo correr, con la misma velocidad que Bara, el venado, hacia el sol que se elevaba por levante.

Tarzán no aguardó más, sino que saltó a la enramada y voló de árbol en árbol a través de la selva. Conocía las vueltas y revueltas del sendero de elefantes por el que escapaba el asesino de Kala, de modo que atajó por la jungla para interceptar al guerrero negro, que evidentemente seguía las tortuosas curvas y rodeos del camino.

Llevaba a la cadera el cuchillo de monte de su desconocido progenitor y al hombro el rollo de cuerda. Al cabo de una hora bajó de nuevo al sendero y examinó minuciosamente el suelo.

En el barro blando de la orilla de un arroyo descubrió huellas de un pie como sólo él en toda la selva hubiese podido imprimir, aunque eran mucho más grandes que las suyas. Su corazón aceleró los latidos. ¿Sería posible que estuviera siguiendo la pista de un HOMBRE..., de alguien de su propia especie?

Había dos series de huellas, una en dirección opuesta a la otra. Lo que indicaba que el ser al que perseguía pasaba por la senda en su camino de regreso. Observaba una de las pisadas más recientes cuando de uno de sus bordes superiores se desprendió una pequeña partícula de barro... Ah, la huella era muy fresca, su presa acababa de pasar por allí.

Tarzán subió de nuevo a los árboles y, con silenciosa celeridad, se desplazó a través de las ramas más altas, por encima del camino.

Habría recorrido cosa de kilómetro y medio cuando divisó la figura de un guerrero negro erguido en medio de un pequeño espacio abierto. Empuñaba el fino arco, preparado con una de aquellas mortíferas flechas. Frente a él, en el lado opuesto del claro, se encontraba Horta, el jabalí, agachada la cabeza y listos para el ataque los colmillos cubiertos de espuma.

Tarzán observó maravillado aquella extraña criatura situada a sus pies... Tan semejante a él en la forma, pero tan diferente en rostro y color de la piel. En las ilustraciones de los libros retrataban al negro, pero ¡qué distintos eran los mortecinos dibujos impresos en comparación con aquel reluciente ser de ébano, pleno de palpitante vida!

Mientras el hombre estaba plantado allí, tenso el arco, Tarzán reconoció en él no tanto al negro como al Arquero de su libro ilustrado:

A, de Arquero

¡Qué maravilla! A punto estuvo Tarzán de delatar su presencia por culpa de la euforia que le produjo el descubrimiento.

Pero debajo de donde se encontraba empezaron a suceder cosas. El nervudo brazo negro había echado atrás la flecha; Horta, el jabalí, atacaba ya; entonces, el negro disparó la saeta envenenada y Tarzán la vio surcar el aire con la celeridad del pensamiento y hundirse entre las cerdas del cuello del jabalí.

Apenas la flecha había abandonado el arco de Kulonga, cuando el negro tenía otra dispuesta, pero Horta, el jabalí, se precipitó sobre él a tal velocidad que Kulonga no tuvo tiempo de dispararla. Mediante un brinco increíble, el negro esquivó la embestida del jabalí, que le pasó por debajo. Luego, el negro giró en redondo y con una rapidez impresionante clavó la segunda flecha en la espalda de Horta.

Acto seguido, Kulonga saltó a un árbol cercano.

Horta dio media vuelta para atacar a su enemigo una vez más; avanzó una docena de pasos y entonces dio como un traspie y cayó de costado. Sus músculos se pusieron rígidos, se relajaron convulsamente y, por último, el jabalí se quedó inmóvil.

Kulonga bajó del árbol.

Con el cuchillo que colgaba a su costado cortó varios trozos de carne del jabalí, encendió una fogata en mitad del sendero, asó la carne y comió todo lo que quiso. El resto lo dejó donde había caído.

Tarzán era un interesado espectador. En su selvático pecho ardía ferozmente el deseo de matar, pero su ansia de aprender era todavía mayor. Seguiría a aquella salvaje criatura durante un tiempo y averiguaría de donde procedía. Le mataría en su momento, más adelante, una vez el negro se hubiera desprendido del arco y de las mortíferas flechas.

Cuando Kulonga hubo concluido su refrigerio y desapareció al otro lado de un recodo del camino, Tarzán descendió silenciosamente al suelo. Cortó con su cuchillo varias tiras de carne del cuerpo de Horta, pero no las pasó por la hoguera.

Conocía el fuego, aunque sólo lo había visto en las ocasiones en que Ara, el rayo, destruyó un árbol gigantesco. A Tarzán le asombró enormemente que un ser de la jungla fuese capaz de producir aquellos dientes rojos y amarillos que devoraban la madera y la transformaban en fino polvo. Y quedaba fuera

de su capacidad de comprensión los motivos que pudiese tener el guerrero negro para estropear aquellos deliciosos bocados aplicándolos a aquel calor abrasador. Puede que Ara fuese amigo del Arquero y que éste compartiera con él la comida.

De cualquier manera, Tarzán no iba a estropear de una forma tan tonta aquella estupenda carne, así que engulló una buena cantidad de ella, cruda, y luego enterró junto al sendero lo que quedaba del jabalí, donde pudiera recuperarlo cuando volviese.

A continuación, lord Greystoke se limpió los grasientos dedos frotándoselos en los muslos desnudos y volvió a ponerse sobre la pista de Kulonga, hijo de Mbonga, el rey; mientras en el lejano Londres, otro lord Greystoke, hermano menor del verdadero padre de lord Greystoke, devolvía al chef de su club unas chuletas que le parecían poco hechas y, tras concluir su almuerzo, introducía las puntas de los dedos en un cuenco de plata con agua perfumada y luego se las secó con una servilleta de damasco blanco como la nieve.

Tarzán siguió a Kulonga durante todo el día, suspendido sobre él en las ramas de los árboles, como un espíritu maligno. Le vio disparar dos veces las flechas de destrucción: una vez a Dango, la hiena, y otra a Manu, el mico. En ambas ocasiones, la víctima murió casi instantáneamente, porque el veneno de Kulonga estaba recién preparado y era mortal de necesidad.

Tarzán pensó mucho en aquel portentoso procedimiento de muerte, mientras saltaba de un árbol a otro, tras su presa, a una distancia segura. Comprendía que no era posible que, sólo por sí misma, la pequeña picadura de la flecha acabase tan rápidamente con la vida de aquellos salvajes animales de la jungla, que con frecuencia se desgarraban y destrozaban en las peleas con sus vecinos, y después, se recuperaban como si nada en la mitad de los casos.

No, aquellas minúsculas astas de madera tenían algo misterioso que provocaba la muerte con un simple rasguño. Sería cuestión de estudiar el asunto.

Aquella noche Kulonga durmió en la horquilla de un árbol robusto. Tarzán de los Monos se acurrucó al acecho en otra rama, a bastante altura por encima de él.

Al despertarse, Kulonga se encontró con que su arco y sus flechas habían desaparecido. El guerrero negro montó en cólera, pero se sintió más aterrado que furioso. Examinó el suelo, alrededor del árbol, y luego registró la enramada, por encima del suelo. No descubrió el menor rastro de las flechas ni del arco ni del merodeador nocturno.

El pánico se apoderó de Kulonga. No había recuperado el venablo que

arrojó sobre Kala y ahora que se veía desposeído del arco y de las flechas estaba completamente indefenso, con la excepción del simple cuchillo. Su única esperanza consistía en alcanzar la aldea de Mbonga con toda la rapidez con que las piernas pudieran llevarle.

Tenía la certeza de que no se encontraba muy lejos de casa, así que emprendió la marcha a paso ligero.

Tarzán de los Monos surgió de entre la impenetrable masa de follaje, a escasos metros, y se lanzó en silenciosa persecución del guerrero.

El arco y las flechas de Kulonga quedaron bien sujetos en la copa de un árbol gigantesco. Con su afilado cuchillo, Tarzán arrancó del tronco del árbol, cerca del suelo, un trozo de corteza y luego desgajó parcialmente una rama, que dejó colgando a unos quince metros de altura. Así señalaba Tarzán las rutas del bosque y los escondrijos donde guardaba algo.

Kulonga continuó su marcha y Tarzán se fue aproximando a él hasta situarse casi encima de la cabeza del negro. El hombre mono llevaba enrollada la cuerda en la mano derecha; se disponía a matar. Si retrasaba el instante de la ejecución era a causa de su ávido deseo de averiguar el punto de destino del guerrero, pero la dilación tuvo su recompensa cuando, de súbito, apareció a la vista una amplia explanada, en uno de cuyos extremos se alzaba un buen número de extrañas guaridas.

Al efectuar el descubrimiento, Tarzán se encontraba justo encima de Kulonga. La arboleda se interrumpía bruscamente y cedía el terreno a un espacio abierto de doscientos metros de campos de cultivo, entre los límites de la selva y el poblado.

Tarzán debía actuar con rapidez si no quería que se le escapase la pieza; pero el género de vida que llevaba le había acostumbrado a tomar decisiones automáticamente, porque cuando se presentaba algo imprevisto no se disponía de tiempo para que mediara la sombra de un pensamiento.

De forma que cuando Kulonga emergió de la penumbra de la selva, el lazo que remataba la sinuosa cuerda descendió desde la rama más baja de un robusto árbol, en el mismo borde donde empezaban los cultivos de Mbonga y el hijo del rey apenas acababa de dar media docena de pasos a través del claro cuando el veloz nudo corredizo se cerró alrededor de su garganta.

Tarzán de los Monos tiró de la cuerda con tal presteza y energía que el grito de alarma de la víctima quedó sofocado antes de llegar a las cuerdas vocales. Las manos de Tarzán se aplicaron a la tarea de arrastrar hacia sí el cuerpo del negro, que no cesaba de retorcerse y forcejear, en inútil resistencia, hasta que quedó suspendido en el aire, colgado por el cuello. Tarzán subió entonces a otra rama más alta y tiró del guerrero, que seguía pataleando, hacia

la parte superior, tras la pantalla que formaba el denso y verde follaje.

Ató allí la cuerda a una fuerte rama y luego descendió a través del follaje y hundió el cuchillo en el corazón de Kulonga. Kala estaba vengada.

El hombre—mono examinó al negro meticulosamente; era la primera vez que veía a otro ser humano. Llamó su atención el cuchillo y la vaina del negro; se los apropió. También le gustó la argolla de cobre que el guerrero llevaba alrededor del tobillo, de modo que Tarzán la transfirió al suyo.

Contempló y admiró los tatuajes de la frente y del pecho. Se maravilló de los afilados dientes.

Estudió las plumas que adornaban la cabeza del negro y se adueñó de ellas.

A continuación, se preparó para ir a lo práctico, porque Tarzán de los Monos tenía hambre y allí había carne; carne de una pieza que él había sacrificado y que la ética de la selva le permitía consumir.

¿Cómo y mediante qué pautas y normas podríamos juzgar a ese hombre—mono con cerebro, corazón y cuerpo de caballero inglés y formación de fiera salvaje?

Había vencido y dado muerte en lucha noble a Tublat, al que odiaba y que le correspondía con idéntico encono, pero en ningún momento pasó por la cabeza de Tarzán la idea de comer la carne de su enemigo. Le habría resultado tan repulsivo como nos parece a nosotros el canibalismo.

¿Pero quién era Kulonga para que no pudiera comérselo con la misma tranquilidad que a Horta, el jabalí, o a Bara, el venado? ¿Acaso no era, sencillamente, una más de las innumerables criaturas salvajes que se atacaban unas a otras para saciar el hambre que las abrumaba? Una extraña duda detuvo repentinamente su mano. ¿No le enseñaron los libros que él era un hombre?

¿Y no era también un hombre el Arquero?

¿Comían hombres los hombres? ¡Ay! Lo ignoraba. ¿A qué venían sus vacilaciones? Hizo un esfuerzo y lo intentó de nuevo, pero antes de tomar el primer bocado las náuseas le pusieron el estómago en la garganta. No lo entendía.

De lo único que estaba seguro era de que no le era posible comer la carne de aquel hombre negro. Y así, el instinto hereditario, un atavismo de remotos orígenes, asumió las funciones de su cerebro, que ignoraba no pocas cosas, y le salvó de transgredir una ley universal de cuya existencia no tenía la menor noticia.

Dejó rápidamente el cuerpo de Kulonga en el suelo, le quitó el lazo ceñido en torno al cuello y volvió a las alturas de los árboles.

Capítulo X: El fantasma del miedo

Tarzán oteó desde una alta rama el villorrio de chozas con tejado de paja construidas al otro lado de la plantación.

Observó que la selva tocaba en un punto el recinto de la aldea y hacia allí se dirigió, impulsado por la curiosidad febril de contemplar seres de su misma especie, averiguar más detalles acerca de su forma de vida y echar un vistazo a las curiosas madrigueras que habitaban.

Su selvática existencia entre las fieras de la jungla no dejaba resquicio alguno por el que se filtrara la idea de que aquellos seres no fuesen enemigos. El hecho de que sus formas fuesen similares tampoco le indujo a creer que, caso de que le descubriesen, le acogerían favorablemente aquellas criaturas, las primeras que veía de su propia raza.

Tarzán de los Monos no tenía nada de sentimental. La fraternidad de los hombres le era absolutamente desconocida. Consideraba enemigos mortales a todos los seres que no perteneciesen a su tribu, salvo algunas contadas excepciones, cuyo ejemplo más destacado era Tantor, el elefante.

Todo eso lo tenía asimilado sin odio ni maldad. Matar era la ley imperante en el mundo salvaje en que vivía. Gozaba de escasos placeres, todos primitivos, y el principal consistía en cazar y matar, por lo que otorgaba a los demás el que albergasen las mismas intenciones y deseos que él, incluso aunque se convirtiera así en pieza también codiciada por los demás cazadores.

Su singular forma de vida no le convirtió en un ser taciturno ni sanguinario. Que disfrutara matando y que matase con una alegre carcajada en sus bien formados labios no significaba que tuviese una crueldad innata. Casi siempre mataba para conseguir alimento, aunque, al pertenecer a la raza humana, también mataba a veces por placer, algo que no hace ningún otro animal; porque el hombre es el único, entre todas las criaturas, que mata de manera insensata y voluptuosa, por el mero placer de causar sufrimiento y muerte.

Y cuando mataba para cumplir una venganza o en defensa propia lo hacía también sin histerismo, porque lo consideraba una cuestión muy seria, que no admitía ligerezas.

De modo que entonces, al acercarse cautelosamente a la aldea de Mbonga, iba preparado, dispuesto a matar o a que le matasen, caso de que le descubrieran. Se deslizó con extraordinario sigilo, ya que Kulonga le había infundido un gran respeto hacia las delgadas astas de punta afilada que de

manera tan rápida e infalible producían la muerte.

Al final llegó a un árbol gigantesco, de espesa enramada y exuberantes enredaderas que suspendían sus generosos rizos en el aire. Desde aquella atalaya casi impenetrable, situado encima del poblado, Tarzán observó agazapado las escenas que se desarrollaban a sus pies, sin dejar de maravillarse ante cada rasgo de aquella nueva y extraña vida.

Por la calle de la aldea corrían y jugaban unos cuantos niños desnudos. Varias mujeres molían llantén seco en toscos morteros de piedra, mientras otras preparaban tortas con la harina. En los campos de cultivo Tarzán vio más mujeres, que cavaban, escardaban o recolectaban.

Todas llevaban protuberantes ceñidores de hierba seca alrededor de las caderas y muchas se adornaban con gran profusión de ajorcas, brazaletes y pulseras de cobre y latón. Alrededor de muchos de aquellos cuellos morenos llevaban collares de alambre curiosamente trenzado y varias lucían grandes anillos en la nariz.

Tarzán de los Monos contempló con creciente asombro aquellas extrañas criaturas. Vio unos cuantos hombres que dormitaban a la sombra y vislumbró también la presencia, en los alrededores de la explanada, de guerreros armados que, según los indicios, guardaban la aldea y la protegían contra el posible ataque por sorpresa de algún enemigo.

Se percató de que allí sólo trabajaban las mujeres. En ninguna parte se observaba rastro de hombre alguno que cultivara el campo o llevase a cabo cualquiera de las tareas domésticas del poblado.

Por último, los ojos de Tarzán se posaron en una mujer que se encontraba inmediatamente debajo de él.

Tenía delante, al fuego, un pequeño caldero en el que hervía burbujeante una mezcla viscosa, espesa y rojiza. A un lado había cierta cantidad de flechas de madera, cuyas puntas iba introduciendo la mujer en la borbotante sustancia. Después, colocaba las flechas en un estrecho soporte de ramas dispuesto al otro lado.

Tarzán de los Monos contempló la escena fascinado. Allí estaba el secreto del terrible efecto destructor de los minúsculos proyectiles del Arquero. Se percató el extraordinario cuidado que ponía la mujer en evitar que aquella sustancia le tocara las manos y cuando una gota le salpicó un dedo, vio que se apresuraba a introducirlo en un recipiente de agua y, con un puñado de hojas, se frotó y limpió rápidamente la motita.

Tarzán no sabía nada de venenos, pero su perspicaz raciocinio le sugirió que lo que producía la rápida muerte era aquella sustancia y no la pequeña

saeta, que no pasaba de ser la mensajera encargada de introducir la ponzoña mortal en el cuerpo de la víctima.

¡Lo que le gustaría tener unas cuantas más de aquellas astas portadoras de muerte! Si la mujer abandonara su tarea un instante, él se descolgaría hasta el suelo, cogería un puñado de flechas y estaría de vuelta en el árbol antes de que la mujer hubiese respirado tres veces. Se estrujaba el cerebro para idear algún plan que le permitiese distraer la atención de la mujer cuando del otro lado de la explanada llegó un alarido impresionante. Tarzán miró hacia allí: un guerrero negro se encontraba debajo del árbol en el que el hombre mono había ejecutado una hora antes al asesino de Kala. El individuo chillaba y agitaba el venablo por encima de su cabeza. De vez en cuando indicaba algo que había en el suelo, ante él.

En cuestión de segundos, la aldea se transformó en un mare magnum. Hombres armados surgieron precipitadamente del interior de muchas de las chozas y corrieron enloquecidamente hacia el excitado centinela. Tras ellos, en tropel, fueron los ancianos, las mujeres y los niños, hasta que, al cabo de unos instantes, el poblado estuvo desierto.

Tarzán de los Monos supo que habían descubierto el cadáver de su víctima, pero eso le interesaba infinitamente menos que la circunstancia de que en la aldea no quedaba nadie que le impidiera apoderarse de una buena provisión de aquellas flechas que tenía a sus pies. Silenciosa y velozmente se descolgó hasta el suelo, junto al caldero de veneno. Permaneció inmóvil unos segundos, mientras sus escrutadores ojos recorrían celéricamente el interior de la empalizada.

Nadie a la vista. Su mirada tropezó con el hueco de la puerta de una choza, abierta de par en par. Echaría un vistazo adentro, pensó, y se acercó cautelosamente al bajo chamizo con tejado de bálago.

Hizo un alto momentáneo en la entrada, aguzando el oído. Al no percibir el más leve rumor, se deslizó a la semioscuridad interior.

Había armas colgadas en las paredes: largos venablos, cuchillos de forma extraña, un par de estrechos escudos. En el centro del cuarto, una marmita y, al fondo, un lecho de hierbas secas con unas esteras encima que, evidentemente, los dueños de la choza utilizaban como cama y cobertores. Diseminados por el suelo, varios cráneos humanos.

Tarzán de los Monos acarició uno por uno todos aquellos objetos, cogió los venablos y los olisqueó, porque su sensible, y altamente agudizado olfato le permitía «ver» muchas cosas. Decidió convertirse en dueño de uno de aquellos palos largos y puntiagudos, pero no podía llevárselo en aquella incursión porque se proponía tomar un cargamento de flechas y eso iba a impedirselo.

Cada artículo que cogía de las paredes lo depositaba en el centro de la estancia. Encima del montón formado por las armas colocó el puchero, invertido, y, sobre él, uno de los sonrientes cráneos, que adornó con el tocado de plumas del difunto Kulonga.

Retrocedió unos pasos, contempló su obra y una sonrisa decoró su rostro. A Tarzán de los Monos le encantaba gastar bromas.

Pero en aquel instante empezaron a sonar fuera los prolongados lamentos y los gemidos dolientes de muchas voces. Tarzán se sobresaltó. ¿Acaso había permanecido allí demasiado tiempo? Se llegó en dos zancadas a la puerta de la choza y miró a lo largo de la calle, hacia el portón de la aldea.

Los indígenas aún no estaban a la vista, aunque los oyó aproximarse a través de los campos de cultivo. Debían de estar muy cerca.

Tarzán atravesó como un rayo el espacio que le separaba del rimero de flechas. Recogió todas las que podía llevar bajo el brazo, volcó de una patada el hirviente caldero y desapareció entre la espesa enramada del árbol que se erguía encima. Lo hizo justo en el preciso instante en que el primer indígena del grupo cruzaba el portón de acceso a la calle de la aldea. El hombre mono se dispuso entonces a presenciar lo que sucedía abajo, listo, como cualquier ave de la selva, para despegar de la rama desde la que observaba y remontar el vuelo a la primera señal de peligro.

Los habitantes del poblado avanzaron calle adelante; cuatro de ellos llevaban el cadáver de Kulonga. Las mujeres iban detrás, entregadas a la doliente tarea de saturar el aire de lamentos plañideros, de lloros y gritos extraños. Llegaron a la puerta de la choza de Kulonga, la misma que Tarzán había allanado.

Media docena de guerreros entraron en ella, para salir inmediata y precipitadamente, en confusa algarabía. Los demás se arremolinaron apresuradamente a su alrededor. Sucedió un frenético guirigay de gesticulaciones y parloteos, al tiempo que los que habían salido de la choza señalaban excitados el interior. Varios guerreros se acercaron a la puerta y escudriñaron la penumbra del cuarto.

Por último, entró en la choza un anciano con los brazos y las piernas repletos de adornos metálicos y con un collar de manos momificadas colgado del pecho. Era el rey Mbonga, padre de Kulonga.

Reinó un silencio absoluto durante largos segundos. Después, Mbonga reapareció en la puerta, contraído el rostro por una espeluznante expresión de ira mezclada con terror supersticioso. Dirigió unas palabras a los guerreros reunidos allí, que salieron disparados en todas direcciones para registrar a fondo las chozas y hasta el último rincón del recinto cercado por las

empalizadas.

No habían hecho más que iniciar la inspección cuando repararon en el caldero volcado y, simultáneamente, en el robo de las flechas envenenadas. No descubrieron nada más, lo cual provocó una oleada de pánico entre los indígenas que, en buen número, se aprestaron a buscar consuelo en el rey, apiñándose en torno a Mbonga.

Al monarca le era imposible explicar aquellos extraordinarios sucesos. El hallazgo del cadáver aún caliente de Kulonga en la misma linde de sus campos de cultivo y a dos pasos de la aldea, acuchillado y desvalijado casi a las puertas del pueblo de su padre, resultaba algo profundamente misterioso en sí mismo, pero los sobrecogedores descubrimientos dentro del poblado, incluso en el interior de la choza del propio Kulonga, inundaron sus corazones de desaliento y suscitaron las más pavorosas explicaciones en los elementales y supersticiosos cerebros de aquellos salvajes.

Permanecieron por allí en pequeños grupos cuchicheantes, sin atreverse a alzar la voz, sin dejar de lanzar por encima del hombro miradas llenas de miedo, desorbitados los ojos saltones e inquietos.

Tarzán de los Monos los estuvo espiando desde su atalaya en la copa de un árbol gigantesco. Aquellos seres se comportaban de un modo que le resultaban incomprensible, porque su desconocimiento de la superstición era total y del miedo sólo tenía una idea imprecisa, ambigua a todo serlo.

El sol ya se había elevado mucho en el cielo. Tarzán no había desayunado aún y se hallaba a bastantes kilómetros del punto donde escondió los restos de Horta, el jabalí.

Así que dio la espalda a la aldea de Mbonga y se alejó a través de la tupida enramada de la floresta.

Capítulo XI: «Rey de los monos»

Aún no había oscurecido cuando llegó al lugar donde acampaba la tribu, aunque hizo un alto para desenterrar y devorar los restos del jabalí que había escondido el día antes. Se detuvo también para recoger lo que dejó oculto en la copa de un árbol: el arco y las flechas de Kulonga.

Muy cargado iba Tarzán cuando se descolgó de las ramas para aterrizar en medio del clan de Kerchak. Hinchido el pecho, relató orgullosamente su gloriosa aventura y exhibió el botín conquistado.

Kerchak emitió un gruñido y se retiró: se sentía celoso de aquel extraño

miembro de su tribu.

Buscó en su miserable cerebro alguna excusa que le permitiese desahogar la rabia y el odio que le inspiraba Tarzán.

Al día siguiente, con los primeros resplandores de la aurora, el hombre mono estaba ya ejercitándose en el manejo del arco y las flechas. Al principio no acertaba el blanco con ninguno de los disparos, pero poco a poco fue aprendiendo a dirigir de modo certero las pequeñas saetas y al cabo de un mes tiraba bastante bien. Pero alcanzar aquella aptitud le costó prácticamente todas sus existencias de flechas.

La tribu continuaba encontrando buena caza en la vecindad de la playa, así que Tarzán de los Monos alternó su entrenamiento de arquero con el estudio de los libros que formaban la no muy amplia aunque sí bien elegida biblioteca de su padre.

Durante ese periodo el joven lord inglés encontró oculto en la parte trasera de uno de los armarios de la cabaña una cajita metálica. Tenía la llave en la cerradura y unos momentos de examen y tanteos le premiaron con la recompensa oportuna: el receptáculo se abrió.

Dentro de la cajita halló el retrato descolorido de un joven de afable semblante, un guardapelo de oro con diamantes engastados, unido a una cadena también de oro, y unas cuantas cartas. Tarzán examinó todo aquello meticulosamente.

La fotografía fue lo que más le gustó, porque los ojos sonreían y el rostro tenía expresión franca y sincera. Era su padre.

También el guardapelo le parecía algo estupendo. Se pasó la cadena alrededor del cuello, al estilo del adorno que había visto era tan corriente entre los negros cuyo poblado visitara. Las brillantes piedras preciosas resaltaron de un modo extraño sobre su tersa y bronceada piel.

Le costaba mucho trabajo descifrar las cartas, ya que no había aprendido gran cosa acerca de la escritura a mano, así que las depositó en la cajita, con el retrato, y dedicó su atención al libro. Estaba escrito a mano casi en su totalidad y aunque los bichitos aquellos le eran familiares, su disposición y las combinaciones que formaban no podían serle más extrañas, hasta el punto de resultarle completamente incomprensibles.

Hacía bastante tiempo que Tarzán aprendió a utilizar el diccionario, pero, con no poca congoja y perplejidad, comprobó que tal conocimiento no le servía de nada en aquella emergencia. No localizó en el diccionario ni una sola palabra de las caligrafiadas en el libro, por lo que volvió a dejarlo en la cajita, si bien lo hizo con la firme determinación de reanudar más adelante las

investigaciones para desentrañar los misterios que encerrase el volumen.

Poco sabía Tarzán que entre las cubiertas de aquel libro se encontraba la clave de su origen, la solución al extraño enigma de su vida. Se trataba del diario de John Clayton, lord Greystoke, redactado en francés, como siempre tuvo por costumbre.

Tarzán volvió a guardar la cajita en el armario, pero a partir de aquel momento llevó siempre en el corazón las facciones del enérgico y sonriente rostro de su padre, como también llevó siempre en el cerebro la firme resolución de resolver el misterio de las insólitas palabras del libro.

De momento, tenía entre manos un asunto más importante, porque se le habían acabado las flechas y no le quedaba más alternativa que volver a la aldea de los hombres negros para renovar las existencias.

Se puso en camino a primera hora de la mañana siguiente, cubrió la distancia a bastante velocidad y llegó al claro de la aldea antes del mediodía. Volvió a apostarse en lo alto del mismo árbol gigante de la otra vez y, como en la ocasión anterior, vio mujeres en los campos de cultivo y en la calle de la aldea. Y también vio el caldero, que burbujeaba inmediatamente debajo de él.

Se mantuvo horas y horas a la espera de la oportunidad de descender sin que le vieran y apoderarse de las flechas que había ido a buscar; pero no ocurrió nada que indujera a los habitantes de la aldea a alejarse de sus chozas. El día se acercaba ya al ocaso y Tarzán de los Monos seguía agazapado encima de la mujer del caldero, ajena ésta por completo a aquel espionaje.

Empezaron a volver las mujeres que trabajaban en los campos. Emergieron de la selva los guerreros que habían salido de caza y, cuando todos estuvieron dentro del recinto de las empalizadas, se cerraron y atrancaron los portones.

En diversos puntos de la aldea aparecieron marmitas humeantes. Delante de cada choza, una mujer presidía el hirviente guiso y en todas las manos se veían tortas de llantén y de mandioca. De pronto sonó un grito en el extremo de la explanada.

Tarzán miró hacia allí.

Era una partida de eufóricos cazadores que llegaban de la parte del norte, cargados con un animal que se resistía con tal vigor que tenían que llevarlo medio a rastras.

Al acercarse el grupo, los de dentro abrieron los portones para que entrasen en la aldea y entonces, cuando vieron la pieza que habían cobrado, un grito salvaje sacudió el aire, rumbo al cielo, porque la víctima era un hombre.

Lo arrastraron calle adelante, el prisionero seguía resistiéndose, las mujeres y los niños se abalanzaron sobre él, armados con palos y piedras, y Tarzán de

los Monos, joven y selvática criatura de la jungla, se asombró de la crueldad que demostraban aquellos seres de su misma especie.

De todos los pobladores de la selva, sólo Sheeta, el leopardo, torturaba a sus presas. El sentido ético impulsaba a los demás a deparar a sus víctimas una muerte rápida y caritativa. Acerca del comportamiento de los hombres, Tarzán sólo había encontrado en los libros detalles dispersos.

Cuando siguió a Kulonga a través de la selva había esperado llegar a una ciudad de extrañas casas sobre ruedas, con un árbol plantado en el tejado de una de ellas del que saldrían nubecillas de humo negro... O a un mar cubierto de imponentes edificios flotantes, los cuales, según había aprendido, tenían sus correspondientes nombres: barcos y botes, navíos y vapores.

Se sintió lastimosamente desilusionado al ver aquella mísera aldea de negros, oculta en un rincón de su selva, y sin una sola casa que fuese tan grande como la cabaña de que disponía él en la lejana playa.

Comprobó que aquellos seres eran más perversos que los simios de su tribu y tan salvajes y crueles como la propia Sabor. Tarzán empezó a tener muy mala opinión de su propia especie.

Los negros habían atado a su pobre víctima a un poste plantado casi en mitad del poblado, frente a la choza de Mbonga, y allí formaron un círculo de guerreros que empezaron a chillar, a bailar y a girar entre cabriolas alrededor de su presa, al tiempo que enarbolaban centelleantes cuchillos y amenazadores venablos.

Las mujeres, sentadas en un círculo más amplio, gritaban y golpeaban rítmicamente los tambores. Aquello le recordó a Tarzán el Dum—Dum, por lo que adivinó lo que iba a ocurrir. Se preguntó si se abalanzarían sobre el hombre para comérselo vivo. Los monos no hacían cosa semejante.

El círculo de guerreros que rodeaba al cautivo se fue acercando cada vez más a éste, mientras se agitaban en frenética danza al ritmo enloquecedor de los tambores. Por último, un venablo abandonó veloz la mano que lo empuñaba y fue a clavarse en la víctima. Fue la señal para que otros cincuenta hiciesen lo propio.

Ojos, orejas, brazos y piernas recibieron el aguijón de las armas de los crueles lanceros; el cuerpo se retorció lamentablemente mientras los venablos se clavaban en todos los puntos que no cubrían partes vitales.

Las mujeres y los niños chillaban jubilosamente.

A los guerreros se les hacía la boca agua y se relamían de gusto ante el festín con que iban a regalarse. Rivalizaban en salvajismo unos con otros, a ver quién cometía mayores atrocidades y quien torturaba de forma más

inhumana al aún consciente prisionero.

Tarzán de los Monos vio entonces llegada su oportunidad. Todos los habitantes de la aldea no tenían ojos más que para el espectáculo que se desarrollaba alrededor del poste. La luz diurna había dado paso a la oscuridad de una noche sin luna y sólo el resplandor de las fogatas próximas al lugar de la orgía desparramaba un tenue y vacilante resplandor por el agitado escenario.

Poco a poco, el ágil muchacho se deslizó hasta el blando piso del extremo de la calle de la aldea. Recogió rápidamente las flechas, todas, esa vez, porque había llevado consigo unas cuantas fibras largas para hacer con ellas un fardo.

Sin precipitarse, envolvió las flechas con cuidado y luego, en el momento en que se disponía a retirarse, un demonio travieso puso en su corazón el capricho de cometer una diablura. Miró en torno, mientras pensaba qué jugarreta podría gastar a aquellos grotescos seres para que tuviesen plena conciencia de que estuvo entre ellos.

Dejó en el suelo, al pie de un árbol, el bulto de las flechas y se deslizó entre las sombras de la parte lateral de la calle hasta llegar a la entrada de la misma choza en la que entró durante su primera visita.

El interior estaba a oscuras, pero Tarzán tanteó con las manos y no tardó en encontrar el objeto que buscaba. Sin más dilación, se dirigió a la puerta.

Sin embargo, apenas había dado un paso cuando su afinado oído percibió el rumor de unos pasos que se acercaban. Un segundo después, la figura de una mujer oscurecía el hueco de la entrada de la choza.

Tarzán retrocedió en silencio hasta la pared del fondo y llevó la mano hasta la empuñadura del cuchillo de su padre. La mujer se llegó rápidamente al centro de la choza. Allí hizo una pausa y buscó a tientas lo que había ido a buscar. Evidentemente, no estaba acostumbrada a aquella estancia, porque tuvo que seguir tanteando y, en su exploración, fue aproximándose cada vez más al sitio donde se hallaba Tarzán.

Se acercó tanto que el hombre mono sintió el calor animal del desnudo cuerpo de la mujer. Tarzán levantó el cuchillo de caza pero, en aquel momento, la mujer se desvió a un lado y exhaló un «¡Ah!» gutural, revelador de que su búsqueda había culminado felizmente.

Dio media vuelta al instante y abandonó la choza. Cuando cruzó la puerta, Tarzán vio que llevaba en las manos una olla.

El hombre mono se apresuró a salir también y, al reconocer el terreno, en la misma entrada, observó que las mujeres de la aldea salían a paso vivo de los chamizos, todas ellas con pucheros, ollas y marmitas. Llenaron de agua los recipientes y depositaron cierto número de ellos cerca del poste donde la

moribunda víctima se inclinaba medio caída hacia adelante, una masa de sufrimiento, inerte y ensangrentada.

En el momento en que juzgó que no había nadie por las proximidades, Tarzán se dirigió a todo correr hacia el punto donde había dejado el fardo con las flechas, el pie del árbol del extremo de la calle de la aldea. Como en la ocasión anterior, volcó el caldero de un puntapié antes de saltar, serpenteante y felino, a las ramas inferiores del gigante del bosque.

Trepó silenciosamente hacia la copa hasta dar con una atalaya desde la que le era factible contemplar, a través de una abertura del follaje, lo que sucedía a sus pies.

Las mujeres preparaban al prisionero para introducirlo, troceado, en sus ollas y pucheros, mientras los hombres descansaban tras la agotadora danza de su orgía demencial. Una relativa calma reinaba en el poblado.

Tarzán levantó por encima de la cabeza lo que había sustraído en la choza y, con certera puntería, hija de la larga práctica desarrollada a lo largo de muchos años de arrojar cocos y otros frutos, lo disparó hacia el grupo de salvajes.

Hábil y acertadamente dirigido, se estrelló en la cabeza de uno de los guerreros, que fue a dar con sus huesos en el suelo. El objeto rodó después entre las mujeres y se detuvo junto al ya medio descuartizado cuerpo que preparaban para el festín.

Durante unos segundos cuantos estaban allí se quedaron mirando consternadísimos y luego, todos a una, salieron corriendo en todas direcciones, hacia sus respectivas chozas. Lo que desde el suelo se les había quedado mirando a ellos era una sonriente calavera. El hecho de que hubiese caído del cielo constituía un milagro atinadamente orientado a despertar sus terrores supersticiosos.

Tarzán de los Monos los dejó así sumidos en el pavor, merced a aquella nueva manifestación de la presencia de un invisible y diabólico poder ultraterrenal que acechaba en la selva contigua a su aldea.

Poco después, cuando descubrieron el caldero volcado y la desaparición, una vez más, de las flechas, irrumpió en sus mentes la idea de que sin duda, al construir su poblado en aquella parte de la jungla, habían ofendido a algún dios importante y poderoso, cuyo favor no se molestaron en propiciar. A partir de entonces, para reconciliarse con aquel omnipotente espíritu, todos los días se colocaba una ofrenda de alimentos al pie del gran árbol bajo cuyas ramas habían desaparecido las flechas.

Pero la semilla del pánico había arraigado profundamente y, aunque Tarzán

de los Monos no lo sabía del todo, lo cierto es que había echado los cimientos de una futura infelicidad que le afectaría a él y a su tribu.

Pernoctó aquella noche en el bosque, no lejos de la aldea, y casi con el alba emprendió la marcha en dirección al paraje donde se encontraba el clan. Avanzaba despacio, porque se entretenía buscando alimento por el camino. Sólo encontró unas pocas bayas y algún que otro gusano y el hambre le acuciaba ya cuando, al levantar la cabeza, después de haber mirado debajo de un tronco, vio a Sabor, la leona, erguida en mitad del sendero, a menos de veinte pasos de él.

Los enormes ojos amarillos estaban clavados en Tarzán con un ominoso y pérfido brillo en las pupilas. El felino se pasó la roja lengua por los labios anhelantes, al tiempo que bajaba el cuerpo para aproximarse con cautelosos movimientos, pegado el vientre al suelo.

Tarzán no intentó la huida. Acogió gustoso la oportunidad que, ciertamente, había estado esperando durante días, ahora que iba armado con algo más que una cuerda hecha de hierbas.

Se descolgó el arco rápidamente del hombro y tomó una flecha bien impregnada de veneno. Sabor inició el salto y la pequeña saeta fue a su encuentro y la alcanzó en el aire. Simultáneamente, Tarzán se apartó a un lado con celérico brinco y en el mismo instante en que el gran félido aterrizaba, otra flecha de punta mortífera se hundió profundamente en el lomo de Sabor.

La fiera lanzó un impresionante rugido, dio media vuelta e inició de nuevo el ataque... para encontrarse con que otra saeta se le clavaba en un ojo. Sin embargo, esta vez se encontraba demasiado cerca para que el hombre mono tuviera tiempo de apartarse y esquivar el cuerpo del felino.

Tarzán de los Monos cayó bajo el impulso y el peso de su enemiga, pero el centelleante cuchillo salió a relucir y encontró carne. Permanecieron así unos segundos, al cabo de los cuales Tarzán comprendió que la masa inerte que tenía encima se encontraba lejos de poder hacer daño de nuevo a hombre o simio alguno.

Logró zafarse, no sin dificultad, del enorme peso que tenía encima y cuando se puso en pie y bajó la mirada sobre la pieza que había cobrado gracias a su habilidad, un arrebató de alborozo inundó todo su ser.

Hinchó el pecho, colocó un pie sobre el cadáver de su formidable enemiga, echó la cabeza atrás y lanzó al aire el rugiente desafío del mono macho victorioso.

El salvaje grito de triunfo repercutió por los amplios espacios de la selva. Las aves se inmovilizaron y los depredadores y las bestias de mayor tamaño se

alejaron precavida y sigilosamente, porque en toda la jungla pocos eran los que estaban dispuestos a buscar camorra con los grandes antropoides.

Y en Londres otro lord Greystoke conversaba con sus semejantes en la Cámara de los Lores, pero ninguno temblaba ante el sonido de su voz suave y tranquila.

La carne de Sabor resultó ser de lo más insípido, incluso para el poco exigente paladar de Tarzán de los Monos, pero el hambre fue el condimento más eficaz para la dureza y el sabor rancio de la vianda. Luego, saciado el apetito y lleno el estómago, el hombre mono se dispuso de nuevo a dormir. Antes, sin embargo, debía quitar la piel a la leona, porque precisamente ese era el objetivo principal que inspiraba su deseo de acabar con la vida de Sabor.

Desolló a la leona. Con gran destreza, porque ya había practicado la operación con animales menores. Cuando hubo concluido la tarea, llevó su trofeo a la horquilla de un árbol alto y allí, acurrucado en el codo que formaban unas ramas, se quedó profundamente dormido. Un sueño sin pesadillas.

Lo poco que había dormido últimamente, el agotador ejercicio físico y el hecho de haber llenado a gusto el estómago propiciaron el descanso reparador. Tarzán de los Monos durmió veinticuatro horas: no se despertó hasta el mediodía de la jornada siguiente. Se encaminó directamente al lugar donde dejara el cadáver de Sabor y se llevó un enorme disgusto al comprobar que otros hambrientos moradores de la selva habían devorado a la leona, dejando sólo los huesos limpios.

Al cabo de media hora de camino, sin prisas, a través de la selva avistó un cervatillo, y antes de que el joven animal se percatase de que andaba cerca de allí un enemigo, la minúscula saeta se le había alojado en el cuello.

El ponzoñoso virus actuaba con tal rapidez que apenas había dado doce zancadas, tras recibir el impacto, cuando el ciervo cayó redondo en el suelo, muerto. Tarzán volvió a regalarse con otro banquete, pero esa vez no durmió.

Lo que sí hizo, en cambio, fue apresurarse en alcanzar el punto donde había dejado a su tribu. Al llegar, le faltó tiempo para mostrar orgullosamente la piel de Sabor, la leona.

—¡Mirad! —exclamó—. ¡Mirad, monos de Kerchak! ¡Ved la hazaña que ha realizado Tarzán, el formidable matador! ¿Quién, entre todos vosotros, ha matado a un miembro del pueblo de Numa? Tarzán es el más poderoso de todos vosotros, porque Tarzán no es un mono. Tarzán es... —Se interrumpió al llegar a ese punto, ya que en el lenguaje de los antropoides no existía la palabra que designase al hombre, y Tarzán no podía pronunciarla, sólo sabía escribirla... en inglés.

La tribu se congregó a su alrededor para contemplar la prueba de su imponente proeza y para escuchar sus palabras.

Sólo Kerchak permaneció donde estaba, dedicado a incubar su odio y su rabia.

De súbito, algo estalló en el perverso y limitado cerebro del simio. Al tiempo que lanzaba un terrorífico bramido, la ciclópea bestia dio un salto que le situó en medio de los reunidos.

A copia de mordiscos y zarpazos de sus enormes manos, mató y dejó lisiados a una docena de congéneres, provocando la huida de los demás, que escaparon hacia las ramas superiores de los árboles. Con las fauces despidiendo espumarajos y manifestando mediante alaridos lo demencial de su furia, Kerchak miró a su alrededor, buscando al ser que más odiaba. Lo vio sentado en una cercana rama baja.

—Ven aquí, Tarzán, gran luchador provocó Kerchak—. ¡Baja a probar los colmillos de otro luchador mejor que tú! ¿Acaso los luchadores poderosos huyen a refugiarse en los árboles a la menor señal de peligro?

Y Kerchak emitió a continuación el agudo grito de desafío propio de su especie.

Tarzán descendió tranquilamente al suelo. Contenido el aliento, los miembros del clan observaban la escena desde la seguridad de las altas enramadas donde se habían cobijado, mientras Kerchak, sin dejar de rugir, se lanzaban al ataque de la relativamente enclenque figura.

Pese a sus cortas extremidades inferiores, Kerchak medía algo más de dos metros de estatura. Los fuertes músculos hinchaban y redondeaban sus hombros enormes. La reducida nuca no era más que un tendón de hierro que sobresalía en la base del cráneo, de suerte que la cabeza daba la impresión de ser una bola que asomaba en lo alto de una gigantesca montaña de carne.

La rugiente boca contraía los labios hacia arriba para dejar al descubierto unos espeluznantes colmillos y en los criminales ojillos inyectados en sangre brillaba el reflejo de la locura asesina que animaba a Kerchak.

Tarzán le aguardaba. Era también un animal de músculos poderosos, pero su metro ochenta de estatura y la envergadura de sus brazos, con todo lo robustos que eran, parecían lastimosamente insuficientes para afrontar con éxito la prueba que les esperaba.

El arco y las flechas se encontraban a cierta distancia, donde los había dejado mientras enseñaba la piel de Sabor a sus compañeros simios, de modo que tuvo que plantar cara a Kerchak sólo con el cuchillo de monte y su inteligencia superior para compensar la feroz potencia física de su antagonista.

Cuando el rugiente simio se abalanzó sobre él, lord Greystoke desenvainó el cuchillo y, tras lanzar al aire un grito de desafío tan escalofriante como el de su enemigo, se precipitó hacia adelante, listo para hacer frente al enemigo.

Tarzán era demasiado listo para permitir que aquellos largos brazos peludos se cerraran en torno a su cuerpo y en el preciso instante en que ambos contendientes iban a tomar violento contacto, lord Greystoke agarró una de las gruesas muñecas del mono y, a la vez que daba un ágil salto hacia un lado, hundió el cuchillo hasta la empuñadura en la parte lateral del torso de Kerchak, debajo del corazón.

Pero antes de que pudiera retirar la hoja, el rápido movimiento que ejecutó el simio para envolver entre sus poderosos brazos a Tarzán, alejó la mano de éste de la empuñadura del cuchillo. Kerchak dirigió un golpe tremendo con la mano abierta a la cabeza del hombre—mono, golpe que, de haber llegado a su destino, hubiera aplastado la sien de Tarzán.

Pero el hombre—mono era rápido de movimientos, esquivó el manotazo agachando la cabeza y, con el puño, descargó un derechazo demoledor que se estrelló en la boca del estómago de Kerchak.

Se tambaleó el simio que, con la mortal herida del costado parecía a punto de venirse abajo; pero hizo acopio de fuerzas con un tremendo esfuerzo y se recuperó momentáneamente, al menos el tiempo suficiente para zafarse de la mano de Tarzán que le sujetaba la muñeca y cerrar los fornidos brazos alrededor del cuerpo de su duro adversario.

Apretó contra sí al hombre—mono, mientras las ávidas mandíbulas buscaban la garganta de Tarzán, pero los acerados dedos del joven lord llegaron al propio cuello de Kerchak antes de que los inhumanos dientes pudieran acercarse a la tersa y bronceada piel.

Siguieron forcejeando así, uno tratando de arrancar la vida de su adversario clavándole los terribles colmillos, y el otro esforzándose en estrangular al simio apretándole la garganta, a la vez que mantenía apartadas de sí las rugientes fauces de la bestia.

La fuerza superior del mono fue imponiéndose poco a poco y los colmillos del esforzado simio apenas se encontraban ya a dos centímetros y medio del cuello de Tarzán cuando, con repentino estremecimiento, el cuerpo colosal de Kerchak se tensó, rígido, durante un segundo, para luego desplomarse inerte contra el suelo.

Kerchak había muerto.

Tarzán de los Monos retiró el cuchillo que le había permitido superar en combate a seres de músculos más potentes que los suyos, apoyó el pie en el

cuello del derrotado enemigo y, una vez más, el grito ululante, salvaje y triunfal del vencedor surcó los aires de la selva virgen. Así conquistó el joven lord Greystoke el trono y el título de rey de los monos.

Capítulo XII: La razón del hombre

En la tribu había alguien que se permitía poner en tela de juicio la autoridad de Tarzán. Se trataba de Terkoz, hijo de Tublat, al que, no obstante, el afilado cuchillo y las mortíferas flechas del nuevo señor del clan aconsejaban prudentemente limitar la manifestación de sus objeciones a pequeños actos de desacato y a mostrarse irritante de vez en cuando. Sin embargo, Tarzán sabía muy bien que el mono sólo esperaba que surgiese una oportunidad para arrebatarle el reinado mediante algún repentino golpe traicionero, así que el joven lord Greystoke se mantenía siempre ojo avizor, en guardia contra cualquier sorpresa.

Durante meses, la vida del reducido clan continuó desarrollándose como siempre, salvo por la circunstancia de que la mayor capacidad intelectual de Tarzán y sus habilidades cazadoras proporcionaban a la tribu un abastecimiento de vituallas más abundante. Por consiguiente, la mayoría de los integrantes de la misma se sentían contentos del cambio de jefe.

Por las noches, Tarzán los llevaba a los campos de cultivo de los negros, donde, aleccionados por las normas de sensatez que les inculcaba su señor, los monos sólo consumían lo necesario, sin destruir nunca lo que no podían comer, cosa que acostumbraban a hacer Manu, el mico, y la mayor parte de los simios.

De esa forma, aunque los negros montaban en cólera ante el continuo pillaje de sus huertos, no se sentían desalentados a ultranza en sus esfuerzos agrícolas, como hubiera ocurrido en el caso de que Tarzán dejara a su pueblo devastar a lo loco los campos de cultivo.

En el curso de ese periodo, Tarzán efectuó muchas visitas nocturnas a la aldea, donde reponía a menudo sus existencias de flechas. No tardó en observar que siempre había alimentos el pie del árbol por el que descendía al interior de la empalizada y, al cabo de cierto tiempo, se animó a comer lo que los negros dejaban allí.

Cuando los aterrados salvajes comprobaron que la comida desaparecía de la noche a la mañana, la consternación y el temor llenaron su ánimo, porque una cosa era depositar una ofrenda de alimentos para ganarse la buena voluntad de un dios, o de un diablo, y otra muy distinta que el espíritu en

cuestión se presentase dentro de la aldea y se comiera los alimentos que ellos dejaban. Tal cosa era algo insólito y en las supersticiosas mentes de los negros se formaron nubarrones de inconcretos temores.

Y eso no era todo. Las periódicas desapariciones de flechas y las extrañas jugarretas que perpetraban manos invisibles, les habían puesto en tal estado de nervios que la vida en aquella nueva colonia que habían fundado se convirtió en una carga pesadísima, hasta el punto de que Mbonga y su estado mayor empezaron a sugerir la conveniencia de abandonar la aldea y buscar en el interior de la selva otro paraje apropiado.

Los guerreros negros empezaron entonces a alejarse más y más hacia el sur, en sus expediciones de caza, y se aventuraron en el corazón de la jungla, a la búsqueda de un lugar idóneo para levantar una nueva aldea.

Aquellos cazadores errantes molestaron cada vez con más frecuencia a la tribu de Tarzán. La tranquilidad, la adusta soledad de la selva virgen se veía ahora turbada por nuevos y extraños gritos. Ya no hubo seguridad para las aves ni para las fieras. Había llegado el hombre. Hubo un tiempo en que otros animales recorrían día y noche la selva —animales feroces y crueles— pero sus vecinos más débiles se limitaban a huir, a alejarse de su proximidad para volver cuando el peligro había pasado.

Con el hombre es distinto. Cuando llega, muchos de los grandes animales se alejan instintiva y totalmente de la zona, y en raras ocasiones vuelven a aparecer por allí; así ha ocurrido siempre con los grandes antropoides. Huyen del hombre como el hombre huye de la peste.

Durante una breve temporada, el clan de Tarzán permaneció en las proximidades de la playa, porque al nuevo jefe de la tribu no le hacía ninguna gracia alejarse para siempre del tesoro que albergaba la pequeña cabaña. Pero un día, cuando un miembro de la tribu avistó una gran partida de negros en las orillas de un arroyuelo que los monos llevaban generaciones utilizando como abrevadero y observó que estaban abriendo una explanada en la selva y levantando muchas chozas, los simios comprendieron que ya no podían seguir allí: de modo que Tarzán se vio obligado a conducirlos selva adentro, a lo largo de varias jornadas, hasta un punto no hollado aún por los seres humanos.

Cada luna, Tarzán se desplazaba velozmente a través de las ramas de los árboles para pasar un día con sus libros y para reponer su arsenal de flechas. Esta última labor le resultaba cada vez más difícil de cumplir porque los negros habían adoptado la costumbre de guardar por la noche sus existencias en los graneros y en las chozas donde vivían.

De modo que a Tarzán no le quedaba más remedio que pasarse el día espiando a los indígenas para averiguar dónde ocultaban las flechas.

En dos ocasiones entró durante la noche en otras tantas chozas, mientras sus habitantes dormían encima de sus catres, y robó las flechas del mismo costado de los guerreros. Pero comprendió que tal sistema era excesivamente arriesgado, así que empezó a sorprender a cazadores solitarios, a los que enlazaba por el cuello con el mortal nudo corredizo. Luego les quitaba las armas y adornos para, finalmente, dejar caer sus cadáveres desde lo alto de un árbol en medio de la calle de la aldea, durante las noches de tranquila vigilancia.

La reanudación de aquellas incursiones volvió a aterrorizar a los negros de tal suerte que, a no ser porque entre una y otra existía un mes de respiro, durante el cual los indígenas contaban con la esperanza de que cada incursión hubiera sido la última, pronto hubieran abandonado también la flamante aldea recién construida.

Los negros aún no habían llegado a la playa donde estaba la cabaña de Tarzán, pero el hombre—mono vivía con el alma en vilo, en constante temor de que, durante algún periodo en que se encontrase lejos de allí, con la tribu, una patrulla de indígenas descubriera su tesoro y le despojara de él. A causa de ello, pasaba cada vez más tiempo en las cercanías de la última morada de su padre, y cada vez menos con el clan. Hasta que los miembros de su pequeña comunidad empezaron a protestar por el abandono en que los tenía su jefe, dado que entre ellos surgían continuas querellas, riñas y disputas que sólo el rey podía solventar por la vía pacífica.

Al final, unos cuantos monos de edad plantearon la cuestión a Tarzán y, éste permaneció un mes completo con la tribu.

Los deberes que imponía el reinado entre los antropoides tampoco eran muchos, ni espinosos, ni difíciles de solventar.

Posiblemente, por la tarde se presente Thaka, para quejarse de que Mungo le ha quitado su nueva esposa. Tarzán entonces ordena que comparezcan todos ante él y, si descubre que la nueva esposa en cuestión prefiere a su nuevo señor, decreta que sigan las cosas como están. O puede que Mungo entregue un par de hijas suyas a Thaka, a guisa de intercambio.

Sea cual fuere la decisión de Tarzán, los monos la aceptan, dándola por definitiva, y todo el mundo vuelve satisfecho a sus ocupaciones habituales.

Llega luego Tana, lloriqueando a gritos y oprimiéndose un costado, por el que mana sangre. Gunto, su marido, ¡le arreó un mordisco bestial! Y Gunto, convocado de inmediato, alega que Tana es perezosa, que nunca le lleva nueces ni escarabajos, ni le rasca la espalda.

Así que Tarzán abronca a la pareja, amenaza a Gunto con hacerle probar el sabor de sus mortíferas astas puntiagudas si sigue maltratando a Tana y obliga

a ésta a prometer que, en adelante, cumplirá concienzuda y esmeradamente sus deberes de esposa.

Y así, se trataba en general de pequeñas diferencias familiares que, si no se zanjaban en seguida, podían desembocar en cuestiones más graves e incluso en la disgregación de la tribu.

Pero Tarzán se cansó de todo aquello en cuanto se dio cuenta de que restringía su libertad. Añoraba su pequeña cabaña y el océano acariciado por el sol... la fresca temperatura del interior de la bien construida casa y las infinitas maravillas que encerraban los numerosos libros.

Descubrió que, a medida que se desarrollaba física y mentalmente, se iba sintiendo más alejado de su clan. Sus gustos eran cada vez más distantes de los de los simios. Los monos no mantenían el mismo ritmo que él, ni podían comprender los innumerables, extraños y maravillosos sueños que se creaban y recreaban en el dinámico cerebro de su rey humano. Tan reducido era el vocabulario de los simios que a Tarzán no le era posible comentar con ellos el cúmulo de nuevas verdades y los extensos campos de ideas que la lectura había desplegado ante los anhelantes ojos del hombre—mono, del mismo modo que ignoraban las ambiciones que se agitaban en su espíritu.

En la tribu ya no tenía amigos entre los de su edad, como antes. Un niño pequeño puede jugar y sentirse compañero de muchas criaturas extrañas y sencillas, pero un hombre adulto ha de encontrar cierta igualdad a nivel intelectual como base para una relación que le resulte gratificante.

De vivir Kala, Tarzán hubiera sacrificado todo lo demás por permanecer cerca de ella, pero la mona había muerto y los juguetones amigos de la infancia habían crecido y eran seres feroces y hoscos, por lo que el hombre mono prefería con mucho la paz y la soledad de su cabaña a las fastidiosas obligaciones que comportaba la jefatura sobre una turba de fieras salvajes.

El odio y la envidia que le profesaba Terkoz, el hijo de Tublat, tuvo la culpa, en gran parte, de que Tarzán no renunciara, como era su deseo, a reinar entre los monos, porque, al ser un testarudo joven inglés, no podía retirarse ante un enemigo tan malévol.

Tarzán sabía perfectamente que, en cuanto él se marchara, elegirían jefe de la tribu a Terkoz, porque una y otra vez, aquel bárbaro animal dejó bien sentada su superioridad física sobre los monos machos que se atrevieron a plantarle cara, tras sentirse ofendidos por sus salvajes intimidaciones.

A Tarzán le hubiera gustado dar una lección a aquella bestia antipática sin recurrir al cuchillo y a las flechas. Su agilidad y fortaleza habían aumentado tanto durante el periodo subsiguiente a la madurez que hasta llegó a tener el convencimiento de que le sería posible dominar al peligroso Terkoz en una

lucha a brazo partido, si no fuese por la tremenda ventaja que su formidable dentadura confería al antropoide sobre él, en el aspecto físico, escasamente armado Tarzán.

La cuestión quedó fuera de las manos de Tarzán cuando un día, intervino la fuerza de las circunstancias, y el futuro quedó despejado para lord Greystoke, de forma que tuvo ante sí la posibilidad de marcharse o de quedarse, sin que la decisión que adoptara, fuera cual fuese, constituyera una mancha en su salvaje blasón.

Sucedió así:

La tribu comía tranquilamente, diseminada sobre una extensión considerable, cuando restalló un grito a cierta distancia, al este de donde se encontraba Tarzán, tendido boca abajo, a la orilla de un claro arroyo, dedicado a la entretenida tarea de agarrar con sus rápidas y bronceadas manos un pez de lo más escurridizo.

Al unísono, toda la tribu volvió rápidamente la cabeza en dirección al punto donde había sonado el grito de terror. Todas las miradas convergieron en Terkoz, que tenía agarrada por el pelo a una hembra vieja y decrepita sobre la que descargaba despiadadamente furiosos golpes con sus enormes manazas.

Tarzán se acercó y alzó la mano indicando a Terkoz que dejase de sacudir a la anciana simia, porque aquella hembra no era suya, sino que pertenecía a un pobre mono caduco cuyos días de luchador quedaban muy lejos en el tiempo y que, por lo tanto, no podía proteger a su familia.

Terkoz estaba perfectamente enterado de que pegar a una hembra de otro infringía las leyes de su especie, pero como era un matasiete pendenciero aprovechó el desvalimiento del marido para ensañarse con la hembra porque ésta se negó a entregarle un roedor tierno que la anciana había capturado.

Al ver que Tarzán se acercaba sin sus flechas, Terkoz continuó sacudiendo a la pobre simia, con la calculada intención de agraviar al odiado jefe. Tarzán no repitió su señal de advertencia, sino que, por el contrario, se precipitó sobre el expectante y preparado Terkoz.

El hombre—mono no se había enzarzado en una pelea tan terrible como aquella desde la remota fecha en que Bolgani, el ciclópeo gorila rey, le infligió un severo castigo antes de que, más por casualidad que por otra cosa, Tarzán le clavase en el corazón el entonces recién encontrado cuchillo.

Esta vez, sin embargo, el cuchillo apenas equilibraba la eficacia asesina de los relucientes colmillos de Terkoz, mientras la escasa ventaja que el simio tenía sobre el hombre, en cuanto a fuerza bruta, casi quedaba compensada por la espléndida agilidad y rapidez de movimientos de este último. En el cómputo

total de condiciones a favor y en contra, el antropoide contaba con una mínima ventaja en el combate y, de no existir otros atributos personales susceptibles de influir en el resultado final, Tarzán de los Monos, el joven lord Greystoke, hubiera muerto tal como había vivido: como una desconocida criatura salvaje del África ecuatorial.

Pero contaba con algo que lo situaba por encima de sus compañeros de la selva, esa chispa que constituye la radical diferencia existente entre el hombre y la bestia: la razón, la facultad de discurrir. Eso fue lo que le salvó de perecer entre los músculos de hierro y bajo los desgarradores dientes de Terkoz.

No llevaban una docena de segundos de forcejeo cuando ya rodaban por el suelo, golpeando, arañando, rasgando... como dos bestias feroces que pelean a muerte.

Terkoz presentaba diez o doce cuchilladas en la cabeza y en el pecho; del cuerpo de Tarzán manaba sangre de varias heridas y tenía medio arrancado el cuero cabelludo, de forma que una buena parte de él le caía sobre un ojo y le impedía la visión.

Pero el joven inglés se las había arreglado para mantener apartados de su yugular los terribles colmillos, y entonces, cuando los combatientes se concedieron un respiro para recuperar el aliento y la ferocidad del combate remitió momentáneamente, Tarzán ideó un astuto plan. Se las ingeniaría para situarse a la espalda de Terkoz, se aferraría a ella con uñas y dientes y acuchillaría repetidamente a su adversario, hasta acabar con el último hálito de vida del mono.

Llevó a cabo la maniobra con más facilidad de lo que había esperado, porque aquel estúpido animal, ignorante por completo de las intenciones de Tarzán, no efectuó ningún esfuerzo especial para impedir el cumplimiento de lo que su enemigo se proponía.

Pero cuando, finalmente, se percató de que Tarzán se le había pegado por detrás, de forma que a él, Terkoz, no le era posible alcanzarle con los dientes ni los puños, el simio se arrojó al suelo con tal violencia que lo único que pudo hacer Tarzán fue agarrarse desesperadamente a aquel cuerpo que giraba, se retorció y brincaba con frenética brusquedad. Y antes de que le fuera posible asestar la primera puñalada, el cuchillo se le escapó de la mano a causa del impacto contra el suelo. Tarzán se encontró indefenso.

Durante los tumbos y forcejeos de los minutos siguientes, Tarzán tuvo que soltar su presa una docena de veces, hasta que, por último, se le presentó una circunstancia favorable en el curso de las rápidas y continuas evoluciones y se encontró con que la mano derecha tenía sujeto a su enemigo de forma que éste no podía zafarse de ninguna manera.

Había pasado el brazo por debajo de la axila de Terzok, por la espalda del mono, y el antebrazo de Tarzán se ceñía al cuello de su adversario. Era lo que en la lucha libre moderna se llama llave Nelson, una presa que el hombre—mono descubrió sin que nadie se la enseñara, pero cuyo valor comprendió en seguida, gracias a su superior capacidad de raciocinio. Allí estaba, para él, la diferencia entre la vida y la muerte.

En consecuencia, bregó para repetir la presa con el brazo y la mano izquierdos e, instantes después, el cuello de Terzok crujía sometido a la presión de una doble Nelson.

Ya no daban vueltas ni se retorcían. Ambos estaban completamente inmóviles en el suelo, con Tarzán sobre la espalda de Terzok. Poco a poco, la cabeza en forma de bala del simio se veía obligada a hundirse cada vez más en el pecho.

Tarzán sabía ya cuál iba a ser el resultado. El cuello del mono no tardaría en romperse. Entonces acudió en socorro de Terzok el mismo factor que le había colocado en aquel trance doloroso: la capacidad de razonamiento del hombre.

«Si le mato —pensó Tarzán—, ¿qué beneficios va a reportarme? ¿No privaré a la tribu de un gran luchador? Por otra parte, si Terzok muere, no se enterará de mi superioridad, mientras que vivo será un ejemplo para los demás monos.»

¿Kagoda? —siseó Tarzán al oído de Terzok, que, traducido del lenguaje de los monos, en versión libre, significa: «¿Te rindes?».

Pasaron unos segundos sin que el mono respondiera y Tarzán incrementó ligeramente la presión, lo que arrancó un aterrado alarido de dolor al gigantesco simio.

—¿Kagoda? —repitió Tarzán.

—¡Kagoda! —chilló Terkoz.

—Escucha —dijo Tarzán, y aflojó un poco, aunque sin soltar la presa—. Yo soy Tarzán, rey de los monos, poderoso cazador, gran luchador. En toda la selva no hay nadie tan formidable. Te has dado por vencido al decirme: «Kagoda».

—Toda la tribu lo oyó.

—No busques más pelea con tu rey ni con tus prójimos, porque la próxima vez te mataré. ¿Entendido?

—Huh —asintió el mono.

—¿Estás conforme?

—Huh —repitió el simio.

Tarzán le soltó y al cabo de unos minutos todos habían vuelto a sus ocupaciones como si no hubiese ocurrido nada susceptible de alterar la calma de sus refugios en la selva virgen.

Pero en lo más profundo del cerebro de los simios había arraigado ya el convencimiento de que Tarzán era un luchador poderoso y una extraña criatura. Extraña porque había tenido en su mano la posibilidad de matar a un enemigo y le permitió seguir viviendo...

Aquella tarde, cuando la tribu se reunió, como era habitual antes de que la oscuridad cayese sobre la jungla, Tarzán —que ya se había lavado las heridas en las aguas de un arroyo— convocó a los machos ancianos.

—Hoy habéis vuelto a comprobar que Tarzán de los Monos es el más grande de la tribu —declaró. —Huh —respondieron a coro—. Tarzán es grande.

—Tarzán —continuó el joven lord Greystoke— no es un mono. No es como vosotros. Su condición no es vuestra condición, así que Tarzán va a volver al cubil de los de su misma especie que está junto a las aguas del gran lago que no tiene orilla al otro lado. Debéis elegir otro jefe que os gobierne, porque Tarzán no volverá.

Y así fue como el joven lord Greystoke dio el primer paso hacia el objetivo que se había fijado: encontrar otros hombres blancos como él.

Capítulo XIII: Su propia especie

A la mañana siguiente, renqueante y dolorido a causa de las heridas que sufrió en el curso del combate con Terkoz, Tarzán emprendió la marcha rumbo al oeste, donde se encontraba la costa. Avanzaba muy despacio, durmió aquella noche en la selva y llegó a la cabaña al otro día, muy entrada la mañana.

Durante varias jornadas apenas salió de ella, sólo lo imprescindible para recoger frutos con los que satisfacer las exigencias del estómago.

Al cabo de diez días se encontraba de nuevo casi en perfectas condiciones físicas, con la salvedad de una terrible herida a medio cicatrizar, que empezaba sobre el ojo izquierdo, se alargaba a través de la parte superior de la cabeza y concluía en la oreja derecha. Era la señal que dejó Terkoz cuando le desgarró el cuero cabelludo.

Durante el periodo de convalecencia, Tarzán probó a confeccionarse un manto con la piel de Sabor, que había permanecido en la cabaña todo aquel tiempo. Pero se encontró con que la piel, al secarse, se había puesto rígida como una tabla y como Tarzán no tenía la más remota idea acerca del arte de curtir, se vio obligado a abandonar su querido proyecto.

Luego decidió apoderarse de las prendas que pudiese quitar a algunos guerreros negros de la aldea de Mbonga, porque Tarzán de los Monos había resuelto establecer la evolución del hombre desde los estadios inferiores, por todos los medios que estuvieran a su alcance, y las ropas y adornos le parecían el mejor distintivo de humanidad.

A tal fin, por consiguiente, reunió los diversos atavíos ornamentales de brazos y piernas que había tomado de los guerreros negros que sucumbieron a su lazo rápido y silencioso, y se los puso todos, dispuestos tal como viera que los llevaban sus antiguos dueños.

Se colgó del cuello la cadena de oro con el guardapelo de su madre, lady Alice, engarzado en diamantes. A la espalda, la aljaba con sus flechas, colgada de una correa de cuero, otra pieza producto del botín arrebatado a algún negro que sacrificó.

Alrededor de la cintura, una correa de tiras de cuero crudo, que él mismo se había hecho para sujetar en ella la tosca funda en que envainaba el cuchillo de monte de su padre. El largo arco que perteneció a Kulonga colgaba ahora de su hombro izquierdo.

El joven lord Greystoke constituía realmente una extraña y bélica figura, con la mata de negro pelo cayéndole por detrás de los hombros y el flequillo sobre la frente, cortado de cualquier manera con el cuchillo para que los cabellos no llegaran a ponerse delante de los ojos.

Su figura erguida y perfecta, musculosa como pudiera ser la de los antiguos gladiadores romanos y, no obstante, con las suaves y sinuosas curvas de un dios griego, denotaban ya a primera vista que aquel cuerpo era una espléndida combinación de fuerza poderosa, flexible agilidad y dinámica rapidez.

Tarzán de los Monos era la personificación del hombre primitivo, del cazador, del guerrero. Con la enorme elegancia de su hermosa cabeza sobre los amplios hombros y el ígneo resplandor de la vida y la inteligencia en las pupilas de sus ojos claros, muy bien podía encarnar algún semidiós de un pueblo salvaje y guerrero, desaparecido mucho tiempo atrás, señor de aquella antigua selva virgen.

Pero ni por asomo pensaba Tarzán en tales cosas. Lo que le preocupaba era que carecía de prendas de vestir para anunciar a todos los habitantes de la

jungla que él era un hombre y no un mono; y a veces le asaltaban serias dudas acerca de si, a pesar de todo, no acabaría convirtiéndose en un simio.

¿No empezaba a salirle pelo en la cara? Todos los monos tenían la cara cubierta de pelo, pero los hombres negros eran todos barbilampiños, con escasas excepciones.

La verdad es que había visto en los libros imágenes de hombres con abundantes masas de pelo sobre el labio, en las mejillas y en el mentón, pero, a pesar de todo, Tarzán no las tenía todas consigo. Casi todos los días se pasaba el filo del cuchillo por el rostro y se rapaba la incipiente barba para erradicar aquel degradante indicio de la condición de simio.

Así aprendió a afeitarse; rústica y dolorosamente, cierto, pero también con eficacia.

Cuando volvió a sentirse fuerte, tras el sangriento combate con Terkoz, Tarzán se puso en camino hacia el poblado de Mbonga. Caminaba descuidadamente por el serpenteante sendero, en vez de desplazarse a través de los árboles, cuando de súbito se dio de manos a boca con un guerrero negro.

La expresión de sorpresa que decoró el semblante del indígena resultó casi cómica y antes de que Tarzán se descolgara el arco del hombro, el negro había dado media vuelta y huía, a todo correr por el camino, al tiempo que lanzaba gritos de alarma como si tratara de avisar a otros que avanzasen de cara a él.

Tarzán trepó a los árboles para emprender la persecución y al cabo de un momento divisó a los hombres que trataban desesperadamente de escapar.

Eran tres y corrían como posesos, en fila india, entre la exuberante maleza de la selva. Tarzán los adelantó sin dificultad y sin que ninguno de ellos se percatase de que pasaba por encima de sus cabezas, como tampoco observaron la presencia de la figura agazapada en una rama por debajo de la cual se deslizaba el sendero por el que corrían.

Tarzán dejó pasar a los dos primeros y, cuando el tercero llegó al punto adecuado, en la vertical de donde él se encontraba, el silencioso nudo corredizo descendió se ciñó alrededor del cuello del negro. Un seco tirón y la cuerda se puso tensa.

La víctima exhaló un grito angustiado y sus compañeros se volvieron para ver el cuerpo que se retorció mientras se elevaba como por arte de magia y luego, despacio, desaparecía engullido por la enramada.

Entre gritos aterrados, los dos negros dieron otra vez media vuelta y reanudaron su esforzada carrera hacia la escapatoria.

Tarzán liquidó rápida y silenciosamente al prisionero; le quitó las armas y

los adornos y —¡ah, qué alegría más inmensa!— un precioso taparrabos de ante, que inmediatamente transfirió a su propia persona.

Ahora vestía ya como debía de vestir un hombre. Nadie podría dudar de su origen. Lo que le hubiera gustado regresar a la tribu y exhibir ante las envidiosas miradas de los monos aquella prenda de maravilla.

Se echó el cadáver al hombro y se dirigió, ahora más despacio, a través de los árboles hacia la aldea, porque de nuevo necesitaba flechas.

Al acercarse al recinto de la empalizada vio que un grupo de indígenas excitados rodeaba a los dos fugitivos, quienes, temblorosos de miedo y agotamiento, apenas tenían resuello para contar los misteriosos detalles de su aventura.

Explicaron que Mirando, que iba a escasa distancia, por delante de ellos, volvió informándoles a gritos de que un terrible guerrero blanco le perseguía. Los tres emprendieron automáticamente el regreso hacia la aldea a la máxima velocidad que podían llevarles las piernas.

El alarido de pánico cerval que emitió Mirando les hizo volverse de nuevo y entonces sus ojos contemplaron una escena de lo más espantoso: el cuerpo de su compañero voló hacia las ramas de los árboles, batiendo el aire con los brazos y las piernas, mientras por la boca abierta le salía toda la lengua. Y desapareció en el follaje de las alturas. No oyeron ningún otro sonido ni vieron a ser alguno cerca de Mirando.

El estado de pavor que alcanzaron los aldeanos los situó al borde de la desesperación, pero el prudente anciano Mbonga adoptó una actitud escéptica respecto a la historia y atribuyó todo aquel relato a la imaginación y al miedo que experimentaron los guerreros ante un peligro que no tenía nada de sobrenatural.

—Nos venís con ese cuento tan bonito —dijo— porque no os atrevéis a confesar la verdad. No os atrevéis a reconocer que cuando un león saltó sobre Mirando, le abandonasteis y escapasteis a todo correr. Sois un par de cobardes.

Apenas había terminado Mbonga de hablar cuando se oyó un gran chasquido de ramas y los negros alzaron la vista, con renovado terror. Lo que vieron sus ojos hizo que hasta el sensato Mbonga se estremeciera, porque de las alturas, girando y retorciéndose, cayó el cuerpo de Mirando, que, con escalofriante impacto, fue a estrellarse contra el suelo, a los pies de los reunidos. Todos a una, los negros emprendieron rápida huida, sin detenerse hasta que el último se hubo perdido entre las tupidas sombras de la jungla circundante.

Una vez más, Tarzán descendió al poblado, renovó sus existencias de

flechas y comió la ofrenda de alimentos que los salvajes le brindaban para aplacar su ira.

Antes de marcharse trasladó el cadáver de Mirando hasta el portón de la aldea y lo apoyó en la empalizada de forma que el guerrero negro diera la impresión de estar mirando por encima del borde de aquel acceso, como si observase el camino que conducía a la selva.

Luego, Tarzán emprendió el regreso a la cabaña de la playa, siempre cazando por el camino. Los aterrados negros tuvieron que intentarlo tres veces antes de hacer acopio del valor suficiente para pasar junto a la espantosa sonrisa, la horrible mueca, que decoraba el semblante de su difunto compañero y entrar de nuevo en la aldea... donde se encontraron con que la comida y las flechas habían desaparecido. Lo cual les hizo comprender, aterrorizados, que Mirando había visto al perverso espíritu de la selva.

Les pareció que aquello era la explicación lógica. Sólo molían quienes contemplaban al pavoroso dios de la jungla. Porque, ¿verdad que ningún habitante vivo de la aldea lo había visto? Por lo tanto, aquellos que murieron en sus manos debió de ser porque le vieron y ese era un delito que se pagaba con la vida.

En tanto proporcionaran al dios flechas y alimento, no les causaría ningún daño, a menos que posaran sus ojos sobre él, de modo que Mbonga ordenó que, además de la ofrenda de víveres a aquel Munango—Keewati, había que añadir otra de saetas. Y así se hizo a partir de entonces.

Si por casualidad alguna vez pasáis por esa remota aldea de África, observaréis que, delante de una choza pequeña, justo a la salida del poblado, hay un puchero de hierro con cierta cantidad de comida y, junto a él, un carcaj de flechas con la punta impregnada de veneno. Cuando Tarzán llegó a la playa donde se alzaba su cabaña, un extraño e insólito espectáculo se ofreció a sus ojos.

En las apacibles aguas del puerto natural flotaba un enorme barco y sobre la arena de la playa había una barca varada.

Pero lo más maravilloso de todo era que entre la barca y la cabaña se movían cierto número de hombres.

Tarzán observó que, en muchos aspectos, aquellos hombres eran semejantes a los que había visto en los libros ilustrados. Se fue aproximando por los árboles, hasta situarse prácticamente encima de ellos.

Eran diez individuos de piel bronceada, curtida por el sol, y de catadura más bien patibularia. Estaban congregados cerca de la barca y discutían a voces, en tono agrio, al tiempo que gesticulaban y agitaban los puños en plan

de amenazadores perdonavidas.

Entonces, uno de ellos, un sujeto escuchimizado de cuerpo, de semblante ruin, cubierto de espesa barba negra y expresión canallesca —rostro que le recordó a Tarzán el de Pampa, la rata— apoyó la mano en el hombro del individuo que estaba a su lado y con el que todos los demás habían estado teniéndoselas tiesas.

El hombre tirando a canijo señaló con el índice tierra adentro y el gigante se apartó un poco de los otros para mirar en la dirección que se le indicaba. En cuanto el coloso se dio la vuelta, el tipo de rostro ratonil tiró de revólver y le descerrajó un balazo por la espalda.

El gigantón alzó las manos por encima de la cabeza, se le doblaron las rodillas y, sin el menor ruido, cayó de bruces sobre la arena de la playa, muerto.

La detonación del revólver, la primera que oía Tarzán, le dejó atónito, pero ni siquiera aquel estruendo desacostumbrado pudo alterar la calma de sus nervios de acero poniendo en ellos el más leve asomo de temor.

El comportamiento de aquellos blancos desconocidos le produjo la mayor preocupación. Enarcó las cejas en gesto de profunda reconcentración mental. Pensó que había obrado muy cuerdamente al no ceder a su primer impulso de precipitarse hacia aquellos hombres blancos para darles la bienvenida y acogerlos como hermanos.

Saltaba a la vista que no eran muy distintos de los hombres negros, no más civilizados que los monos, ni menos crueles que Sabor.

Durante unos instantes, los recién llegados permanecieron inmóviles, con la mirada sobre el individuo con cara de roedor y el gigante muerto tendido boca abajo en la playa.

Luego, uno de ellos soltó la carcajada y palmeó en la espalda al hombrecillo del revólver. A continuación, volvieron a charlotear y gesticular, pero sin armar gresca.

Entonces botaron la barca al mar, subieron todos a ella y remarón hacia el gran buque, en cuya cubierta vio Tarzán que se movían otras figuras.

Cuando todos hubieron subido a bordo de la nave, Tarzán se dejó caer al suelo, por detrás de un árbol, y se deslizó hasta la cabaña, poniendo buen cuidado en que ésta se interpusiera siempre entre él y el barco.

Al franquear la puerta descubrió que lo habían registrado todo. Sus libros y sus lápices aparecían esparcidos por el suelo. Las armas, los escudos y los demás objetos que constituían su pequeño acopio de tesoros estaban diseminados por todas partes.

Una oleada de indignación invadió el ánimo de Tarzán al contemplar el desorden organizado por aquellos individuos, la reciente cicatriz de su frente se convirtió de pronto en un resalto rojo, en una barra carmesí que destacaba sobre la atezada piel.

Se dirigió rápidamente al armario y buscó en el fondo del cajón inferior. ¡Ah!, exhaló un suspiro de alivio al encontrar la cajita metálica y, al abrirla, comprobó que sus tesoros más preciados seguían allí incólumes.

El retrato del sonriente joven de facciones enérgicas y el enigmático libro de tapas negras seguían como si nada.

¿Qué ha sido eso?

Su oído rápido y agudo había captado un ruido leve, pero que no le resultaba familiar. Se llegó a la ventana en dos zancadas, miró hacia la bahía y vio que por un costado del buque bajaban una barca, que iba a situarse junto a otra que ya estaba en el mar. Observó que, al instante, por los lados del gran buque descendían muchos hombres, que se dejaban caer dentro de las barcas. Volvían con todos sus efectivos.

Tarzán permaneció un momento más observando la operación, mientras los marineros bajaban cajas y bultos a las barcas; luego, cuando éstas se apartaron del costado del buque, el hombre mono cogió un trozo de papel y dedicó unos cuantos minutos a trazar con un lápiz varias líneas de caracteres de imprenta casi perfectos, vigorosos y bien escritos.

Clavó el letrero en la puerta, con una pequeña astilla de madera. Después recogió la cajita metálica y todas las flechas y venablos que podía llevar, franqueó precipitadamente la puerta y desapareció en la selva.

Cuando las dos barcas atracaron en la plateada arena de la playa, el grupo de seres humanos que saltó a tierra era de lo más heterogéneo.

Unas veinte almas serían, quince de las cuales eran marineros de aire tosco e innoble. Los demás miembros de la partida tenían un aspecto muy distinto. Uno era un hombre entrado en años, de cabellos y gafas de gruesa montura. Sus hombros, ligeramente caídos, se cubrían con una levita de corte deficiente, aunque immaculada, y la chistera de rutilante seda con que se tocaba, añadía una nota más a la incongruencia de su atuendo en una selva africana.

El segundo integrante del grupo que echó pie a tierra era un joven alto, con pantalones de dril blanco; le seguía otro hombre de edad, de frente despejada y modales nerviosos y remilgados. Tras ellos se bajó de la barca una negra de enormes proporciones, con un vestido de colores chillones. Sus grandes ojos giraban en las órbitas, dando muestras inequívocas del terror que embargaba a la mujer, que miró primero hacia la jungla y luego a la cuadrilla de marineros,

que no cesaban de soltar tacos mientras desembarcaban las cajas y los fardos.

El último miembro de la partida era una muchacha de unos diecinueve años, a la que el joven, que se había quedado en la parte de proa de la barca, cogió en peso y la trasladó a tierra sin que se mojara. La chica le dirigió una preciosa sonrisa de agradecimiento, pero no intercambiaron palabra. El grupo echó a andar en silencio hacia la cabaña. No cabía la menor duda de que, cualesquiera que fuesen sus intenciones, todo lo habían decidido antes de abandonar el buque. Llegaron a la puerta, en primer lugar los marineros cargados con las cajas y los fardos e, inmediatamente después, las cinco personas que, desde luego, pertenecían a una clase social distinta. Los hombres descargaron los bultos y uno de ellos reparó en la nota que Tarzán había clavado en la puerta.

—¡Eh, camaradas! —exclamó—. ¿Qué es eso? Si ese papel estaba ahí hace una hora, me merendaré al cocinero.

Los demás se arremolinaron tras él y estiraron el cuello por encima del hombro de los que estaban delante, pero eran pocos los que sabían leer y, al cabo de un rato de laboriosos esfuerzos, uno de ellos acabó por dirigirse al anciano de la levita y la chistera.

—¡Eh, profe! —llamó—. Échese p'alante y léanos esta puñetera nota.

Ante tal invitación, el aludido se acercó despacio al punto donde se arracimaban los marineros, seguido por los restantes miembros de la partida. El anciano se ajustó las gafas, observó el letrado durante un momento y luego se apartó de allí, mientras murmuraba para su colete:

—Extraordinario... ¡de lo más extraordinario!

—¡Eh, viejo fósil! —exigió el individuo que le había pedido ayuda en primer término—. ¿Es que cree que sólo queríamos que leyera esa pajolera nota para usted solo? Vuelva y léala en voz alta, so percebe chocho.

El anciano se detuvo, regresó sobre sus pasos y dijo:

—¡Ah, sí, mi querido señor, le pido mil perdones!. Se me fue el santo al cielo, sí... realmente se me fue el santo al cielo. ¡Extraordinario... de lo más extraordinario!

Se colocó de nuevo frente al letrado, lo leyó de cabo a rabo y hubiera vuelto a alejarse de allí, sumido en su asombrado desconcierto, de no haberle agarrado el marinero de mala manera por el cuello, para chillarle al oído:

—¡Léalo en voz alta, vejestorio imbécil de capirote! Ah, sí, claro, sí, claro —respondió el profesor en voz baja. Volvió a ajustarse las gafas y leyó en voz alta—:

ESTA ES LA CASA DE TARZÁN,
EL QUE HA MATADO FIERAS Y MUCHOS HOMBRES
NEGROS. NO SE OS OCURRA ESTROPEAR
LAS COSAS QUE SON DE TARZÁN.
TARZÁN VIGILA.
TARZÁN DE LOS MONOS

—¿Quién diablos es ese Tarzán? —preguntó el marino que había hablado el primero.

—Es evidente que habla inglés —observó el joven.

—¿Pero qué significa «Tarzán de los Monos»? —interrogó la muchacha.

—No tengo ni idea, señorita Porter —respondió el joven—. A no ser que hayamos encontrado un simio huido del Parque Zoológico de Londres y que haya vuelto a su hogar de la selva con una educación europea. —Añadió, dirigiéndose al anciano—: ¿Qué opina, profesor Porter?

—¡Pero, papá! —exclamó la muchacha—. ¡Aún no nos has aclarado nada!

—Bueno, bueno, bueno, pequeña. Vale, vale —repuso el profesor Porter, en tono amable e indulgente—. No te rompas la preciosa cabecita con problemas más o menos insolubles.

El hombre se alejó de nuevo, en otra dirección, clavada la vista en el suelo, entrelazadas las manos a la espalda, por debajo de los ondulantes faldones de la levita.

—Me parece que ese viejo chalado sabe del asunto tanto como nosotros —rezongó el marinero de cara de rata.

—¡Modera tu lenguaje! —advirtió el joven, lívido de cólera el rostro a causa del tono insolente del marinero—. Has asesinado a nuestros oficiales y nos has robado. Estamos completamente en tu poder, pero, o tratas al profesor y a la señorita Porter con el debido respeto o te romperé el cuello con mis propias manos... llèves o no llèves armas de fuego.

El joven se colocó frente al marinero de semblante ratonil, tan ominosamente cerca que, aunque el tipejo llevaba dos revólveres y un cuchillo de aspecto criminal, retrocedió amilanado.

—¡Maldito cobarde! —increpó el mozo—. Nunca te atreves a disparar contra un hombre hasta que te da la espalda. Pero a mí no te atreverás a matarme a traición...

El joven dio la espalda ostentosamente al marinero y se fue alejando

despacio, con despectivo aplomo, como si pusiera a prueba al bellaco.

La mano del marinero descendió subrepticamente hacia la empuñadura de uno de los revólveres; en sus malévolos ojillos centelleó un fulgor vengativo, mientras el joven inglés se retiraba. La mirada de sus compinches se mantenía fija, expectante, sobre él, pero el ruin marinero titubeaba. En el fondo de su ánimo aquel malandrín era incluso más cobarde de lo que había supuesto el joven caballero William Cecil Clayton.

A través de la enramada de un árbol próximo, dos ojos no se habían perdido de los movimientos de la partida. Tarzán comprobó la sorpresa que produjo su aviso y, si bien no podía entender una palabra del lenguaje oral de aquellas personas desconocidas, los ademanes y las expresiones de sus rostros le explicaron un montón de cosas.

El homicidio perpetrado por el marinero de cara de rata sobre uno de sus compañeros despertó en Tarzán un sentimiento de profunda animadversión y al ver después que disputaba con aquel joven apuesto y bien parecido, la animosidad del hombre mono hacia el vil sujeto volvió a cobrar vida. Era la primera vez que Tarzán comprobaba los efectos de un arma de fuego, aunque algo había aprendido en los libros sobre el particular y cuando observó que el individuo de rostro ratonil acariciaba la culata del revólver temió ver cómo caía asesinado el joven, igual que lo fuera el marinero corpulento un poco antes, aquel mismo día.

Eso le indujo a colocar una flecha envenenada en el arco y apuntar al sujeto de cara de rata, pero el follaje era tan tupido que en seguida comprendió que las hojas o alguna rama pequeña desviaría la trayectoria de la saeta. Así que cambió de idea y, en vez de la flecha, disparó desde su alta atalaya un sólido venablo.

Clayton apenas había dado una docena de pasos. El marinero de cara de roedor tenía el revólver a medio desenfundar; los demás tripulantes del barco contemplaban la escena con hipnotizada atención. El profesor Porter había desaparecido dentro de la jungla, seguido del inquieto Samuel T. Philander, secretario y ayudante suyo.

Esmeralda, la negra, se atareaba tratando de localizar el equipaje de su señora, entre el cúmulo de cajas y bultos amontonados junto a la puerta, y la señorita Porter se disponía a ir en pos de Clayton, cuando algo la hizo volver la cabeza para mirar al marinero de cara de rata.

Tres cosas sucedieron entonces casi simultáneamente. El marinero desenfundó el revólver y dirigió la boca del cañón a la espalda de Clayton; la señorita Porter lanzó un grito de advertencia y un largo venablo, con la punta de metal, salió disparado, surcó el aire como un rayo y atravesó de parte a

parte el hombro derecho del hombre de aspecto ratonil.

Tronó el revólver, pero la bala se perdió en el aire sin alcanzar a nadie, y el marinero soltó un chillido de aterrorizado dolor.

Clayton dio media vuelta y regresó corriendo al punto donde se desarrollaba la escena. Los marineros formaban un grupo asustado, dispuestas las armas, mientras escudriñaban la jungla. El herido se retorció en el suelo, sin dejar de emitir gritos quejumbrosos.

Sin que nadie se percatara de ello, Clayton recogió el revólver caído y se lo introdujo bajo la camisa. Después se unió a los marineros en la contemplación desconcertada de la selva.

—¿Quién puede haber sido? —murmuró Jane Porter, y el joven volvió la cabeza, para ver junto a él a la muchacha, con los ojos desorbitados por el asombro.

—Me atrevería a decir que, en efecto, Tarzán de los Monos nos está vigilando —repuso el joven con voz dubitativa—. De cualquier modo, me gustaría saber con certeza a quién iba dirigida esa jabalina. Si se la lanzó a Snipes, entonces nuestro mono es un amigo de verdad.

»¡Por Júpiter! ¿Dónde están su padre y el señor Philander? En esa jungla hay alguien, quienquiera que sea, que va armado.

El joven Clayton llamó a voz en cuello:

—¡Eh, profesor! ¡Señor Philander! No hubo respuesta.

—¿Qué vamos a hacer, señorita Porter? —prosiguió el joven, fruncido el ceño por la inquietud y la indecisión—. No puedo dejarla aquí sola con esos criminales y, desde luego, tampoco va a aventurarse conmigo por la selva. Sin embargo, alguien ha de ir en busca de su padre. Está perfectamente dotado para vagar por ahí dentro sin rumbo fijo, sin preocuparse del peligro ni de lo que le pueda esperar al final de su marcha a la buena de Dios, y lo mismo cabe decir del señor Philander. Es tan poco práctico como el profesor. Perdona mi franqueza, pero es que aquí corremos peligro y, en cuanto encontremos a su padre, hemos de hacerle comprender que no puede exponer la vida de todos, incluida la suya y la de usted, con sus despistes y distracciones continuos.

—Estoy de acuerdo —asintió la muchacha— y no me considero ofendida en absoluto. Mi padre sacrificaría su vida por mí sin un segundo de vacilación, siempre y cuando alguien consiguiera que concentrase su mente durante un segundo completo en tan frívola cuestión. Sólo hay un modo de mantenerlo seguro, sano y salvo: atarlo a un árbol. Tiene tan poco sentido práctico, el pobre.

—¡Ya lo tengo! —exclamó Clayton de pronto—. Sabe usted manejar el

revólver, ¿verdad?

—Sí, ¿por qué?

—Tengo uno. Con él, Esmeralda y usted estarán relativamente a salvo en la cabaña, mientras voy a buscar a su padre y al señor Philander. Venga, llame a Esmeralda y yo saldré corriendo. No pueden haberse alejado mucho.

Jane hizo lo que Clayton le sugirió y, cuando éste vio la puerta cerrada tras las dos mujeres, se dirigió a la jungla.

Unos marineros retiraban el venablo clavado en el hombro de su compañero herido. Clayton se acercó a ellos y les preguntó si podían dejarle prestado un revólver mientras buscaba al profesor en la selva.

Tras darse cuenta de que no se había muerto, el sujeto de la cara de rata se envalentonó lo suficiente como para escupir una andanada de tacos, en honor de Clayton, y prohibió a sus compañeros que prestasen arma de fuego alguna al joven inglés.

Aquel individuo, Snipes, había asumido la jefatura de la cuadrilla, después de haber matado al antiguo capitoste y en el breve espacio de tiempo transcurrido desde entonces se había impuesto de tal forma a sus esbirros que nadie se atrevía a discutir su autoridad.

Por toda respuesta, Clayton se encogió de hombros, pero al alejarse recogió el venablo que había atravesado a Snipes y, armado de forma tan primitiva, el hijo del entonces lord Greystoke penetró en la espesura de la jungla.

Fue pronunciando a voces, cada dos por tres, el nombre de la pareja perdida. El sonido de aquella voz fue perdiendo volumen, debilitándose paulatinamente en los oídos de las mujeres refugiadas en la cabaña de la playa, hasta que se desvaneció sofocado por la multitud de ruidos de aquella floresta primigenia.

Cuando el profesor Archimedes Q. Porter y su ayudante, Samuel T. Philander, después de que éste insistiera e insistiera, dieron media vuelta para encaminar sus pasos hacia el campamento, resultó que estaban todo lo perdidamente extraviados que dos seres humanos podían estar en aquella laberíntica maraña forestal, aunque ellos no lo sabían.

Exclusivamente por puro capricho de la fortuna se dirigieron hacia la costa occidental, en vez de hacerlo hacia Zanzíbar, situado en el lado opuesto del continente negro. Pronto llegaron a la playa, pero allí no había ningún campamento y Philander se mostró absolutamente convencido de que se encontraban al norte de su destino, cuando en realidad estaban a unos doscientos metros al sur del lugar que buscaban.

A ninguno de aquellos dos teóricos, carentes de sentido práctico, se le pasó por la cabeza la funcional idea de lanzar un par de gritos con el sano propósito de llamar la atención de sus amigos. En cambio, con toda la confianza que proporciona un razonamiento deductivo basado en una premisa errónea, el señor Samuel T. Philander asió firmemente por un brazo al profesor Archimedes Q. Porter y tiró del anciano caballero, prescindiendo de sus débiles protestas en la dirección de Ciudad del Cabo, situada a unos dos mil cuatrocientos kilómetros, por el sur.

En cuanto Jane y Esmeralda se encontraron a salvo detrás de la puerta de la cabaña, lo primero que se le ocurrió a la mujer de color fue montar una barricada por la parte de dentro. Con esa idea en la cabeza, empezó a buscar por la estancia objetos con los que ponerla en práctica; pero lo primero que vio en el interior de la cabaña arrancó un grito de terror a sus labios y, como una niña asustada, la enorme mujerona enterró la cara en el hombro de su señorita.

Al oír el chillido, Jane volvió la cabeza y descubrió la causa de aquella alarma: estaba tendida en el suelo, ante ella: el blanqueado esqueleto de un hombre. Miró un poco más allá y sus ojos tropezaron con otra osamenta, encima de la cama.

—¿En qué horrible lugar nos hemos metido? —murmuró la asustada Jane Porter. Pero, a pesar del sobresalto, no sentía verdadero pánico.

Logró desprenderse por fin del frenético abrazo de Esmeralda, la cual seguía saturando el aire de agudos chillidos, y cruzó el cuarto para echar un vistazo a la cuna. Sabía lo que iba a encontrar allí incluso antes de que el diminuto esqueleto desplegase ante ella toda su fragilidad patética y desoladora.

¡Qué espantosa tragedia proclamaban aquellos pobres huesos mudos! Un escalofrío sacudió el ánimo de Jane Porter al pensar en las nefastas eventualidades que podían esperarles en aquella siniestra cabaña, cuyo ámbito parecía estar colmado de espíritus invisibles, misteriosos y posiblemente hostiles.

El pie menudo de la muchacha repiqueteó en el suelo con impaciente rapidez, acaso para ahuyentar aciagos presagios, y Jane Porter se encaró con Esmeralda y le ordenó que dejase de gimotear.

—¡Basta ya, Esmeralda! ¡Cállate de una vez! —le gritó—. Lo único que consigues es empeorar las cosas.

Un temblor estremeció sus últimas palabras, porque pensó simultáneamente en los tres hombres de los que dependía su protección y seguridad, los cuales andaban en aquel momento errantes por las profundidades de aquella selva aterradora.

La joven descubrió en seguida que la puerta contaba con una gruesa barra de madera que permitía atrancarla por dentro y, al cabo de varios esforzados intentos, entre las dos mujeres consiguieron encajarla en su sitio, por primera vez en veinte años.

Después se sentaron en un banco, abrazadas, y aguardaron.

Capítulo XIV: A merced de la selva

Una vez Clayton desapareció en el interior de la jungla, los marineros de la amotinada tripulación del Arrow procedieron a debatir cuál sería su siguiente paso. En una cosa se pusieron todos de acuerdo en seguida: debían trasladarse ya mismo al anclado Arrow, a bordo del cual al menos se encontrarían a salvo de las jabalinas de aquel anónimo enemigo. Y mientras Jane Porter y Esmeralda permanecían resguardadas dentro de la cabaña, la medrosa tripulación de facinerosos se dirigió al buque, remando a toda prisa en los dos botes en que se llegaron a tierra.

Tarzán había presenciado aquel día tantos y tan insólitos acontecimientos que la cabeza le daba vueltas como si tuviera dentro un torbellino. Lo más maravilloso de todo, sin embargo, fue el rostro de la bonita muchacha blanca.

Allí estaba, por fin, alguien de su propia especie; de eso no le cabía la menor duda. Y el joven y los dos hombres de edad también lo eran; tenían el aspecto que su imaginación asignó a las personas de su raza.

Pero también resultaba indudable que eran tan feroces y crueles como los otros hombres que había visto. La circunstancia de que sólo unos cuantos miembros de la partida fuesen desarmados tal vez era lo único que explicaba el que no hubiesen matado a nadie. Quizá se comportarían de modo muy distinto si contasen con armas.

Tarzán había observado que el joven recogía y se guardaba debajo de la camisa el revólver que se le cayó al herido Snipes; también había visto que se lo traspasó disimuladamente a la muchacha, cuando ésta se disponía a entrar en la cabaña.

No comprendía en absoluto los motivos ocultos detrás de todo lo que había presenciado, pero se daba cuenta, instintivamente, de que le caían bien el joven y los dos hombres de edad y, en cuanto a la muchacha, experimentaba una extraña emoción que no acababa de entender. Respecto a la mujer de color, era evidente que estaba relacionada de algún modo con la chica, lo cual también le gustaba.

Hacia los marineros, en especial hacia Snipes, sentía un profundo aborrecimiento. Sus gestos amenazadores y la expresión diabólica de sus rostros le indicaron que eran enemigos de los otros integrantes de la partida, así que decidió no perderlos de vista.

Se preguntó Tarzán por qué se habrían adentrado en la selva los tres hombres y ni por asomo se le ocurrió que pudieran perderse en aquel laberinto, un terreno que para él era tan claro como pueda ser para vosotros la calle principal de la ciudad en que vivís.

Cuando vio que los marineros se alejaban a golpe de remo en dirección al barco y como sabía que la muchacha y su acompañante se encontraban a salvo dentro de la cabaña, Tarzán decidió marchar en pos del joven y enterarse de sus posibles intenciones. Se desplazó velozmente en la dirección que había tomado Clayton y no tardó en oír, debilitadas por la distancia, las voces que de vez en cuando emitía el inglés llamando a sus compañeros.

En seguida estuvo Tarzán a la altura del joven blanco, quien, fatigado de veras, se apoyaba en el tronco de un árbol y se enjugaba la sudorosa frente. Oculto detrás de la cortina del follaje, sentado en una alta rama, el hombre—mono observó con atención aquel nuevo espécimen de su misma raza.

A intervalos más o menos regulares, Clayton repetía su sonora llamada y, por último, Tarzán comprendió que estaba buscando a los hombres de edad.

Se disponía el hombre—mono a adelantarse para buscarlos él, cuando vislumbró fugazmente el destello amarillento de una piel lustrosa que avanzaba sigilosamente por la jungla, en dirección a Clayton.

Era Sheeta, el leopardo. Tarzán oyó el suave rumor de las hierbas al plegarse y se preguntó por qué el joven blanco no se apercibía del peligro. ¿Acaso no había captado aquel aviso tan estrepitoso? Tarzán nunca había visto actuar a Sheeta con tanta torpeza.

No, el hombre blanco no oía nada. Sheeta había contraído el cuerpo preparándose para saltar y, entonces, la quietud de la selva saltó hecha añicos al surcar el aire el penetrante grito de desafío del mono. El leopardo se revolvió y aterrizó estruendosamente entre la maleza.

El susto hizo que Clayton se irguiera de golpe. La sangre se le heló en las venas. En la vida había estallado en sus oídos un ruido tan sobrecogedor. No era ningún cobarde, pero si hubo alguna vez un hombre al que los gélidos dedos del pánico estrujasen el corazón, ese hombre fue William Cecil Clayton, primogénito de lord Greystoke de Inglaterra, en el momento de sufrir tan pavorosa experiencia en las frondas de la selva africana.

Los crujidos que produjo aquel cuerpo de enormes proporciones al

atravesar la maleza junto a él y perderse en la jungla, así como el alarido aterrador que resonó por encima de su cabeza sometieron a dura prueba el valor de Clayton, llevando al muchacho al límite de su resistencia, aunque no podía saber que precisamente aquel grito iba a salvarle la vida, como también ignoraba que la persona que lo profería era su propio primo... el auténtico lord Greystoke.

La tarde se aproximaba a su término y Clayton, descorazonado y desalentado, se encontraba presa de un terrible desconcierto, sin saber qué rumbo tomar; si seguir buscando al profesor Porter, a riesgo de perder la vida en la selva durante la noche, un peligro casi cierto, o regresar a la cabaña, donde al menos estaría en situación de proteger a Jane de las amenazas que sin duda los acosarían por todas partes.

No quería volver al campamento sin su padre; pero se le encogía el alma ante el pensamiento de dejar a la muchacha sola e indefensa en manos de los sediciosos del Arrow o frente a los mil peligros desconocidos de la selva.

Pensó que también era posible que el profesor y Philander hubiesen regresado ya al campamento. Sí, era más que probable. Le pareció que lo mejor sería volver a comprobarlo, antes que continuar con aquella búsqueda que parecía absolutamente infructuosa. Adoptada esa determinación, echó a andar, tropezando con matorrales y arbustos, hacia el punto donde suponía se encontraba la cabaña. Ante la sorpresa de Tarzán, el joven fue adentrándose en la jungla, en dirección a la aldea de Mbonga, lo que hizo comprender al sagaz hombre—mono que el muchacho andaba completamente desorientado.

Era algo que a Tarzán le resultaba poco menos que incomprendible; pero su raciocinio le indicaba que nadie se arriesgaría a acercarse a la aldea de los hombres negros armado sólo con un venablo que, a juzgar por la forma desmañada en que lo esgrimía, era a todas luces un arma que el joven blanco no estaba acostumbrado a manejar. Por otra parte, tampoco seguía el rastro de los ancianos.

Estos habían pasado por allí mucho rato antes, cosa que era clara y evidente a los ojos de Tarzán. El hombre mono estaba perplejo. En cuestión de muy poco la implacable selva podría acabar fácilmente con aquel intruso desconocido e inerme, si él, Tarzán, no se apresuraba a conducirlo a la playa.

Sí, allí estaba Numa, el león, que ya acechaba al hombre, a una docena de pasos por la derecha de su presa.

Clayton oyó el ruido que provocaba el paso de aquel corpachón que avanzaba paralelamente al suyo y entonces rasgó el aire de la tarde el tonante rugido de la fiera. El hombre se detuvo en seco, enarboló la jabalina y se situó de cara a la maleza por la que había llegado el terrible sonido.

Las sombras se espesaban, la oscuridad de la noche descendía rápidamente.

¡Santo Dios! ¡Morir allí solo, entre las fauces de las bestias salvajes, desgarrado y despedazado!

¡Sentir sobre el rostro el cálido aliento de la fiera, segundos antes que las garras le destrozasen a uno el torso!

Durante unos segundos, la inmovilidad fue allí total. Clayton permaneció rígido, levantado el venablo. Un tenue crujido entre los matorrales le advirtió del sigiloso avance del animal que se encontraba al otro lado. El cuerpo se encogía, disponiéndose para el salto. Lo vio por fin, a unos seis metros de distancia... un cuerpo alargado, flexible y musculoso, de rojiza y enorme cabeza coronada por una espléndida melena negra.

El felino avanzaba morosamente, con el vientre pegado al suelo. Se detuvo al tropezar sus ojos con los de Clayton y lenta, cautelosamente, encogió los cuartos traseros para impulsar el salto.

El hombre contempló angustiado a la fiera, sin atreverse a arrojar la jabalina, incapaz de emprender la huida.

Percibió un ruido en lo alto del árbol, por encima de su cabeza. Pensó que se cernía sobre él algún nuevo peligro, pero no se atrevió a apartar la vista de las pupilas verde amarillas que tenía delante. Se oyó un sonido vibrante, como si se hubiera roto la cuerda de un banjo y, casi simultáneamente, una saeta fue a clavarse en la piel amarilla del agazapado león.

Al tiempo que soltaba un rugido de rabioso dolor, la fiera saltó, pero Clayton, sin saber muy bien cómo, se las arregló para echarse a un lado y, tras esquivar la acometida, al volver de nuevo la cabeza para encarar al rey de la selva, se quedó de una pieza al contemplar horrorizado el cuadro que tenía ante los ojos. Casi al mismo tiempo que el león daba media vuelta para insistir en su ataque, un gigante medio desnudo se descolgó del árbol y cayó justamente sobre el lomo del felino.

Como el rayo, un brazo que parecía estar formado por un conjunto de tiras de músculos de acero se ciñó alrededor del enorme cuello del león y la gigantesca bestia se vio levantada por los cuartos traseros y sus patas se agitaron en el aire, mientras las fauces rugían... El recién llegado lo levantó como Clayton hubiese levantado a un perrito lulú.

La escena que presencié aquel atardecer en las profundidades de la selva africana quedó grabada a fuego en el cerebro del joven inglés.

El hombre que tenía ante sí era la personificación del ideal físico, de la fortaleza apolínea; sin embargo, no dependía de eso en su combate con el gran

felino ya que, por muy poderosos que fueran sus músculos, no podían compararse con los de Numa. La supremacía de aquella perfección humana se debía a la agilidad, a la inteligencia... y al largo y afilado cuchillo que empuñaba.

Su brazo derecho rodeó el cuello del león, mientras la mano zurda le clavaba el cuchillo una y otra vez detrás de la paletilla izquierda, que carecía de protección. La enfurecida bestia, se levantó hasta sostenerse sobre los cuartos traseros y forcejeó, impotente en aquella postura antinatural.

Es posible que, de haber durado la lucha unos segundos más, el resultado hubiera sido distinto, pero todo ocurrió con tal rapidez que el león apenas tuvo tiempo de recobrase de la sorpresa y la confusión antes de desplomarse sin vida contra el suelo.

Entonces, la extraña figura que lo había vencido se irguió sobre el cadáver, echó hacia atrás la salvaje y hermosa cabeza y lanzó al viento un grito aterrador, idéntico al que momentos antes había puesto a Clayton los nervios de punta.

Vio ante sí la figura de un hombre joven, completamente desnudo, salvo por el taparrabos y los bárbaros adornos que lucía en los brazos y las piernas; en el pecho, destacaba sobre la morena piel un guardapelo con un diamante de valor incalculable.

El cuchillo de monte había vuelto a su tosca vaina y el hombre estaba recogiendo el arco y la aljaba de las flechas del lugar a donde los había arrojado cuando saltó para lanzarse contra el león.

Clayton se dirigió en inglés a aquel desconocido, al que agradeció la valerosa ayuda que le había prestado y al que felicitó por la espléndida fortaleza y habilidad de que hizo gala, pero la única respuesta que obtuvo fue una firme y directa mirada y un encogimiento de aquellos hombros poderosos, gestos que lo mismo podían significar que los servicios prestados no tenían importancia o que el singular individuo desconocía la lengua de Clayton.

El salvaje —porque Clayton pensaba que era un salvaje— volvió a colgarse al hombro el arco y el carcaj. Luego desenvainó de nuevo el cuchillo y, con hábiles tajos, cortó una docena de tiras de carne del cuerpo del león. Después, se sentó en cuclillas y procedió a comérselas, no sin antes invitar a Clayton, con un gesto, a participar en el refrigerio.

Los blancos y fuertes dientes del hombre de la selva se hundieron con evidente delectación en la carne cruda, de la que goteaba sangre, pero a Clayton le resultó de todo punto imposible compartir con su extraño anfitrión una comida que no había pasado por el fuego. Se limitó a contemplarle y, en un momento determinado, le asaltó el convencimiento de que aquel hombre

era Tarzán de los Monos, el autor de la nota que por la mañana había visto clavada en la puerta de la cabaña. En cuyo caso debía hablar inglés.

Clayton intentó de nuevo entablar conversación con el hombre mono, pero las réplicas orales de éste, expresadas en una lengua extraña, parecían una mezcla de parloteo propio de los simios y gruñidos de alguna fiera salvaje.

No, no podía tratarse de Tarzán de los Monos, puesto que, indudablemente, aquel hombre ignoraba profunda y completamente el idioma inglés.

Una vez dio por concluido su pisolabis, Tarzán se puso en pie, señaló en una dirección muy distinta a la que llevaba Clayton y echó a andar a través de la floresta, hacia el punto que había indicado.

Sorprendido y confuso, Clayton vaciló; dudaba en seguirle porque creía que, de hacerlo, se hundiría más en las profundidades laberínticas de la selva. Pero, al ver que no se decidía a seguirle, el hombre mono regresó, le agarró por la chaqueta y tiró de él hasta estar seguro de que Clayton había entendido lo que se esperaba que hiciese. Entonces le dejó para que le siguiera por propia voluntad.

El inglés acabó por llegar a la conclusión de que le había cogido prisionero y no vio más alternativa que acompañar al hombre que le había capturado. Así avanzaron despacio por la jungla mientras el negro manto de la impenetrable noche de la selva se abatía sobre ellos y Clayton percibía a su alrededor el subrepticio rumor de pasos de las acolchadas garras de las fieras que se entremezclaba con el leve chasquido de las ramitas y los gritos y llamadas de los salvajes pobladores de aquella exuberante espesura.

De súbito, Clayton oyó un disparo cuya detonación llegaba atenuada por la distancia. Sólo un disparo, y luego silencio.

En la cabaña de la playa, dos aterrorizadas mujeres se acurrucaban en el banco, abrazadas, mientras la creciente oscuridad las envolvía en su negrura.

La negra sollozaba histéricamente, lamentando el amanecer de aquel desventurado día en que partió de su querido Maryland, mientras la muchacha blanca, secos los ojos y exteriormente tranquila la actitud, sentía en su interior mil temores y presagios funestos que le desgarraban el ánimo. Más que por sí misma, el miedo era por los tres hombres que andaban errabundos por las profundidades abismales de la jungla salvaje, de la que llegaban a sus oídos los incesantes gritos y rugidos, gruñidos y ladridos de los feroces habitantes de aquella selva que merodeaban a la búsqueda de presas.

En aquel instante se produjo el rumor de un cuerpo pesado que se restregaba contra la puerta de la cabaña. Jane Porter oyó el ruido de las pisadas de unas acolchadas zarpas que pisaban el suelo exterior. Hubo una pausa de

silencio, un silencio intenso, que sólo permitía percibir el tenue murmullo que llegaba de la jungla. La joven distinguió entonces con total claridad los resoplidos de un animal que olfateaba la puerta, a medio metro de donde la joven se encontraba. Jane Porter se estremeció instintivamente y se oprimió más contra la mujer negra.

—Chist! —susurró—. ¡Silencio, Esmeralda!

Porque, según parecía, fueron los sollozos y gemidos de la negra lo que atrajo al animal que acechaba al otro lado del exiguo muro de la cabaña.

Sonó en la puerta el rumor agudo de unos arañazos. La fiera intentaba entrar a la fuerza; pero los rasguños cesaron y la muchacha oyó otra vez los pasos cautelosos de unas patas acolchadas que daban la vuelta alrededor de la construcción. Los pasos se detuvieron... debajo de la ventana en la que estaban fijos los aterrados ojos de la muchacha.

—¡Santo Dios! —murmuró, porque entonces, tras el marco del pequeño rectángulo de la enrejada ventana, se recortó contra el fondo celeste que iluminaba la luna la silueta de la cabeza de una leona enorme. Los brillantes ojos del felino estaban ferozmente clavados en Jane Porter.

—¡Mira, Esmeralda! —susurró la joven—. ¿Qué vamos a hacer? ¡Mira! ¡Rápido! ¡La ventana! Acobardadísima, Esmeralda se arrimó todavía más a su señora, al tiempo que dirigía una mirada al rectángulo de claridad lunar que constituía la ventana, en el preciso instante en que la leona emitía un rugido sordo y salvaje.

Lo que vio la negra resultó excesivo para sus sobrecargadamente tensos nervios.

—¡Dios me valga! —exclamó, para desplomarse contra el suelo, sin sentido, como una masa inerte. Durante lo que pareció una eternidad, el colosal felino permaneció erguido, con las patas delanteras apoyadas en el alféizar de la ventana, sin hacer otra cosa que mirar con ojos fieros al interior del cuarto. Al final, probó la resistencia de la reja, tratando de romperla con las enormes zarpas.

Jane Porter estaba casi sin aliento, de tanto contener la respiración, cuando observó, aliviada, que la cabeza de la leona había desaparecido. Oyó que los pasos se alejaban de la ventana. Pero se dirigieron nuevamente a la puerta y se reanudaron los arañazos; en esa ocasión con creciente energía, hasta el punto de que, en sus frenéticas ansias de caer sobre sus víctimas indefensas, el robusto animal empezó a arrancar astillas del macizo paño de madera.

De haber sabido Jane lo fuerte que era aquella puerta, construida pieza a pieza, no habría experimentado el más mínimo temor de que la leona pudiese

llegar hasta ellas a través de aquel acceso. Y poco podía John Clayton imaginarse, cuando fabricaba aquella tosca pero formidable barrera, que un día, veinte años después, iba a servir para proteger a una bonita joven estadounidense, que por entonces aún no había nacido, impidiendo que perdiese la vida bajo las garras y entre las fauces de una fiera devoradora de seres humanos.

Veinte minutos cumplidos estuvo la leona olfateando y arañando la puerta, alternativamente. De vez en cuando emitía un sordo y selvático rugido de rabia. Al final, sin embargo, cedió en sus intentos y la muchacha la oyó regresar a la ventana, al pie de la cual hizo una breve pausa, antes de proyectar todo su enorme peso contra la reja, bastante deteriorada ya por el paso del tiempo y la acción de los elementos atmosféricos.

Jane Porter oyó el crujido de las barras de madera al recibir el impacto; pero aguantaron y el robusto cuerpo del felino fue a parar al suelo.

Una y otra vez, la leona repitió la acometida, hasta que, al final, la horrorizada muchacha vio que cedía un trozo de la reja y, segundos después, por el hueco irrumpieron en la estancia una pata y la cabeza del animal.

Poco a poco, el cuello y los brazuelos poderosos fueron ampliando la abertura, al apartar los barrotes, y el elástico cuerpo fue adentrándose cada vez más en la habitación.

Como si estuviera en trance, la joven se incorporó, con la mano en el pecho, rebosantes de horror las pupilas que parecían incapaces de apartarse de las rugientes fauces de la bestia, que apenas se encontraban a tres metros de ella. A los pies de la joven yacía la postrada figura de Esmeralda. Si pudiera hacerla recobrar el sentido, acaso entre las dos, combinando sus esfuerzos, lograrán rechazar a aquella fiera intrusa, despiadada y sedienta de sangre.

Jane se inclinó para coger por un hombro a la mujer negra. La sacudió con cierta rudeza.

—¡Esmeralda! ¡Esmeralda! —conminó la muchacha—. ¡Ayúdame o estamos perdidas!

Esmeralda abrió los ojos despacio. Lo primero con que tropezaron fueron los colmillos babeantes de la hambrienta leona. La pobre mujer soltó un grito de terror, se puso a gatas y en tal postura, sobre las manos y las rodillas, se desplazó por el cuarto, al tiempo que chillaba, a pleno pulmón:

—¡Ay de mí, ay de mí! ¡Que el Señor me valga!

Esmeralda pesaba unos ciento veinticinco kilos, y su extraordinaria viveza al moverse, unida a su no menos extraordinaria corpulencia, producían un resultado de lo más asombroso cuando decidía trasladarse a cuatro patas.

La leona se quedó inmóvil, mirando hipnotizada a la regateante Esmeralda, cuya meta parecía ser el armario, dentro del cual daba la impresión de estar dispuesta a alojar su inmensa humanidad; pero como los estantes sólo tenían un hueco de veinte a veinticinco centímetros, sólo consiguió meter allí la cabeza; a la vista de su fracaso, dejó oír un chillido que convertía en insignificantes el conjunto de ruidos de la selva y, luego, se desmayó otra vez.

Con el desvanecimiento de Esmeralda, la leona reanudó sus esfuerzos para conseguir que su cuerpo atravesara la cada vez más debilitada reja.

Apoyada en la pared del lado contrario, pálida y envarada, Jane Porter buscó desesperadamente con la vista alguna vía de escape. De pronto, su mano, que tenía oprimida contra el pecho, notó el duro contorno del revólver que Clayton le había entregado aquel mismo día, unas horas antes. Tiró del arma rápidamente, la sacó del lugar donde lo había guardado, encañonó el rostro de la leona y apretó el gatillo.

A la llamada del fogonazo y al estruendo de la detonación siguió el rugido de rabia y dolor con que respondió la fiera.

Jane Porter vio desaparecer de la ventana la inmensa figura que la llenaba y luego se desmayó. El revólver cayó a su lado.

Pero Sabor no había muerto. El balazo no hizo sino causarle una herida dolorosa en la paletilla. Lo que la impulsó a retirarse momentáneamente fue la sorpresa causada por el deslumbrante relampagueo y el ruido ensordecedor del disparo.

Al cabo de un momento volvía a atacar el enrejado y sus garras furibundas descargaron zarpazo tras zarpazo, pero los efectos de sus golpes eran menores, puesto que la extremidad herida le era prácticamente inútil.

Veía a su presa las dos mujeres tendidas inconscientes en el suelo. Y no quedaba resistencia que superar. Tenía delante una buena ración de comida y, para disponer de ella sólo debía pasar al otro lado de la reja. Poco a poco, centímetro a centímetro, su voluminoso cuerpo fue colándose por la brecha que había abierto. La cabeza ya estaba al otro lado, una pata y la paletilla estaban a medio camino.

Levantó la pata herida, con todo el cuidado del mundo, para llevarla lentamente hacia el otro lado de los barrotes que se ceñían en torno a la extremidad.

Segundos después, una vez pasaron ambas paletillas, se deslizarían rápidamente el largo y ondulante cuerpo y la estrecha grupa.

Y en ese preciso instante Jane Porter abrió de nuevo los ojos.

Freeditorial 

¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es